
DOC SAVAGE
KENNETH ROBESON
AUDACES
30
EL SECRETO
DE KLANTIC

El secreto de Klantic

Kenneth Robeson
Doc Savage/47

PRÓLOGO

LOS hechos no mienten, según dice el adagio. Lo que sigue y que son casi todos extractos de periódicos de los últimos años, pueden ser tomados por lo que valen. Los artículos íntegros de los periódicos no serán reproducidos en esta historia, pues llenaron decenas enteras de columnas de noticias y muchas páginas de las ediciones de los domingos. Además, algunos serían de lectura bastante aburrida.

Pero los recortes y la historia que cuentan, tomados en conjunto, son algo más que interesantes..., son apasionantes hasta un punto increíble.

Esos recortes de diarios hablan de una de las regiones inexploradas de Globo o mejor dicho, de los hombres que visitaron dicha región durante los últimos años. No se hablaba de lo que les ocurrió a esos hombres después que hubieron penetrado en la región. Nadie lo sabe, en decir, nadie que pertenezca al mundo civilizado.

Algunos de esos hombres viajaban a pie acompañados de porteadores indígenas. No regresaron nunca. A veces, algunos porteadores volvían a ser vistos en lugares lejanos y casi invariablemente explicaban historias extrañas, historias tan fantásticas que no les daban crédito los sensatos directores de las factorías que las oían.

Algunos de los que se perdieron fueron por el aire, con aeroplanos equipados con los aparatos de radio más modernos y cargados de rifles, municiones y provisiones. No se volvió a oír hablar de ellos.

Varias expediciones se organizaron para ir en busca de esos hombres. En ningún caso se hallaron sus huellas, y una o dos veces

los expedicionarios desaparecieron también.

La organización de la Legión Americana en la zona del canal de Panamá realizó, a lo que se dice, unas pesquisas en busca de uno de los perdidos, un aviador llamado Redfern. Muchas tentativas se hicieron también con el fin de hallar a otro individuo prominente, y cuyo nombre era Fawcett.

En ningún caso coronó el éxito esos esfuerzos, pues la región en la cual tenían que penetrar era el país salvaje que bañan unos afluentes del río Amazonas en América del Sur.

¿Qué en lo que en esa manigua impide que tantos hombres salgan de ella?

CAPÍTULO I

LA MUCHACHA EXTRAÑA

LOS milagros no son frecuentes. El Liberator "Amber" O'Neel sintió, pues, una sorpresa extraordinaria cuando uno de ellos ocurrió en su vida, pero no vaciló en aprovecharlo.

Por otra parte, en preciso hacer constar que si O'Neel, El Liberator —en aquellos días era El Liberator O'Neel— era un valiente yanqui, lo cual es de lamentar, puesto que también era un bribón cruel y desprovisto de todo sentido de la moral, es decir, un pícaro de siete suelas.

El valor, unido a esas raras cualidades, forma con ella una extraña mezcla, muy mala por cierto. O'Neel no se deslizó bajo un mangle… al contrario, gritó órdenes entusiastas.

—¡Pronto! —gritó en español—. ¡Salid al claro! ¡Alineaos y agitad los brazos!

El Liberator "Amber" O'Neel había estado de pie a la orilla de un claro en la selva virgen sudamericana, deseando que un aeroplano pasara por ahí, apenas hubo formulado este deseo, cuando se oyó el ruido del motor de un aeroplano que se acercaba.

—¡Moved los brazos, malditos! —aulló O'Neel—. ¡Haced bajar ese aeroplano… y cuidad que no vuelva a remontarse!

"Amber" O'Neel necesitaba urgentemente un aeroplano, pues las autoridades de Colombia le buscaban con el fin de ponerle contra una pared y ver si estaba hecho a prueba de balas… eso para demostrar que no es prudente asesinar y robar bajo el disfraz de jefe de una banda de patriotas entregados a la tarea de hacer de Colombia un país libre… país libre, Colombia lo era ya suficientemente para dar satisfacción a casi todo el mundo.

—¡Moved los brazos, malditos! —volvió a aullar O'Neel.

En posesión de un aeroplano, “Amber” O’Neel podría darse cuenta de la presencia de soldados colombianos o de la policía y habría menos probabilidades de que invadiera una factoría cuando las autoridades se hallaban a corta distancia. Rió por lo bajo.

Podría declarar que el aeroplano era su fuerza militar aérea.

—¡Llamad la atención del piloto! —gritó O’Neel—. ¡Hacedle creer que necesitamos ayuda!

Los patriotas de O’Neel movieron los brazos como si su vida dependiera de ello. Eran adictos a su jefe, que era el mejor general que habían tenido en su vida. Desde luego, se enfurecía le pegaba un tiro a cualquiera por un quítame allá esas pajas, pero en la manigua, la vida humana es barata y EL Liberator O’Neel era muchacho que saqueaba con un acierto extraordinario.

Los patriotas formaban un grupo vil. Algunos de ellos eran indígenas, salvajes de la manigua, que parecían capaces de cortar y disecar cabezas.

Había también una pareja de holgazanes originarios de Nicaragua, algunos pillos de Panamá, de hez de Colombia… pero no había blancos. O’Neel era banco y no sentía cariño especial por los de su propio color. A veces, los blancos tenían algo que objetar a lo que O’Neel hacía.

Pero los patriotas de El Liberator “Amber” O’Neel estaban mejor entrenados de lo que parecía. Media docena de ellos eran buenos aviadores militares entrenados por Colombia y otras repúblicas sudamericanos que habían invertido bastante dinero en ello.

Todos meneaban vigorosamente los brazos cuando el aeroplano cruzó sobre ellos.

El aeroplano era de un modelo que dataría de unos diez años, y no a un piloto, entre mil, le habría gustado cruzar en él aquella selva virgen.

El aparato volaba en dirección al Norte, de manera que, sin duda, dejaba atrás una extensión de terreno inexplorado, donde los sitios adecuados para un aterrizaje distaban quizá unos de otros un centenar de millas, sin que nadie lo supiera a ciencia cierta.

Lo seguro era que aquel sitio no resultaba apropiado para un aparato tan anticuado.

El piloto volaba como un *kiwi*, del tiempo de la guerra; el *kiwi* es un pájaro con alas que no vuela. Iba a aterrizar. Inició el descenso,

rozó el suelo con un ala, cayó con fuerza. Rebotó a una altura de unos veinte pies y volvió a caer sobre un ala. A continuación, el aeroplano empezó a caer a pedazos.

O'Neel lanzó vigorosos juramentos.

—¡No parece sino que el piloto lo haya hecho adrede!

La hélice se retorció, y el aeroplano, o lo que quedaba de él, dio media vuelta.. Una nube de astillas y de trozos de tela subió al aire y el episodio concluyó. El aeroplano no volvería nunca a despegar...

"Amber" O'Neel corrió al aeroplano. Proyectaba matar a sus ocupantes a tiros si seguían vivos y apoderarse de cuanto llevaban encima. Metió la cabeza y los revólveres en el interior del avión.

Durante un buen rato, permaneció en la misma posición. Cuando retiró a cabeza, tenía los ojos dilatados y la mirada extraviada. Sus labios formaban palabras, sin que se oyera sonido alguno.

Sus patriotas, que se habían acercado, se hicieron atrás. "Amber" O'Neel era gordo y su aspecto inocente. Al ojo ignorante no aparecía como otra cosa que un caballero benigno y rollizo a quien se podía confiar la cartera sin temor alguno; pero los que le conocían no se le acercaban mucho... por prudencia.

La expresión de la cara de O'Neel asustó a los patriotas.

"Amber " O'Neel no pareció darse cuenta del recelo de sus compañeros, enamorados de la libertad... y del botín. Sus revólveres colgaban de sus manos. Tragó saliva con dificultad.

—¡Fiebre! —estalló—. ¡Eso es! ¡Maldito sea, la tengo y estoy delirando!

Luego hizo algo que habría hecho reír a cualquiera, pero no delante de "Amber" O'Neel.

Se asestó varios golpes en la cabeza con la culata de ambas pistolas simultáneamente y con fuerza suficiente para convencerse de que estaba despierto. Pareció desagradablemente sorprendido y volvió a meter la cabeza en el camarote del avión.

—Al principio creía ver visiones —dijo secamente—. ¿Qué significan esas insignias, señora?

La muchacha que estaba tan extraordinariamente ataviada no contestó.

Era una criatura fabulosa. Lo más notable de su persona era, sin duda, su pelo. Era de hilos de oro, no del oro del que hablan los

poetas que quieren decir que el cabello de sus heroínas tiene el color y la textura del metal precioso, sino de oro tejido verdadero, o por lo menos, se lo había dorado por medio de algún procedimiento.

La muchacha tenía un rostro ovalado un poco alargado y sus facciones delicadas eran netamente aristocráticas. No era una de aquellas bellezas coquetas, sino de las que hacen contener la respiración al verlas pasar.

Lo que más asombraba a "Amber" O'Neel era su indumentaria. Llevaba poca ropa. Una especie de traje de baño moderno que le cubría la parte superior del cuerpo, dejándole brazos y hombros desnudos.

Pero los trajes de baño más modernos no están hechos, por lo general, de mallas de oro macizo.

El resto de su traje lo componían un pantalón corto del mismo material amarillo y unas altas sandalias de una piel aparentemente muy flexible.

—¡Eh! —exclamo "Amber" O'Neel—. ¿Ha perdido el habla al caer el aeroplano o qué le ha pasado?

La extraña muchacha alargó el brazo en vez de contestar y este gesto llamó la atención de O'Neel sobre unos extraños adornos que llevaba en el hermoso brazo. Eran relojes de pulsera de hombres, seis entre todos, que formaban dos brazaletes.

Todos parecían funcionar y marcar aproximadamente la misma hora.

No eran todos iguales, sino de modelos distintos, habiendo sido fabricados en distintos países. "Amber" O'Neel separó la vista de los relojes y miró lo que la muchacha señalaba. Era un hombre, el piloto del aeroplano y el único ocupante del mismo con la muchacha.

El piloto estaba sin conocimiento. Llevaba un grueso anillo de cobre —O'Neel se fijó en que no era oro— en ambos tobillos, y de los anillos colgaba un trozo de cadena.

Se podía suponer que la cadena le había atado las piernas en otro tiempo, pero que había logrado cortarla para poder correr. No llevaba más que una larga prenda de piel.

El piloto era altísimo y en otros tiempos debió ser corpulento, pero en la actualidad estaba reducido al estado de esqueleto. Yacía

sobre un costado y “Amber” O’Neel hizo una mueca feroz.

Era obvio que la extraña muchacha del cabello metálico deseaba que le socorrieran.

O’Neel blandió sus pistolas. Iba a ayudarle, desde luego, pero ayudarle a callarse.

Ocurrió que el piloto no estaba desvanecido, sino que lo había fingido, lo cual se hizo evidente cuando habló con voz tranquila, diciendo:

—Si ha visto alguna vez a alguien herido por un disparo de revólver del calibre cuarenta y cinco, lo pensará dos veces antes de levantar esos chismes más alto.

Al mismo tiempo se movió levemente, dejando al descubierto un grueso revólver automático de tipo militar.

El revolver parecía oxidado, pero no hay nada que garantice que un revólver oxidado no funcionará. O’Neel se quedó, pues, inmóvil.

O’Neel había matado a más de un hombre en su vida y sabía qué era lo que ocurriría. No morían siempre cuando se esperaba.

En una ocasión, el Río, un hombre que llevaba tres balas tan cerca del corazón como O’Neel supo metérselas, se levantó y persiguió a O’Neel durante un centenar de metros.

Aquel piloto era capaz de apretar el gatillo del automático aun después que una bala se alojara en su cerebro.

“Amber” O’Neel levantó, pues, las manos.

—¡Suelte esas pistolas! —ordenó el piloto.

O’Neel las dejó caer sin chistar.

—¡Ahora eche a correr hacia el interior! —espetó el aviador—. ¡Nosotros vamos por el camino opuesto y le pesará si nos sigue!

El piloto calló repentinamente como si algo le preocupara, algo desagradable. Su boca se contrajo e inclinó la cabeza hacia delante.

—¡Espero que vaya tierra adentro hasta donde fui yo! —dijo roncamente—. ¡Y espero que halle lo que muchos otros hombres han encontrado!

O’Neel sintió no haber zanjado la cuestión a tiros con el piloto. No le gustaba el temblor de la mano de aquel hombre.

—¿Qué han hallado? —preguntó con la intención de mostrarse sociable.

El piloto se irguió.

—¡Tanto da! —dijo—. ¡Olvídelo!

—¿Y quiénes eran? —insistió O'Neel, súbitamente interesado.
—¡Olvídelo, le digo! —masculló el aviador.
"Amber" O'Neel señaló a la muchacha con la cabeza.
—¿La halló en el interior del país?
El piloto dijo con tono amenazador:
—Tal vez lo más indicado será pegarle un tiro por haber hablado tanto hace un momento... ¡Ahora sabe demasiado!
O'Neel había usado aquel tono una o dos veces ya. Dio media vuelta y huyó locamente. Esperaba recibir un balazo en la espalda, pero nada ocurrió.
Cuando finalmente alcanzó el bosque y se ocultó detrás de un árbol, respiró muy hondo y tomó una resolución: la de ser más prudente en lo sucesivo.
El piloto debió verle llegar con las dos pistolas en la mano y fingió estar sin conocimiento, hasta que tuvo la oportunidad de dominar a su adversario.
—Me pregunto lo que quiso decir con sus alusiones al interior del país —murmuró O'Neel.
Se deslizó cuidadosamente hasta un sitio desde el cual podía vigilar el claro sin ser visto.
—Es probable que halló a la muchacha en el interior —pensó—. Es guapa, aunque a mí me gustan más las que tienen el tipo de muñeca, pero no me vendría mal aquello de que está hecho su traje, si todo eso no es algún engaño...
Echó una mirada al claro. Sus indígenas estaban charlando alegremente entre ellos... ¡comentando su vergonzosa huida!
El piloto huía con la muchacha.
O'Neel miró y dejó oír un silbido de sorpresa. La muchacha no seguía de buena gana al aviador. Él la tenía agarrada por la muñeca y la arrastraba hacia el lado opuesto del claro.
En su estado de decaimiento físico, el piloto no podía competir en fuerza con la muchacha. Esta se soltó las muñecas y se volvió contra él.
Su manera de boxear era digna de un pugilista bien entrenado y con conocimientos de anatomía. Sabía en dónde pegar, aturdió al piloto con un golpe, giró sobre los talones y huyó.
O'Neel contuvo la respiración. El aviador tenía un revólver. Sería preciso que lo usara para detener a la muchacha, pero no lo

intentó siquiera.

—¡El maldito trasto oxidado no sirve para nada! —pensó “Amber” O’Neel cargando por el claro y sacando una pequeña pistola achatada de cada bolsillo de la cadera.

El sacar conclusiones erróneas estuvo a punto de costarle la vida. El piloto levantó el revólver automático y disparó. O’Neel gritó, se cogió un brazo y cayó al suelo.

El aviador vió que no podía alcanzar a la muchacha. Dio media, echó a correr torpemente y desapareció en la manigua.

“Amber” O’Neel se levantó y corrió en la dirección opuesta. Seguía sosteniéndose el brazo, aunque se daba cuenta de que la bala del revólver del piloto no había hecho otra cosa que arañarle.

Los patriotas corrían también el todas direcciones. Se habían dispersado a l oír el tiro. “Amber” O’Neel empezó a maldecirlos.

Seguía maldiciendo a su “ejercito” cuando su mirada tropezó nuevamente con la muchacha.

CAPÍTULO II

ÚLTIMO TESTAMENTO

LA muchacha del extraño pelo dorado y de las ropas metálicas se le acercó con una tranquilidad turbadora. “Amber” O’Neel sintió la tentación de echar a correr, sin poder explicarse el por qué.

Había algo extraño en aquella muchacha. Parecía tener un poder especial.

Se acercó a O’Neel y levantó un brazo. El se apartó levemente, creyendo que iba a pegarle, pero se limitó a señalarle que persiguiera al aviador fugitivo.

O’Neel, recordando el grueso revólver del calibre cuarenta y cinco, no se sintió entusiasmado por la idea. Además, deseaba hacerle algunas preguntas.

—¡Oiga! —dijo—. Ese aviador la encontró en algún punto del interior del país y quiere saber dónde halló el oro de que está hecha esa extraña tela de su traje, ¿no es cierto?

La muchacha no contestó. Volvió a señalar al piloto.

—¿A qué tribu pertenece? —preguntó O’Neel.

La muchacha siguió muda.

—¿Habla español? —preguntó “Amber” O’Neel con acento pésimo.

Aparentemente, ella no hablaba español. O’Neel probó el portugués, uno o dos dilectos indios y francés... todos los idiomas que conocía, pero sin éxito.

—¡Caramba! —exclamó al fin—. ¿Ha perdido la lengua?

Viendo que la muchacha seguía callada, la miró ferozmente con la idea de hacerle bajar los ojos. Ella le había estado mirando fijamente con sus ojos azules de mirar inquietante. Al contemplar eso ojos, parecieron irradiar algo invisible y tangible que le agarró.

Los ojos de la muchacha desarrollaron mayor potencia a medida que transcurrían y le inmovilizó. Él intentó mover las manos, pero la idea no pareció transmitirse del cerebro a éstas y no se movieron.

Los segundos, hasta que quedaron trasformados en fantásticos imanes azules. O'Neel sintió que el mundo empezaba a dar vueltas bajo sus pies.

Dio un salto, se volvió de espaldas a la muchacha y empezó a darse puñetazos en la cara.

—¡Maldición! —gritó—. ¡Me está hipnotizando! ¡Es una verdadera bruja!

El encanto estaba roto. Corrió al sitio donde el aviador le obligó a soltar sus pistolas. Seguían allí y las usó para amenazar a sus patriotas.

—¡Atrapad a esta chica! —les gritó en su idioma nativo—. ¡Atadla con cuerdas de corteza de árbol!

Los patriotas, bajo la amenaza de las pistolas, corrieron rápidamente y rodearon a la muchacha, acercándosele.

El cerco se estrechaba. Avanzaban con los brazos abiertos a punto de agarrar, como lo hacen los luchadores al acercarse al adversario.

De pronto, se detuvieron como un solo hombre y todos se quedaron mirando a la muchacha.

—¡A ella! —gritó O'Neel.

No sólo no se echaron sobre la joven, sino que parecieron dormirse de pie.

O'Neel sabía algo de hipnotismo. Levantó sus pistolas y apretó simultáneamente los gatillos. Dos patriotas aullaron al ser rozada su piel por los proyectiles. O'Neel daba nuestras de una puntería increíble.

—¡Agarradla! —gritó O'Neel en el idioma de los aborígenes.

La asieron entre cuatro… y al instante cayeron atrás.

Era como si hubiesen querido parar un motor en marcha. Con los ojos desorbitados, "Amber O'Neel comprendió que acababa de presenciar una jugada de defensa propia extraordinaria.

Se había lanzado adelante, pero se paró en seco. Uno de los hombres había sido tocado apenas por la extraña muchacha, pero ya tenía un brazo roto.

—¡Sujetadla entre todos! —aulló O'Neel, volviendo a disparar

sus pistolas.

Los patriotas avanzaron. Eran tan numerosos, que la muchacha desapareció entre ellos. Del montón humano salieron gritos y gemidos, emitidos todos por los indígenas.

Cuando el grupo se movió un poco a la derecha, varios cuerpos inertes quedaron tendidos en el suelo.

Inesperadamente, la muchacha se soltó y echó a correr con una ligereza sorprendente.

Sus ropas doradas, indemnes al salir de la lucha, brillaban al sol cuando cruzó el claro.

O'Neel, excitado y deseoso de no perder la riqueza que representaba el atavío de la muchacha, levantó sus pistolas.

—¡Deténgase o la mato! —gritó.

Hablaba en serio y así lo hubiera hecho.

La muchacha se paró y permaneció completamente inmóvil. O'Neel corrió a ella, se detuvo antes de estar demasiado cerca y vociferó a sus indígenas que vinieran a atarla.

—¡La mataré si intenta luchar contra ellos! —rezongó.

La extraña muchacha les dejó que la ataran. Dos patriotas usaron cuerdas trenzadas con las mismas tiras de fuerte corteza de árbol que usaban para fabricar sus ropas. No era de esperar que pudiese romperlas.

"Amber" O'Neel se acurrucó al lado de la muchacha, teniendo cuidado de no tropezar con su mirada. No la fue difícil conseguirlo, pues ella parecía vigilar a uno de los indígenas.

O'Neel sacó una botella de uno de los bolsillos. Contenía uno de los ácidos que se usan para contrastar el oro. O'Neel traficaba con el platino, pero había oro en aquel país. Vertió unas gotas del ácido sobre el traje de la muchacha... ¡Era de oro!

—¿De donde viene esto? —le preguntó.

La muchacha no contestó; seguía mirando al indígena.

—¡Conteste de una vez! —ordenó O'Neel con voz airada—. Puede hablar algún dialecto, ¿verdad?

La muchacha seguía sin apartar los ojos del indígena.

O'Neel la miró a su vez. Con el resultado que el mundo no perdió con ello a un sujeto que no hacía en él ninguna falta. Salvó la vida de "Amber" O'Neel.

El indígena se había quitado el machete del cinto, lo blandía y se

deslizaba hacia delante. Saltó con los ojos brillantes por el deseo de matar.

O'Neel le esquivó. No podía disparar sus pistolas a tan corta distancia, pero le salvaron la vida, pues las alargó delante de él.

La hoja del machete tocó el acero, afortunadamente para O'Neel, puesto que el indígena se había pasado la vida abriéndose paso en la manigua con un machete y acababa de asestar un golpe capaz de partir a su jefe por la mitad.

O'Neel gruñó en voz alta y descargó un culatazo en la cabeza del indígena.

El hombre se desplomó y O'Neel quedó demasiado tembloroso para hacer algo que en cualquier otra ocasión habría hecho, es decir, pegarle un tiro.

—¡Usted ha hecho esto! —gritó a la muchacha, encontrando su extraña mirada y apresurándose a apartar los ojos.

Estaba jadeante y no volvió a respirar normalmente hasta haberse quitado la camisa, atándola alrededor de la cabeza de la muchacha con el fin de taparle los ojos.

—¡Maldita bruja! —dijo con voz entrecortada.

Se aseguró que los nudos de sus ataduras estaban bien hechos, murmurando por lo bajo:

—¡Ha hipnotizado a ese indígena, haciéndole agredirme! ¿Pero cómo lo habrá conseguido sin decírselo?

Se enderezó, convencido de que estaba bien atada.

—¡Vamos, muchachos! —gritó a sus patriotas—. ¡Vamos a prender a ese aviador!

El piloto corría con dificultad. A veces, al pasar al lado de los árboles, no lograba evitarlos y se daba golpes que le hacían tambalearse. Cualquier planta o arbusto le hacía tropezar.

Se cubría de barro y arañazos. La extraña prenda de piel que llevaba no le protegía mucho. Sostenía su revólver en la mano como si temiera perderlo y se paraba a menudo con el fin de escuchar.

Al igual que "Amber" O'Neel, tenía por costumbre hablar cuando estaba solo, y su acento era irlandés, aunque resultaba más fuerte ahora que antes.

—¡Claro que me seguirán! —murmuró—. El oro que Z lleva engolosinará a ese demonio blanco. ¡Y Z no le dirá de donde proviene, de manera que me perseguirán sin tardanza!

Pronunciaba el nombre de la muchacha como la Z, última letra del abecedario inglés.

Se golpeó el rostro contra un árbol que no vió o que no pudo evitar, se levantó y siguió corriendo.

—Tal vez Z lo entretendrá bastante para que pueda escapar —Reflexionó y añadió:

—No, no lo hará. ¡Hará cuanto pueda para evitar que vaya fuera con noticias de Klantic y del secreto.

Estuvo a punto de volver a caer, pero evitó de milagro una rama que le cerraba el paso.

—¡Madre misericordiosa! —murmuró—. ¡Tengo que participar esto al mundo! ¡Es la cosa más formidable que haya ocurrido nunca a la humanidad!

Cruzó unos zarzales y salió al otro lado hecho una lástima. Calló de repente y empezó a reflexionar, acabando por pararse.

—¡No puedo, no puedo! —se dijo sombríamente.

Quiso sentarse en el suelo, pero cayó completamente agotado.

—¡Exceso de trabajo… tensión moral… planes de fuga… todo eso me ha deshecho! —murmuró—. No debí ahorrar tantas provisiones para escapar… Me he matado de hambre… No era preciso cuando descubrí que no habían destruido el aeroplano… Pero ¿cómo iba yo a saber que no lo habían hecho?

Meneó la cabeza tristemente al pensar en tamaño error.

—¡Si hubiera otro medio… de sacar mi diario…! ¡Afuera!

Su voz quejumbrosa tenía un acento de desesperación.

Buceó en un bolsillo hábilmente practicado bajo su falda de piel. El cuaderno que sacó a la luz era fuerte y de excelente calidad. De otro modo no habría dado el resultado que daba.

“Amber” O’Neel salió de la manigua precisamente en el momento en que el cuaderno salía de su bolsillo.

El encuentro fue debido a la casualidad. “Amber” O’Neel no esperaba hallar su presa tan rápidamente y salió decidido, sin intentar ahogar el ruido de sus pisadas.

El aviador levantó los ojos, vio a su enemigo, dejó caer el cuaderno y agarró su revólver automático. Se oyó un disparo tan pronto como le puso la mano encima.

“Amber” O’Neel habría debido morir entonces, pero el aviador tenía, sin duda, mala puntería o estaba mal entrenado. La cuestión

es que no dio en el blanco.

O’Neel chilló como un perro al que una piedra ha amenazado, pero no alcanzado, y sacó a relucir sus dos pistolas.

Inmediatamente se oyó un tiroteo nutrido en el pequeño claro en el cual ambos hombres se habían encontrado. Las hierbas que crecían allí eran altas y los matorrales altos y los matorrales abundaban.

Ninguno de los dos hombres estaba seguro de dónde se hallaba su adversario y ambos vaciaron sus armas al mismo tiempo.

Siguió un silencio profundo. “Amber” O’Neel, que no estaba orgulloso de su última pieza, yacía sin moverse, aguzando los oídos y con las pistolas en la mano.

La manigua sudamericana es famosa por sus pájaros bulliciosos. El tiroteo les excitó y los periquitos empezaron a graznar roncamente.

Otros pajarracos de brillantes colores empezaron a silbar, a gemir, a cantar, y uno de ellos dejó oír el mismo sonido que una campana...

“Amber” O’Neel estaba tan nervioso que dejó de fijarse en algo que hubiera debido llamarle la atención. En un sitio determinado, las voces de los pájaros se alejaban progresivamente, cuando O’Neel se fijó en ellos se puso de pie y masculló ternos.

—¡Ese aviador huye! —exclamó.

Se lanzó adelante entre hierbas y matorrales. La idea que seguía predominado en su cerebro era alcanzar al piloto y hacerle confesar de dónde venía la extraña muchacha dotada de tan extraños poderes, y especialmente de dónde procedía su vestido de oro. De todos modos, si el piloto salía de la manigua y contaba lo ocurrido, la historia del ataque y de la captura de la muchacha no contribuiría a suavizar el humor de los oficiales colombianos.

Pero “Amber” O’Neel vio el cuaderno que yacía donde el piloto lo había dejado caer. La tapa del cuaderno era de un rojo vivo y, a pesar de estar gastada, resaltaba contra el fondo verde de las hierbas.

Siendo un diablo codicioso que desperdiciaba pocas ocasiones, “Amber” O’Neel recogió el cuaderno y naturalmente examinó su contenido.

DIARIO DE DAVID HUTTON

“Amber” O’Neel dijo en voz alta:

—Este nombre me es familiar, sin que recuerde por qué.

Los hombres que viven solos adquieren a menudo la costumbre de hablarse a sí mismos.

Examinó la primera página del diario. Estaba fechada diez años antes y la primera línea decía:

“Hoy salgo iniciando mi vuelo de Río de Janeiro a los Estados Unidos. Embarco solo”

—¡Maldición! —dijo O’Neel, parándose—. Ahora recuerdo. Ese sujeto era aviador y se perdió. Salieron muchos en su busca y algunos no…

Se detuvo para reflexionar y concluyó lentamente:

—Algunos de ellos no regresaron.

CAPÍTULO III

EL TURISTA NOTABLE

"AMBER" O'Neel no se movió y dejó que el aviador se alejara. O'Neel no temía al viejo revólver oxidado del aviador David Hutton, y por otra parte, deseaba leer el Diario y ver si hablaba de lo que retuvo al piloto en la manigua inexplorado por espacio de diez años.

O'Neel empezó a dar vueltas a las hojas del librito. El piloto David Hutton había empezado su Diario escribiendo con sumo cuidado, pero como suele ocurrir, lo que seguía no estaba tan bien escrito. De todas formas, era perfectamente inteligible.

El interés de O'Neel era mediano al principio. Separaba los ojos del cuaderno cada vez que un pájaro graznaba o algo se movía en los matorrales.

Hacía mucho calor. Mojó el dedo para volver las hojas del cuaderno, aprovechando el sudor que le caía por la frente. O'Neel empezó a absorberse en su lectura. Un periquito chillón que tenía su nido cerca de allí, lanzó un grito inesperado, pero no siquiera levantó los ojos.

Los pájaros empezaban a posarse en la verde alfombra de la espesura. Los micos, curiosos como seres humanos y atraídos por el ruido de la contienda, empezaron a chillar y a acercarse al hombre enfrascado en la lectura del libro.

Uno de los secuaces de "Amber" O'Neel, semisalvaje y receloso, salió de la manigua y se colocó a su lado, sin que el blanco pareciera fijarse en su presencia.

O'Neel lanzó una exclamación de sorpresa.

Los micos se acercaron, como verdaderos seres humanos. Uno de ellos se disponía a lanzarse adelante con un grito, como retando a

los hombres de abajo a una lucha, pero dispuesto a dar media vuelta si se mostraban dispuestos a emprenderla.

Cuatro patriotas salieron de la manigua llevando a la extraña muchacha vestida de oro que seguía con los ojos vendados.

O'Neel miraba siempre el Diario. Lo temía abierto aproximadamente por el medio y, ocupando ambas páginas, había un dibujo, una especie de mapa rudimentario que llevaba la mención "Klantic".

O'Neel siguió leyendo.

—¡Es posible! —dijo una voz.

Sus hombres dejaron a la muchacha y contemplaron la manigua con recelo.

—¿Qué?... ¿Qué? —dijo O'Neel, enfrascado en su lectura.

Sus patriotas miraban a la muchacha, pero no como unos hombres de su calaña mirarían normalmente a una de las mujeres más bonitas que haya nunca penetrado en la selva virgen.

Le tenían miedo y deseaban echar a correr, pero dos cosas les retenían: el oro de sus ropas y el saber que El Liberator "Amber" O'Neel mataba a veces a tiros a los cobardes.

O'Neel gritó de pronto señalando la muchacha:

—¡Usted es Z!

La muchacha no contestó no se movió.

—¡Se habla de usted en este Diario! —gritó O'Neel—. ¡Es Z! ¡Así, pues, esta historia increíble es cierta! ¡Pero no puede ser!

Estaba tan excitado que apenas se aguantaba de pie.

Se acercó a la muchacha y la tocó como si fuese una joya rara o algo que a su contacto pudiese esfumarse.

O'Neel le arrancó la venda de los ojos. Durante tres segundos, contempló las pupilas de la muchacha y volvió a colocar la tela.

—¡Es cierto! —gritó. Se irguió de un salto con los ojos de mirar extraviado.

Empezó a correr de un lado a otro, sin poder hablar apenas.

—¡Ya lo tengo! —gritó—. ¡He dado con ello al fin! ¡El mayor hallazgo de mi vida!

Blandió las manos, mirando a los indígenas y asustándoles hasta el punto de echarse a correr.

—¡Oro! —exclamó—. ¡Quién quiere oro cuando algo que tiene un valor incalculable, algo que no todos los dólares del mundo

pueden adquirir!

Corrió a los indígenas y les pegó.

—¡Coged a ese piloto! —les gritó en su dialecto—. ¡Daré un rifle nuevo y todas las municiones que pueda llevar, al hombre que lo coja y lo mate!

Los indígenas echaron a correr instantáneamente en pos del aviador, con lo cual demostraban ser tan desalmados como su amo.

No cogieron al aviador. David Hutton tuvo suerte... Llegó a un río y tropezó con una canoa ocultada por algún cazador.

Entró en ella y remó con débil ferocidad durante unos momentos. Luego se tumbó en las dos pulgadas de agua que llenaban el fondo de la embarcación y durmió o permaneció sumido en un estado de inconsciencia... no estuvo nunca seguro de ello.

El agua que entraba y salía de sus oídos le despertó y descubrió su canoa embarrancada en un fango espeso sobre el cual estaban posados algunos pájaros de largas patas amarillas y cuellos dilatados.

Empujó la canoa fuera del barro, la metió en la corriente y remó.

Hutton buscó con la vista los cocos que flotaban sobre el río, los recogió y finalmente encontró uno que estaba en buenas condiciones. Más tarde, desembarcó en busca de fruta, mató un pájaro carnoso con un bastón y se lo comió crudo.

Aquel día, durmió en la canoa, en medio del río y despertó dándose cuenta que no estaba ya rodeado de agua, pero que había movimiento en torno suyo.

Aguzó el oído. Algo empujó la canoa y casi la volcó.

Miró afuera y lanzó gritos de terror, pues se hallaba en otra laguna de barro y centenares de caimanes le rodeaban. Uno de ellos había empujado la canoa.

Asestó un violento golpe en la cabeza de caimán, que afortunadamente se retiró y pudo poner nuevamente a flote la embarcación.

El río era el Magdalena y le llevó eventualmente a Cartagena. Los indígenas que le vieron le recordaron después, puesto que un hombre blanco embarcado solo en una canoa no es cosa usual, sin hablar del extraño aspecto que ofrecía aquel individuo, que era todo piel y huesos y que no llevaba otra cosa que un delantal de piel.

“Amber” O’Neel siguió la pista del piloto por el río, preguntando por él a los indígenas. O’Neel se exponía al aparecer en los distritos de la policía colombiana. Lo sabía, pero no vaciló, aunque obró con cautela.

—Dos revólveres y abundantes municiones al hombre que coja d ese aviador —prometió.

Más tarde, ofreció tres revólveres y mayor cantidad aun de municiones.

Luego pensó en añadir una lancha a motor, lo cual fue una inspiración genial. Cualquier indígena daría su mujer a cambio de una canoa de esas.

O’Neel y sus indígenas se hallaban a una hora de marcha de David Hutton cuando este ató su canoa al malecón de piedra de Cartagena.

David Hutton se irguió sobre el malecón y miró en torno suyo. Este gesto cambió sin duda el destino de muchas personas.

Una muchedumbre estaba congregándose a orillas del río. David Hutton siguió dirección de sus miradas y vió, en la bahía, un vapor de cuatro chimeneas que navegaba con la bandera de los Estados Unidos y estaba anclado en la desembocadura del río.

—Un barco de turistas, sin duda —se dijo Hutton estremeciéndose—. Gente que se divierte. Parece extraño… después de lo que yo he pasado…

Su segunda mirada a la muchedumbre le reveló un detalle en el cual no se había fijado. Había allí gran número de personajes de uniforme, soldados, algunos marineros, policía y dos bandas de músicos.

—¿Qué es? —preguntó Hutton a un hombre muy moreno, vestido de blanco inmaculado—. ¿Qué pasa?

El hombre moreno miró largamente la falda de piel que el aviador llevaba.

—El señor Doc Savage está a bordo de ese vapor —dijo finalmente—. Lo que usted ve es una recepción en su honor. El presidente está aquí con el ministro de la Guerra y otras personalidades.

—De manera que ha llegado el día en que se honra a un doctor —hizo observar Hutton.

El hombre moreno pareció sorprendido y dijo:

—¿Es posible que no haya oído hablar de ese Doc Savage? Todo el mundo le conoce, señor… incluso los demonios del infierno.

—Si conociese el sitio donde he estado durante estos últimos diez años —contestó Hutton—. No sabría gran cosa de lo que ocurre en el mundo. ¿Quién es ese sujeto?

El hombre moreno ensanchó su pecho. El tópico le gustaba aparentemente y habló con ganas de explayarse.

—Doc Savage es un maravilloso, señor. Dicen que su fuerza muscular es la mayor del mundo, pero lo más asombroso es que también posee un cerebro extraordinario. Sus conocimientos científicos abarcan todos los campos y es un genio en cada uno de ellos. Tiene cinco ayudantes de confianza, hombres que son maestros en sus especialidades respectivas. Sin embargo, señor, ese Doc Savage sabe más que todos ellos juntos.

—¿Cuál es su profesión? —preguntó Hutton, súbitamente más interesado que antes.

—Ayudar a los demás, señor, a los que son desgraciados y enderezar entuertos. Es muy rico, así como sus ayudantes. ¡Mire! Ahí llega el lanchón que les lleva.

—Sí —dijo pensativamente Hutton—. ¡Gracias… muchas gracias!

Y se acercó rápidamente al sitio donde era probable que Doc Savage desembarcara, abriéndose paso entre la multitud.

No vio a “Amber” O’Neel, pero éste le descubrió.

No fue debido a la casualidad que “Amber” O’Neel descubrió tan pronto a Hutton. El vapor que acababa de llegar le había sugerido la idea de que el piloto podía intentar huir por aquella ruta.

O’Neel se había asegurado a ir a ver quién embarcaba y desembarcaba y a sobornar al sobrecargo, si era posible, para echar una mirada a la lista de pasajeros y ver quién había pedido pasaje desde Cartagena.

—¡Infierno, hoy es mi día de suerte! —murmuró O’Neel cuando vió al aviador Hutton.

Se abrió paso entre la muchedumbre. Su aspecto era el de un hombre gordo y simpático, algo sudoroso y arañado por las zarzas.

Los que le veían no podían adivinar que las manos que mantenía en los bolsillos agarraban dos pistolas que podía manejar hábilmente con ambas manos.

O’Neel pasó delante de uno de sus hombres y le puso en

antecedentes.

—Ahí está... siempre llevando aquel delantal de piel... —dijo en el dialecto de sus hombres—. La recompensa sigue en pie. La aumento incluso hasta dos motores.

El lanchón que se alejaba del vapor era un viejo bote de vapor de rueda de paleta en la popa, que, se ignoraba cómo, había ido a parar allí en su vejez.

Los marineros indígenas que lo tripulaban no lo hacían inmejorablemente y los indígenas que tenían canoas ancladas a lo largo del muelle bajaron a las mismas y se alejaron de un modo significativo.

Las canoas pertenecían en su mayoría a fornidos cazadores negros de la manigua. Estos traían sus pieles de serpiente y de leopardo, así como sus papagayos, para venderlos a los turistas. Iban todos semidesnudos.

El lanchón giró a su lado, rozó el muelle, realizó dos o tres maniobras defectuosas y finalmente atracó.

Todo el mundo a bordo, desde el capitán al último marinero, gritaba, lanzando órdenes de apresurarse y la muchedumbre se apretujó hacia delante, gritando: “Viva Doc Savage”, mientras las dos bandas tocaban simultáneamente. Dos chiquillos intentaron saltar del muelle al lanchón y cayeron al agua. Sus madres lanzaron gritos agudos.

El aviador David Hutton intentó acercarse al sitio donde instalaban el pasamano. Tuvo que luchar para evitar que le pisotearan.

Le pisaron los pies, que llevaba descalzos, le contundieron las costillas a codazos y los “¡viva!” le ensordecieron, pero lo logró.

Estaba tan cerca del lanchón que con un salto ligero habría tocado el pasamano. Intentó subir a bordo del lanchón, pero otras cincuenta personas abrigaban la misma intención.

Empujaban a los policías y los policías les empujaban a su vez. Estos últimos ganaron.

—¡Viva Doc Savage! —gritaron.

David Hutton, que era alto, vió una extraña aparición que bajaba por el pasamano. Esta tenía brazos tan largos y gruesos como sus piernas y habría podido anudarse los cordones de los zapatos sin encorvarse.

Su cabeza era redonda, de ojos pequeños y en medio de una selva de pelos hirsutos, la boca aparecía enorme.

La aparición agotaba a David Hutton. Estaba enfermo, hecho una verdadera ruina física y se había excedido.

Lanzó un grito salvaje con la esperanza de que llegaría a los oídos del hombre del pasamanos que según suponía era Doc Savage.

David Hutton lanzó una mirada al rostro negro de un demonio armado con un cuchillo.

—¡Socorro! —gritó Hutton—. ¡Necesito que alguien mi ayude! ¡Algo extraño me ha ocurrido! ¡He descubierto algo que el mundo ni siquiera sueña en que existe!

Luego, bajó los ojos y vió una hoja de piedra que se acercaba a su costado. Era una piedra de color oscuro, de la clase que los indígenas de la manigua usan a veces para fabricar sus cuchillos.

Era afilada como una hoja de afeitar y peor que el acero, puesto que a veces se rompía en la herida.

Hutton gritó y se retorció, pero comprendió que le sería imposible escapar al cuchillo.

CAPÍTULO IV

ALREDEDOR DEL MORIBUNDO

OTRAS miles de personas gritaban en el espacio de un centenar de yardas y un grito más —del de David Hutton— no hizo mucha diferencia.

Un escuadrón de aeroplanos militares rugía en el aire, volando en una formación que dibujaba la palabra D O C.

El hombre peludo y de largos brazos que estaba en el pasamano movió los brazos y gritó algo en español.

Nadie le oyó, pues tenía una vocecita chillona propia de un niño de corta edad. Un movimiento de la muchedumbre echó varias personas al agua.

Todo el mundo parecía divertirse la mar.

—¡Atención, señores y señoritas! —gritó la voz chillona del individuo simiesco del pasamano.

Hubo una conmoción entra la gente apiñada a la izquierda. Una o dos mujeres gritaron.

—¡Escuchadme, por favor! —gritó el sujeto del pasamano—. Tengo algo que decir respecto a esta recepción...

—¡Viva Doc Savage! —gritaron al unísono.

—¡No soy Doc! —exclamó el extraño individuo del pasamano—. Dejadme decir que Doc Savage no baja a tierra, porque no le gusta esa publicidad, no que le traten como un héroe.

—¡Viva Doc Savage! ¡Viva!

El hombre del pasamano chilló:

—¡Maldita sea ¿por que no le daría Doc este encargo a otro?

—¡Viva!

Algunas personas creían que el hombre del pasamanos era Doc Savage. Le aclamaron, pero él meneó la cabeza.

¡Soy Monk... el teniente coronel. Andres Blodgett Mayfair! —intentó decirles—. Soy el químico del pequeño grupo de cinco ayudantes de Doc. Estoy intentando decirles que Doc Savage no sale nunca en público si puede evitarlo y cuando embarcó en este vapor fue para descansar y vivir una temporada como un ser normal. Pero alguien le reconoció y éste ha sido el resultado.

Siguió hablando, pero la muchedumbre ahogó sus palabras.

—¡Mucho hombre! ¡Mucho hombre! ¡Doc Savage! —aullaban.

El feo individuo del pasamano meneó la cabeza lentamente.

—La naturaleza humano es extraña —dijo riendo—. Doc no ha estado siquiera en este país recientemente. Lo único que hizo fue parar una guerra en la cual podía haberse visto complicado... eso fue hace más de un año y ahora están dispuestos a entregárselo todo, solamente por que han leído en los diarios y oído por la radio que Doc es un “tío”.

La risa del peludo individuo se ensanchó y abrió una boca enorme, de una oreja a la otra.

—Lo que han leído puede haberles tumbado de espaldas, pero lo que nunca se ha estampado y que Doc y nosotros somos los únicos en saber les dejaría completamente Knock —out.

El aviador David Hutton tenía un trozo de piedra y un dolor horrible en la espalda. El cuchillo de obsidiana se había roto.

Intentaba huir, escapar del indígena que había querido matarle y seguía queriéndolo.

El dolor hacía delirar a David Hutton y a ello contribuía la enfermedad que hacía estragos en su organismo.

—Decirlo... a alguien —murmuraba—. Decirles... que eso es demasiado importante... para ocultarlo al mundo... Es preciso hacerlo...

La agonía y el horror pintados en su cara hicieron que la gente se apartara de su lado. Otra mujer le miró y se desmayó.

—¡Una nación... como los Estados Unidos... podría enviar un ejército en su busca! —murmuró—. Sería preciso un ejército para lograrlo.

Se desplomó. La gente acudió para socorrerle, pero apartó las manos cuando vió la sangre. Se incorporó y les miró con ojos extraviados.

—Un ejército podría... no lograrlo —les dijo.

Hablaba con suma dificultad.

—No podrían hacerlo con… aeroplanos —añadió—. Miradme… Yo soy la prueba de ello… Lo hice… ¡Mírenme!

Le miraban y retrocedían. Había locura en sus ojos y en sus palabras y no se sabía lo que podía hacer. Les amenazó con un dedo.

—¡Una flota de dirigibles, de grandes naves aéreas como las que se enviaban sobre Londres durante la Gran Guerra, podría conseguirlo!

Un hombre salió de la muchedumbre llevaba uno de los cuchillos de piedra… Un segundo, un tercer hombre surgieron.

Eran morenos, caso negros de piel y semidesnudos. No habrían estado fuera de lugar bailando alrededor de la olla de una tribu de caníbales.

David Hutton les miró sin verles. Un hombrecito obeso surgió a pocos pasos del aviador. Era un individuo de aspecto inofensivo, que parecía un tendero.

Su retrato habría sido un buen cartel anunciador para cualquier restaurante, si se le hubiese adornado con un gorro y una chaqueta blancos.

Era la estampa de la paz, del contento y de la buena disposición para sus semejantes.

—¡No olvidéis los motores! —dijo a los nativos armados de cuchillos—. Regalaré uno a cada hombre. Dos al primero que empiece la faena.

David Hutton no miraba nada en particular y decía:

—Unos dirigibles podrían lograrlo, pero sería preciso que hubiera muchos. Y deberían llevar muchos. Y deberían llevar muchos hombres.

Su voz se hacía gradualmente más fuerte. Un charco rojo iba creciendo a sus pies. Su falda de piel chorreaba…

—Serían precisos muchos hombres para hacer eso —gritó—. Y por fuerte y bien entrenado que fuese el ejército, tropezarían con dificultades, muchas dificultades…

Se echó atrás como a punto de caer y miró el sol con los ojos muy abiertos.

—¡Dificultades! —gritó—. Los oficiales y sus hombres descubrirían qué es lo que van a buscar y se matarían entre sí. El

pensamiento de los que van a perseguir les volvería codicioso. Cuanto más pensasen, más locos se pondrían. Y finalmente...

Calló, tosió, escupió y dejó un reguero sanguinolento en el suelo.

Los hombres de piel obscura estaban a pocos pasos de su víctima. Sus ojillos semejaban los de pequeños animales y sus rostros estaban desprovistos de toda expresión.

David Hutton dijo rápidamente:

—Dirigibles... un ejército... hombres escogidos... tal vez se fracase la primera vez... y la segunda... pero finalmente... el mayor y el más fantástico... tesoro que nunca cayó en manos de la humanidad...

El hombre de piel obscura levantó su cuchillo de piedra, pero en vez de clavarlo, lo dejó caer, doblándose para hacerlo y tendiéndose, completamente inerte, sobre el arma.

Sus dos compañeros hicieron exactamente lo mismo.

Los hombres que yacían en el suelo tenían los ojos abiertos. Uno de ellos se tumbó de espaldas, abrió la boca y roncó ruidosamente.

Alguien rió en la muchedumbre. Debió creer que se trataba de una demostración relacionada con la recepción.

Cuando acabó de reír, se tendió en el suelo él también.

Otras personas le imitaron... tres o cuatro... Algunas roncaban, otras no.

El aviador David Hutton miró en el vacío y empezó a reír. Era una risa horrorosa... como si algo vital en su interior se desgarrara y rompiera.

La sangre salía a borbotones de la comisura de sus labios.

Gran número de personas yacían en el suelo. Hutton seguía de pie, riendo, grotesco con su traje de piel y su extremada delgadez en medio de un charco de sangre que iba ensanchándose.

Un hombre se destacó de la muchedumbre y huyó. Otros pensaron inmediatamente que era una buena idea y se inició una desbandada. Todos parecían sentir deseos de alejarse de allí.

Un hombre no huía y, al contrario, se acercaba a David Hutton. Este nuevo individuo era más alto que todos los presentes. No era delgado y poseía un desarrollo físico notable.

Sus proporciones eran admirables, al revés de lo que ocurre con la mayoría de los hombres altos y fornidos. Al observarse de cerca, se veía que los tendones del dorso de sus manos eran gruesos y

fuertes como cables. Igual sucedía con los de su cuello.

La piel de aquel hombre tenía un color bronceado muy especial y sus ojos eran todavía más extraordinarios. Eran dorados y sembrados de puntitos que se movían, como impulsados por algo invisible.

El gigante llevaba bigote, largo cabello castaño y un sombrero de paja de ancha ala bajaba sobre los ojos. Su indumentaria consistía en un traje de hilo blanco arrugado, una camisa blanca y una corbata negra.

Llegó hasta David Hutton y le cogió entre sus brazos. Hutton le asestó un puñetazo torpemente y el otro lo evitó con facilidad.

El gigante bronceado sujetó mejor a Hutton. Éste empezó a llorar como un niño. Parecía sangrar más deprisa todavía.

Otros cuatro hombres se abrieron paso entre la muchedumbre. Se excusaban cortésmente, pero apartaban a la gente de su camino.

El primero del grupo servía de excelente cuña. Era un sujeto delgado, pálido, de aspecto enfermizo y cualquier muchacho de dieciséis años habría apostado que le vencería sin dificultad al luchar con él.

Aquel sujeto esmirriado precedía a un hombre tan delgado que parecía imposible que su organismo siguiera funcionando. Este llevaba un monóculo que colgaba de una cinta anudada en el ojal de su americana.

Detrás, venía un maniquí viviente, un hombre que tenía la boca móvil de un orador y un par de ojos penetrantes, de color oscuro.

El último del grupo era alto y fornido. ¡Sus manos eran extraordinarias!

Dobladas, formaban puños del tamaño de la cabeza de un hombre. Aquel hombre tenía una expresión triste en las facciones alargadas. Era la personificación de la melancolía.

Poseía una fuerza hercúlea y la necesitó en aquella ocasión, pues la gente que sus tres compañeros apartaba de su camino tenía ganas de pelea cuando le tocaba el turno para pasar. Sin embargo, él era bastante fuerte para rechazarles como si fuesen moscas.

Llegaron todos al lado del gigante de bronce que sostenía a David Hutton.

—¿Que has encontrado, Doc? —preguntó el hombrecito de aspecto enfermizo.

—Un hombre herido —contestó el gigante—; y no me llames Doc Savage. Estamos intentando evitar la muchedumbre, Long Tom.

—Es cierto —contestó el aludido—. Lo había olvidado.

David Hutton seguía murmurando:

—¡Dirigibles… un ejército… atravesarán el infierno… hallarán cosas de las que el hombre no ha soñado nunca la existencia… pero lo merece… todo!

El hombre alto y delgado que llevaba monóculo dijo:

—¡Que me superamalgamen! ¡Eso es una declaración metempirical y trascendentalmente confidencial…!

—Johnny será siempre el mismo… Hasta la muerte nos abrumará con sus largas palabras —dijo el hombre que iba elegantemente ataviado—. ¿Por qué no puedes hablar como los demás, Johnny?

—Déjale en paz, Ham —rezongó el hombre de los enormes puños, que tenía un vozarrón comparable al de un oso en una cueva —. Tienes tan inveterada la costumbre de pelear con Monk que te vuelves contra los demás cuando él no está presente. ¡Rayos y truenos! Llegáis a cansarme.

—A juzgar por la amable expresión de tu lindo rostro, pareces cansado de vivir, Renny —replicó Ham.

Doc Savage ordenó:

—Recoged a esos indígenas.

Los cuatro hombres miraron al gigante de bronce. Les estaba señalando los sujetos de piel obscura que habían amenazado a David Hutton y que parecían dormir los tres.

Los hombres recogieron a los indígenas. El más elegante se quedó atrás hasta que sus compañeros los hubieron levantado del suelo.

—¿Qué pasa, Ham? —gruñó Renny—. ¿Tienes miedo de arrugar tu precioso traje? —. No había bastante para dar la vuelta completa, ¿no te parece?

Doc Savage llevaba a David Hutton entre sus brazos. Hutton pateaba, se retorcía y divagaba.

—¡Dirigibles! —gemía—. No lo intenten con otra cosa… y vigilen a esa… muchacha del pelo de oro… no es como… el resto de la raza humana…

Doc Savage pasó nuevamente entre la muchedumbre. Hutton se

debatió y por casualidad arrancó el bigote del hombre de bronce. El bigote quedó ladeado, con lo cual se hizo evidente que era postizo.

De pronto, los hombres se vieron frente a frente con policías. Estos les miraron y sacaron las pistolas, pues formaban un grupo más bien extraño.

El bigote del hombre de bronce resultaba sospechoso.

—¡Alto! —ordenaron en español.

Doc Savage se paró.

—Esto —dijo—, es para hacerles contener la respiración.

Contuvo la suya y sus cuatro amigos le imitaron. Doc Savage se tocó un bolsillo de la chaqueta y lo estrujó. Un recipiente que sin duda era de vidrio delgado se rompió y la tela se mojó en un instante. Se seco rápidamente, al evaporarse el líquido.

El escuadrón de policías y cuantas personas se hallaban a veinte pasos se durmieron de pie y se desplomaron.

Ham dijo:

—Si hubiesen sabido que somos Doc Savage y sus ayudantes, nos habrían dejado pasar.

Casi instantáneamente después de pronunciar estas palabras, se dejó caer con los policías, aparentemente durmiendo.

Doc Savage y los demás continuaron conteniendo la respiración.

Finalmente, cuando hubo transcurrido un minuto, Doc Savage y sus ayudantes empezaron a respirar.

El pálido Long Tom lanzó una mirada a Ham y declaró.

—Monk se habría divertido…

—Estaría loco de júbilo —asintió Renny—. Ham estaba tan seguro de sí que se volvió imprudente. Debió saber que el gas contenido en el frasquito que Doc llevaba en el bolsillo era incoloro e inodoro, pero le priva a uno del conocimiento hasta que ha transcurrido un minuto y se ha mezclado con el aire.

Siguieron andando. Una vez salidos de la muchedumbre, echaron a correr.

Doc Savage llevaba también a Ham y se dirigió a un edificio abierto en cuya fachada había un rótulo que decía: “La Tropical”.

El interior estaba amueblado con mesitas deslucidas, sobre las cuales se veían vasos de cerveza y una guitarra. Gran número de moscas pululaban y se posaban sobre las mesas. No se veía a nadie.

Renny se internó en el fondo, que estaba oscuro, y descubrió el

bar.

Mirando a los numerosos grifos, rezongó:

—¿Dónde estará el del agua?

—¿Tiene sed? —se burló Long Tom—. Hay que confesar que has escogido el momento…

—¡Rayos y truenos! —exclamó Renny—. Quiero agua para ese moribundo que Doc lleva. ¡Le lavará la garganta y tal vez le haga hablar!

El aviador David Hutton dijo:

—Vigilad la muchacha… no están nunca solos con ella… y no la miren… No es una mujer como las demás.

Doc Savage paró la hemorragia de la herida de Hutton y le llevó entre sus brazos con suma facilidad.

—Vamos a ver si hallamos un sitio más recogido arriba —dijo Doc.

Subieron al piso superior. Renny descubrió al fin de dónde brotaba el agua y subió tres vasos llenos que le cabrían todos en la palma de una sola mano.

Johnny, el de las palabras largas, se colocó al lado de la ventana del cuarto espacioso y completamente vacío que se hallaba en lo alto de la escalera.

—Monk —declaró—, sigue en el pasamano y parece arengar a la multitud.

—¿Les estará todavía explicando que Doc no bajará a tierra? —preguntó Long Tom.

—Esto es una suposición bien fundada —dijo Johnny.

Permaneció al lado de la ventana, vigilando la muchedumbre que rodeaba a Monk y el café de la planta baja, con el fin de cerciorarse de que nadie entraba.

Doc Savage empezó a prodigar sus cuidados a David Hutton.

Los dedos del hombre de bronce se movían con habilidad y destreza. No empleó otros instrumentos que un cortaplumas y unas pequeñas pinzas de metal que se sacó de un bolsillo, pero no tardó en extraer una hoja de piedra.

Monk parece disfrutar de un supereminentemente alegre intermedio —dijo Johnny desde la ventana.

Ham, que estaba tendido en el suelo, roncó con fuerza.

Renny exclamó:

—¡Monk disfrutaría mucho más si viese a Ham tal como está en este momento!

Doc seguía trabajando rápidamente.

—Doc —dijo Long Tom—, ¿qué significa esto?

—Imposible decirlo todavía —contestó el hombre de bronce sin interrumpirse.

—¿Cómo te has enterado?

—Mirando a Monk que intentaba explicar a la multitud que no queríamos una recepción pública y viendo a este blanco apuñalado por un indígena —explicó Doc—. He intentado ir hacia él y he visto más indígenas que se le acercaban. Entonces he tirado unas ampollas de cristal llenas de gas anestésico, que ha puesto a los indígenas fuera de combate, pero el blanco ha huido.

—El blanco —explicó Doc—. Se ha acercado con los indígenas cuando convergían hacia este individuo, les ha hablado en su idioma y les ha prometido recompensas.

Long Tom hizo una mueca: —¿Cómo es?

—Su aspecto es tan pacífico como podáis desear —contestó Doc.

Renny intervino, diciendo:

—Lo que no entiendo es cómo ha podido huir si estabas bastante cerca para oírle hacer promesas a los indígenas.

Long Tom se limitó a decir:

—Lo ha leído en sus labios.

El aviador David Hutton seguía murmurando y delirando.

Ham, que no se movía del sitio donde Doc le había dejado, roncaba con toda su alma.

—Lo que no entiendo es por qué Ham está inconsciente y este hombre no —dijo Renny.

—Está inconsciente —contestó Doc.

—Pero habla.

—Es el delirio —explicó el hombre de bronce—. No sabe lo que pasa a su alrededor.

Hutton murmuró:

—¡Z, Z, Z!

Renny se inclinó hacia delante:

—¿Qué es lo que está diciendo?

—¡Z, Z! ¡Vigílenla! —La voz de Hutton subió; él se retorció e intentó ponerse de pie—. ¡Es una mujer increíble! ¡Ningún ser

humano la iguala! Ella puede… puede…

Se puso de pie. Doc le dejó caer, pues vió su agonía.

—¡Z! —gritó Hutton—. ¡Vigiladla! ¡Aquel demonio que nos quiso matar en la manigua la tiene prisionera! ¡Pero ella escapará! ¡El no sabe qué es lo que ha atrapado! La creerá una mujer ordinaria y hasta…

Hutton se irguió:

—¡He descubierto la cosa más increíble del mundo! —dijo.

De pronto, se dobló como si todas sus articulaciones hubiesen sido cortadas a la vez. Únicamente un muerto podía caer de esa manera.

De su pecho sudoroso sobresalía un objeto pequeño, de madera negra y al parecer untada de grasa, que llevaba una pluma de brillantes colores sujeta al mango.

—¡Rayos y truenos! —aulló Renny, dejando caer los tres vasos de agua, que no habían servido de nada.

—Un dardo envenenado —exclamó Long Tom.

Y se lo arrancó al muerto.

Un segundo de hondo silencio siguió, roto por un breve murmullo.

Doc Savage, el gigante de bronce, cayó. Empezó a desplomarse lentamente y luego con rapidez y pareció a punto de chocar con violencia con el entarimado, pero lo hizo finalmente con la ligereza de un niño y permaneció tendido, sin moverse.

De su pecho, debajo del bolsillo de su chaqueta blanca, sobresalía una pluma brillante y un pedazo de madera negra, delgado como una aguja.

—¡Dardos envenenados ¡ —exclamó Renny—. ¿De dónde vienen?

CAPÍTULO V

SERPIENTES

DOC Savage yacía completamente inmóvil, de espaldas y no parecía respirar.

Renny, Long Tom y Johnny le miraban, horrorizados e incrédulos. La desgracia les había tocado y, como suelo hacerlo, cundo menos la esperaban.

Doc Savage caído... muerto por un dardo envenenado, sin otra conmoción que el leve susurro de un dardo a través de la habitación. No podían creer sus ojos.

—¡Doc! —murmuró roncamente Renny—. ¡Estás fingiendo!

No hubo contestación ni movimiento alguno por parte del hombre de bronce. El horror de aquella inmovilidad les dominó de tal manera que no pesaron en el peligro de ser el banco de nuevos dardos.

No tenían ojos más que para la gigantesca figura de bronce tendida en el suelo.

Otro dardo llegó susurrando y Johnny dio un brinco, mirando con los ojos muy abiertos la manga de su chaqueta en la cual el dardo se había hundido.

—¡Corta la herida! —gritó Long Tom—. ¡Chupa el veneno!

Johnny arrancó el dardo.

—¡No me ha tocado! —declaró—. Ha entrado por la ventana. Viene del techo de enfrente.

Salieron todos corriendo, sacando extrañas armas de unas fundas que llevaban debajo del sobaco y que estaban tan hábilmente disimuladas que no se les notaba. Esas armas tenían el aspecto de grandes pistolas automáticas.

Eran pistolas ametralladoras que descargaban cualquier

proyectil, desde las llamadas balas “misericordiosas” que producían la pérdida inmediata del conocimiento, a los altos explosivos y las balas termitas que funden el acero.

Bajaron las escaleras en silencio y con rapidez.

Eran hombres que parecían eficientes y que tenían esta reputación. Renny, el hombre de los enormes puños y del vozarrón, era el coronel John Renwick, ingeniero de fama mundial.

Johnny, el saco de huesos que llevaba monóculo, era William Harper Littlejohn, erudito arqueólogo y geólogo y cuyo monóculo era en realidad un lente de aumento que le servía para estudiar estatuas antiguas y extrañas rocas.

Long Tom, que parecía siempre a punto de ingresar en el hospital, era el mayor Tomás J. Roberts, mago de la electricidad y hombre tan lleno de salud como cualquier otro.

Cada uno de ellos habría sacrificado gustoso la vida con el fin de proteger la del hombre de bronce. Rápidos y ceñudos, se lanzaron la persecución del asesino o asesinos del hombre de bronce.

—¡Eran dos! —exclamó Johnny, usando palabras cortas como siempre que era presa de excitación—. ¡Demonios morenos! ¡Indios de la manigua, presumo!

Cruzaron la calle y entraron en el edificio desde cuyo techo habían lanzado los dardos envenenados.

Apenas habían desaparecido cuando varios indígenas subieron corriendo con ligereza una escalera trasera y penetraron en el cuarto donde Doc Savage yacía inmóvil entra Ham, los indígenas que seguían bajo el efecto del anestésico y el cadáver de David Hutton.

Eran miembros de la banda de patriotas de “Amber” O’Neel.

Uno de ellos sacó un enorme revólver y gruñó:

—¡Esto pondrá fin a nuestras dificultades!

Alguien le cogió el brazo cuando estaba a punto de disparar sobre el cadáver de David Hutton.

—¡Mira! ¡Uno de los otros le ha herido ya con una flecha!

Otro hombre señaló a Doc.

—Al hombre de bronce también.

—¿Quién es? —preguntó el pistolero.

—El individuo famoso que ha llegado hoy... ¡Doc Savage!

—¡Famoso, eh! Eso no es tan bueno. Su muerte causará

sensación y la policía se moverá.

—Hay que alegrarse de que esté así… ¡Sería peor enemigo que la policía!

—Sí, sí —asintió un hombre que estaba detrás de ellos—. Hasta los hombrecitos de la manigua que secan las cabezas humanas y las fuman han oído hablar de ese Doc Savage y de algunas de las cosas extrañas que hace.

Se oyeron dos tiros de pistola fuera, seguidos de un extraño rugido… como si un toro hubiese bramado. Era el sonido que hacía una de las pistolas ametralladoras…

—Esto atraerá a la policía —gruñó uno de los patriotas de O'Neel—. Es preferible que salgamos de aquí.

Miraron a sus camaradas que yacían en el suelo.

—¿Qué tendrán?

—¡Parecen muertos que roncan…!

—Los hombres que roncan acostumbran a despertar, señores —dijo uno de los individuos que parecía tener alguna autoridad—. Nos los llevaremos.

Recogieron a sus amigos y otro hombre señaló a Ham:

—¿Y éste? —dijo—. Ronca.

—Mátale y deja el cuerpo, pero llévate sus ropas.

—¡No! Desnudarle sería largo, y matarle ensuciaría y echaría a perder las ropas.

Así, pues, recogieron al elegante Ham y se lo llevaron, no porque les interesara su persona, sino por que codiciaban su traje.

Esto le habría gustado a Ham. Su nombre era brigadier general Teodoro Marley Brooks y era un eminente abogado; pero tenía el orgullo puesto en su indumentaria y los supeditaba todo a ésta.

Los hombres bajaron rápidamente la escalera trasera, procurando no hacer ruido.

No habían salido todavía del edificio cuando Doc Savage se levantó del suelo donde le habían dejado por muerto.

Con sumo cuidado, Doc Savage se arrancó el dardo envenenado de la chaqueta y lo tiró contra la pared, donde se clavó, y así nadie lo pisaría accidentalmente.

Con ayuda de un cortaplumas, el hombre de bronce cortó cuidadosamente el sitio donde el dardo había perforado la tela de su chaqueta y reveló un chaleco de mallas metálicas.

Aquella cota de mallas era tan fina, que la aguda punta del dardo no pudo traspasarla. Doc limpió la malla y acercó un fósforo encendido al pañuelo que usó para esta operación, así como a los trozos cortados de su chaqueta y de su camisa.

Esta precaución revelaba el hecho de que sabía cuán peligroso era aquel veneno.

A continuación, Doc siguió a los patriotas de O'Neel, pero con cierta estrategia. Los hombres de O'Neel miraban frecuentemente atrás para ver si les perseguían.

No andaba por las aceras ni los pasajes, sino por los techos de los edificios, franqueando de un salto los callejones cuando los encontraba.

La banda de O'Neel llegó a un café débilmente alumbrado en el cual no había parroquianos y no parecía haberlos habido nunca. Miraron en torno suyo. Era obvio que esperaban que alguien se reuniese allí con ellos.

—El Liberator O'Neel nos dijo que no vería aquí cuando nos ordenó perseguir a Doc Savage, matar al aviador y rescatar nuestros compañeros.

El propietario del café salió de un rincón oscuro, tembloroso y demostrando con su expresión que alquilaba a menudo aquel sitio a sujetos de su calaña, pero que en la actualidad lo sentía.

—¿Dónde está el grande, el bondadoso, el muy amado Liberator O'Neel' —le preguntaron a gritos.

—Estaba aquí y se fue rápidamente —declaró el propietario.

—¿Rápidamente?

—Sí, sí. Estaba asustado, blanco y tembloroso y creí que iba a desmayarse…

El propietario calló, dándose cuenta que pronunciaba palabras imprudentes.

—¡Asustado! El Liberator asustado.

Uno de los hombres sacó un cuchillo de la manga de su chaqueta.

—¡Me equivoqué ¡ —tartamudeó el propietario—. El magnífico y valiente Liberator O'Neel dijo que se reunieran con él allí donde tienen a la muchacha.

Los patriotas de O'Neel siguieron adelante.

A media manzana de distancia, un gigante de bronce se dejó

caer de un techo y se guardó apresuradamente en el bolsillo el tubito de un telescopio.

Las facciones de Doc Savage eran inexpresivas y únicamente tenía la frente arrugada. Leer en los labios no es empresa fácil en ningún momento, pero leer en ellos cuando hablan un idioma extranjero es más complicado aún.

Los patriotas de O'Neel caminaban deprisa, sin darse cuenta de que les seguían.

El lugar donde la muchacha veíase prisionera resultó ser una casa pintada de blanco y de aspecto desastroso, emplazada detrás.

Se hallaba en la colina donde se erguía una fortaleza en ruinas, reliquia de la conquista española y no había otros edificios en los alrededores.

Un hombre estaba sentado en una caja delante de la reja. Estaba sentado de manera que podía caer rápidamente a un lado, tumbar la caja y agarrar el revólver que había colocado debajo. Miró sonriente a los recién llegados.

—¿Está aquí El Liberator? —le preguntaron.

—No —dijo.

—¿Dónde está? —quisieron saber, asombrados.

—¿Quién sabe?

El vigía hizo un gesto vago y miró a los hombres inconscientes que los que acababan de llegar traían consigo. Parpadeó de asombro:

—¿Qué es eso? ¿Duermen?

—No sabemos qué es lo que les ha ocurrido.

El vigía meneó la cabeza, señaló la elegante indumentaria de Ham y dijo.

—¡Reclamo su traje!

Le contestaron que podía tomarlo, pero que llegaba tarde y penetraron todos en el edificio.

El vigía volvió a sentarse en su caja, se sacó un trocito de papel de un bolsillo, lo desenvolvió y extrajo una alubia.

La alubia descansó en la palma de su mano un momento y de pronto saltó con violencia. El vigía rió por lo bajo.

—¡No importa quién se quede con esas ropas; Serán mías antes de poco! —se dijo.

Los colombianos de su tipo son jugadores inveterados y les gusta

apostar en las carreras de alubias saltadoras. Aquel hombre sabía casualmente que si se sumerge una alubia saltadora en cierta solución antes de la carrera, el gusano que contiene realiza esfuerzos más frenéticos y, desde el momento que los movimientos del gusano son los que hacen saltar a la alubia, ésta resulta más buena corredora.

El hombre miraba a la alubia con amor, cuando algo que parecía una garra de acero, sin poseer su frío, le cogió el cuello.

Le agarró cuando acababa de expeler el aire de sus pulmones, y el hombre luchó frenéticamente, aunque sin éxito.

Retorciéndose, echó una mirada a su adversario y su rostro se congestionó todavía más.

No había visto nunca antes de entonces al gigante de bronce que le sujetaba, pero su aspecto era impresionante... Parecía Némesis en persona.

Los dedos del gigante de bronce ejercieron una presión hábil en los centros nerviosos de la espina dorsal del vigía, en la juntura del cráneo.

El vigía dio un brinco y enseguida se quedó tenso e inmóvil. Tenía los ojos abiertos, pero fijos y apenas respira.

El hombre de bronce miró a su víctima con atención durante unos instantes.

Aquella presión ejercida en la espina dorsal era cosa delicada, y el exagerarla podía dar resultados fatales. No le había ocurrido nunca ningún accidente, pero obraba siempre con cuidado.

Doc había perfeccionado aquel método de reducir el paciente a un estado de completa impotencia, pero en vista de que no tenía valor para el mundo médico, guardaba el secreto sobre el mismo.

Convencido de que el guardia no corría peligro, se lo echó tranquilamente al hombro y traspuso la reja. Era un paso atrevido, basado en la posibilidad de que nadie vigilase desde la casa, pero dos hombres, armados con rifles, estaban en la puerta y le encañonaron con sus armas.

Doc Savage, que tenía la cara oculta por el bulto que llevaba, dijo rápidamente.

—¡No! Estoy aquí a causa de El Liberator.

No en vano Doc había pasado años perfeccionando la práctica de idiomas extranjeros. Su español era perfecto e incluso lo hablaba

con el acento de los colombianos de baja estofa.

Los hombres armados con rifles no se dieron cuenta de su error hasta que fue demasiado tarde. No fueron tan afortunados como el vigía y no supieron nunca que era lo que les había golpeado.

La puerta estaba abierta. Doc entró en un vestíbulo, frío como un sótano y completamente huérfano de decoración.

En el fondo de la casa unos hombres respiraban fuertemente, como si lucharan.

Doc siguió la dirección del sonido y entró en un cuarto en el cual vió varios cuerpos inmóviles. Eran los de Ham y los de los patriotas de O'Neel, que respiraron el gas anestésico.

Las respiraciones anhelosas seguían más lejos. Doc dio unos cuantos pasos.

Oyó un jadeo que parecía de terror y el ruido de pies que resbalaban en el suelo como si luchase alguien contra un obstáculo.

Un cuadro asombroso se ofreció a sus ojos. Siete hombres se apretujaban contra una puerta, empujándola, apretándola para mantenerla cerrada.

Respiraban afanosamente y sudaban a mares.

—¡Dios mío! —exclamó uno de ellos en un gemido—. ¡No podremos aguantar mucho más!

Uno de ellos empezó a rezar en voz alta. Nombrando sus pecados y pidiéndole perdón a Dios. Eran pecados muy negros, y el hombre parecía muy asustado.

Doc embistió aquellos hombres y los atacó a puñetazos. Dos golpes con la mano derecha, otro con la izquierda.

Tres hombres cayeron sin conocimiento... Quedaban cuatro. Volvieron la cabeza y le vieron. Pero no soltaron la puerta.

Doc Savage había luchado más de una vez contra un puñado de granujas, pero nunca logró una victoria más rápida.

Los hombres le tenían más miedo a lo que había detrás de la puerta que a él. Con unos cuantos directos, Doc los puso a todos fuera de combate.

Uno sólo quedó en pie y siguió empujando locamente la puerta. Doc le agarró, le arrancó de allí y lo apartó. El hombre temblaba como un conejo atemorizado y miraba la puerta con terror.

La puerta no se abrió.

—¿Qué hay allí detrás ¿ —preguntó Doc.

—¡*Fer-de-lance*![1] —dijo con voz entrecortada—. ¡El suelo está lleno! La muchacha empuja la puerta para dejarlas pasar. ¡Todas son enormes! ¡Ella las tiene amaestradas!

Su terror era evidente. Muy pocos hombres han sobrevivido a la mordedura de aquel peligroso habitante de la manigua.

Doc Savage asestó un directo a la mandíbula del individuo, le dejó caer y abrió la puerta. La precaución con que le hizo caer resultó innecesaria.

Había allí una muchacha alta, de pelo dorado, vestida con una especie de traje de baño de tela de oro. Estaba sentada en una silla, atada, amordazada y con los ojos vendados. No había nadie más, no siguiera muebles en el cuarto.

No había tampoco ninguna serpiente.

.

CAPÍTULO VI

HECHIZO

NO había allí ventana ni otra abertura por la cual las serpientes pudieran haber huido.

Doc Savage se acercó a la muchacha, mas cuando hubo dado media docena de pasos, se paró. Una extraña expresión se pintó en sus facciones.

Meneó la cabeza como si algo le molestara, aunque no se veía nada.

Era obvio que algo ocurría. El hombre de bronce meneó varias veces la cabeza. Luego se quedó rígido miró fijamente, hasta que rompió lo que parecía un hechizo, dando unas fuertes y sonoras palmadas.

El hombre de bronce estaba sorprendido por algo invisible que ocurría en el cuarto. Empezó a emitir su famoso trino, una nota exótica e indefinida tan difícil de clasificar como lo que estaba sucediendo en la estancia.

Doc emitía aquel sonido con la garganta, sin al parecer hacer ningún esfuerzo consciente y lo dejaba oír invariablemente cuando estaba sorprendido o cuando tomaba decisiones repentinas.

Habló de pronto en español.

—¡Pare esto! —dijo rápidamente—. ¿No quiere ser puesta en libertad?

Doc Savage esperó. Nada ocurrió, aunque tampoco nada visible había ocurrido antes.

Habló nuevamente, pero en inglés.

—¡Si quiere ser libre, tendrá que dejar de hacer lo que intenta realizar!

Doc Savage esperó nuevamente. Movió repetidas veces la

cabeza, evitando mirar a la muchacha.

—¡Bien! —dijo, con tono disgustado—. ¡Muéstrese testaruda y quédese ahí!

Giró sobre sus talones y se encaminó a la puerta. Una vez fuera, se detuvo y lanzó una mirada rápida a la muchacha. Las cuerdas que la ataban estaban tan apretadas que la hacían padecer enormemente.

Al cabo de unos segundos de vacilación, el hombre de bronce volvió a entrar en el cuarto y desató algunos de los alambres más apretados que la sujetaban.

No la soltó completamente, pero alivió su situación. Trabajaba deprisa y huyó de ella, saliendo al vestíbulo. Una vez allí, se paró y pareció reflexionar hondamente.

Doc Savage dejó oír nuevamente su trino. Era una hazaña de ventriloquia y era casi imposible decir de dónde emanaba el sonido.

Cualquiera que conociera a Doc Savage y le viera entonces, se habría dado cuenta de que había hecho algún descubrimiento sorprendente.

Doc fue a desatar a los prisioneros. Ham seguía roncando en el suelo.

Alguien le había quitado la hermosa corbata que llevaba antes de la llegada de Doc.

Algunos de los prisioneros puestos fuera de combate por Doc abrieron los ojos y miraron con terror la puerta detrás de la cual se hallaba la muchacha del pelo de oro.

—¡Las serpientes! —gimió uno—. ¡Las echaba contra nosotros!

Miraron a Doc y suplicaron.

—¡Mantenga la puerta cerrada, señor!

—Al contrario —les dijo tranquilamente Doc—. La puerta se abrirá si no me decís algunas cosas rápidamente.

Les miró con atención, y al ver las miradas que echaban a la puerta, decidió que no mentirían.

—¡De dónde viene esa muchacha? —preguntó.

No contestaron hasta que el hombre de bronce se acercó a la puerta, agarrando el botón.

Entonces le explicaron que había aterrizado en la manigua en un avión bastante viejo, en compañía de un piloto loco.

Admitieron haber llamado la atención del aeroplano para

hacerlo aterrizar.

Eran patriotas, le explicaron, y necesitaban el aeroplano para luchar contra los federales.

Bajo la amenaza de ver la puerta abierta, confesaron el resto de la historia.

Habían seguido al aviador, guardando la muchacha prisionera. Aquella chica había sido un problema. Nadie se atrevía a acercársele.

Incluso El Liberator O'Neel, su "presidente", le tenía un miedo cerval. No lo dijeron en estos términos, pero lo dieron a entender.

O'Neel les había ordenado matar al piloto. Lo intentaron y fallaron cuando Doc intervino con su gas anestésico, pero siguieron intentándolo.

Ahora deseaban no haber visto nunca a la muchacha. Había algo terrible en ella. No lo acababan de entender; pero no parecía humana. Era fantástica.

No había pronunciado una sola palabra en cualquier lenguaje que fuese durante las pocas oportunidades que le dieron para ello.

Doc preguntó:

—¿Por qué intentaron matar al aviador?

—Por que el magnífico, poderoso y valiente Liberator O'Neel lo dispuso así.

—¿Por qué quería O'Neel ver muerto al aviador?

Se encogieron de hombros, contestando.

—Quién sabe.

Doc les amenazó con la puerta. Gimieron, se estremecieron y temblaron.

—Había un libro, un cuaderno que el aviador dejó caer y O'Neel halló. Este era el motivo.

—¿Qué decía el libro? —preguntó Doc.

Lo ignoraban, aun después que el hombre de bronce hubo abierto ligeramente la puerta.

Doc entró en la otra habitación y cerró la puerta, acompañado por sus gritos de miedo. El hombre de bronce sacó entonces del bolsillo una caja llana, que parecía de cigarros, pero que no los contenía, y cuya tapa llevaba pequeños discos y conmutadores. Manipuló la caja y dijo: —¡Renny!

—¡Rayos y truenos! —dijo una voz—. Esas malditas radios de

onda corta no funcionan nunca bien… Es imposible que transmitan un mensaje de los espíritus… ¡Rayos y truenos!

—¡Mi cota de malla no dejó pasar el dardo, Renny! —dijo Doc Savage—. ¡Vosotros no habéis pensado en eso! ¿Os acompañó la suerte al perseguir a esos hombres?

—¡Rayos y truenos! —El vozarrón de Renny amenazó con echar a perder el pequeño aparato de radio—. ¡Doc! ¡Estás vivo! ¡Sí que hemos tenido suerte! Tres de ellos disparaban dardos envenenados. ¡Los tenemos a los tres!

—Traedlos aquí —pidió Doc, explicándoles dónde se hallaba.

El hombre de bronce volvió a ponerse el diminuto aparato de radio en el bolsillo y regresó al lado de sus prisioneros.

Ham seguía roncando en el suelo. No tardaría en despertar cuando se disipasen los efectos del gas anestésico.

Doc Savage abrió la puerta y miró a la muchacha. Seguía atada a su silla y no había el menor rastro de serpientes.

Cerró la puerta rápidamente.

Johnny, Long Tom y Renny no tardaron en llegar con sus tres prisioneros.

Doc les explicó lo que había hecho y ellos le pusieron en antecedentes de lo que habían realizado.

—Ahora veremos si vuestros prisioneros explican la misma historia que los míos —dijo Doc.

Dijeron lo mismo.

Renny abría y cerraba los puños, mirándolos distraídamente.

—Me pregunto lo que habría en aquel cuaderno —rezongó—. Fuese lo que fuese, debió ser algo interesante.

El huesudo Johnny declaró:

—Un deseo irrefrenable de percibir a esa hembra excepcional se apodera de mí.

Y se acercó a la puerta.

—¡No! —dijo Doc Savage rápidamente.

—¡No te acerques a ella!

Johnny se paró, miró fijamente a Doc y jugueteó distraídamente con su monóculo. —¿Quieres explicarme por qué no deseas que la vea?— dijo empleando palabras cortas.

—Más tarde —le dijo Doc.

—¡Que me superamalgamen! —murmuró Johnny, pero se

mantuvo a distancia de la puerta.

Llamaron fuertemente a la puerta de entrada.

—El sujeto a quien llaman El Liberator O'Neel tenía que reunirse con sus hombres aquí —dijo rápidamente Doc.

Prepararon una recepción alrededor de la puerta para sus visitantes y abrieron.

El hombre que entró era el individuo de largos brazos y aspecto simiesco que había arengado a la multitud desde el pasamano del bote de vapor.

—¡Monk! —exclamó Renny.

—¡Nada, una bromita! —se quejó Monk, el de la vocecita infantil—. Algo interesante se presenta y todos vais detrás, dejándome hacer un discurso en español, que todos sabéis que hablo apenas. ¡A eso llamo yo amigos!

Nadie contestó, aunque no parecían muy arrepentidos.

—No os habría encontrado todavía; pero después de mi discurso, escuché mi radio y le oí decir a Doc dónde debíais reunidos con él —siguió diciendo Monk, con voz chillona.

Se iba excitando y prosiguió:

—¡Estoy seguro que la culpa la tenía ese picapleitos presumido de Ham! ¡Siempre la emprende conmigo! ¡Es el individuo más ruin que existe!…

Doc Savage dijo.

—Esperamos la llegada del jefe de la banda.

—¡Ah! —exclamó Monk—. ¡Entonces hago demasiado ruido!

Entró rápidamente y cerró la puerta.

CAPÍTULO VII

EXPEDICIÓN

"AMBER" O'Neel, el hombre que se hacía llamar El Liberator, vió a Monk cuando éste cerraba la puerta. También había presenciado su llegada.

—¡Este es uno de los hombres de Doc Savage! —tartamudeó, ocultándose rápidamente.

Se sentía las rodillas flojas como cuando se asustaba mucho. Había oído hablar bastante de Doc Savage.

—¡Un poco más y me meto en una trampa! —murmuró.

Y no perdió tiempo en alejarse de allí. "Amber" O'Neel no parecía el de siempre. Se había ennegrecido la cara con nogalina y llevaba un sombrero y un traje usados.

Cuidaba de no acercarse a los policías, mantenía la cabeza baja, movía los labios y a juzgar por las señales, reflexionaba profundamente.

—¡Bueno! —exclamó finalmente en español.

Un grupo de sus patriotas —los peores que temían dejarse ver en Cartagena— le esperaban, acampados a la orilla del río; pero no intentó reunirse con ellos.

O'Neel fue a un bar que disfrutaba de mala reputación entre la policía, y a los pocos momentos se encerró en un cuarto trasero con algunos caballeros que corrían muy poco peligro de morir de vejez.

En ocasiones, esos hombres se llamaban patriotas ellos también, pero, la mayoría de las veces, confesaban ser sencillos asesinos y ladrones.

¡No poseían la imaginación de El Liberator O'Neel!

Es probable que no exista el honor entre los criminales; pero un bandido ambicioso que desea organizar una banda y hacerse una

reputación, intenta dar la impresión de que es un “tío honrado” o, según decían en aquella tierra, “ un caballero”.

Podía decir una mentira enorme y todos los bandidos de Cartagena le creerían... sólo una vez. Lo dijo entonces... Lo tenía todo pesado.

—Escuchad, hombres —dijo;— en ese barco yanqui han llegado hoy doce cajas de narcótico. Fueron desembarcadas anoche cuando el buque estaba anclado en la desembocadura del río, esperando que fuera de día. Sé donde pueden hallarse...

Esto interesó a sus oyentes de un modo extraordinario.

—Están en una casa —prosiguió O’Neel—. Cuatro o cinco hombres las vigilan. Será preciso atacar por sorpresa y, sin pérdida de tiempo, matar a esos hombres y huir con las cajas antes de la llegada de la policía.

—¿Por qué no guardas este hallazgo para ti? —preguntó uno de los hombres, con cierta lógica.

—No dispongo de bastantes hombres —contestó O’Neel—. Hay que obrar rápidamente. Vosotros dais el golpe. A cambio de mi información, me contentaré con la parte que queráis entregarme.

El asunto parecía interesante. En aquella época, los narcóticos alcanzaban un precio elevadísimo, gracias a la actividad de la policía.

Decidieron pues, dar el golpe inmediatamente, y O’Neel buscó una excusa para separarse de ellos. Sin pérdida de tiempo, “Amber” O’Neel se reunió entonces con sus patriotas que estaban acampados a la orilla del río. Les explicó su mala suerte y concluyó:

—He recurrido a un ardid, algunos hombres que son muy buenos luchadores, creen que hay un cargamento de narcóticos de por medio. Atacarán y matarán a Doc Savage y a sus hombres que se hallan allí. Eso significa que Doc Savage no nos molestará más.

La mención del nombre de Doc Savage no pareció alegrar a los patriotas.

—¿Vale la pena que luchemos con Doc Savage? —preguntó uno de ellos con ansiedad—. A mí me gustaría más irme lejos cuanto más lejos mejor.

—¡Sí, sí! —asintió otro rápidamente—. Si me dijeran de luchar con ese Doc Savage, para ver quién de los dos iba a ser el presidente de Colombia, preferiría irme.

—¡Te irías corriendo! —gruñó otro.

—¡Cómo un gamo! —prosiguió el primer hombre—. Ese hombre de bronce de los Estados Unidos es muy duro de pelar.

—¡Silencio! —impuso O'Neel—. ¡El asunto que tratamos es el mayor que se os ha ofrecido nunca! —dijo enfáticamente.

—Podría decirnos de qué se trata —sugirió un hombre.

—No —dijo—. Si lo hiciese, el premio es tan fabuloso que empezaríais a mataros unos a otros para alcanzarlo. Yo sé de qué se trata y os llevo conmigo porque os necesito. Os daré vuestra parte, como siempre, bien lo sabéis. Si me matáis, el secreto muere conmigo.

Eso era diplomacia pura. Todos estaban satisfechos, todos más anhelosos que nunca. Y cuidarían de que nada le ocurriese a El Liberator "Amber" O'Neel.

Alguien preguntó:

—¿Y la muchacha?

—¡Oh, ella! —O'Neel se humedeció los labios—. ¡Tal vez muera cuando los hombres ataquen en busca de narcóticos imaginarios! ¡Tanto peor para ella!

—Pero, ¿y si no muere?

O'Neel sacó la mandíbula.

—Oídme —dijo—. Estaría mejor fuera de nuestro camino y debimos suprimirla cuando la teníamos. También sería interesante que Doc Savage muriese, pero ocurra lo que ocurra, nos internaremos en la manigua. Seremos los primeros, ¿comprendéis? Pase lo que pase, seremos los primeros… y eso es muy importante.

¡Esa chica! —murmuró uno de los hombres—. ¿Qué clase de mujer es?

O'Neel contestó:

—Lo comprenderás cuando descubramos el secreto de Klantic.

—¿El qué?

—El secreto de Klantic —repitió "Amber" O'Neel.

Sus hombres no habían oído hablar nunca del secreto de Klantic antes de entonces y lo demostraron con sus miradas estúpidas.

—Así lo llama el aviador David Hutton en su Diario —prosiguió "Amber" O'Neel—. Y es un nombre tan bueno como cualquiera. Lo llamaremos así.

Le miraron, comprendiendo que no les diría más, pero la

curiosidad les mordía. Volvieron a hablar de la muchacha, sondeando a O'Neel.

—¿Puede perjudicarnos realmente? —quisieron saber.

"Amber" O'Neel asintió con aire solemne.

—No os engañáis respecto a esa mujer del pelo dorado —dijo lentamente, marcando cada sílaba—. Es probablemente tan peligrosa como Doc Savage… y quizá más aún si cabe.

—¿Por qué?

"Amber" O'Neel estuvo a punto de decírselo. Abrió la boca, pero volvió a cerrarla.

—No importa —dijo—. Es así. Todo eso consta en el Diario del aviador… Se habla de ella, del secreto de Klantic y de todo el asunto.

Comprendieron por su tono que era preferible no insistir y renunciar a hacerlo.

—Vamos a prepararnos para internarnos en la manigua —dijeron—. ¿Vamos lejos?

—Demasiado lejos para andar.

—¿Qué?

—Iremos en aeroplano —declaró O'Neel.

—¡Pero no tenemos ni uno!

—Tengo un plan —declaró O'Neel—, para hacernos con unos cuantos aeroplanos. Los necesitamos, puesto que sin ellos no podríamos realizar el viaje.

Llevó a sus hombres a los arrabales de Cartagena.

—¿Y nuestros camaradas, los que dice usted que son prisioneros de Doc Savage? —preguntaron los patriotas.

O'Neel declaró que era una lástima lo que les había ocurrido. Intentó poner una nota de pesar en su voz.

CAPÍTULO VIII

ATAQUE

DOC Savage acababa de interrogar a sus prisioneros, los patriotas de O'Neel, por segunda vez, sin obtener nueva información.

También había llegado a la conclusión de que "Amber" O'Neel no vendría, aunque ignoraba que El Liberator había visto a Monk a su llegada.

Los compañeros de Doc estaban esperando, excepto Ham, que seguía durmiendo.

Monk se quejaba de sufrir intensos dolores de estómago, aunque negaba con indignación que fueran debidos al paroxismo de risa que le entró cuando vió a Ham dormido a consecuencia, según lo dijeron los demás, de haber respirado el gas anestésico, por puro descuido.

Se vieron obligados a amordazar a Monk para poner fin a su hilaridad.

Doc Savage se acercó a Ham. Había llegado el momento de que volviese en sí. Por regla general, el gas anestésico no dejaba sin conocimiento más de media hora, pero aquella dosis era particularmente concentrada.

Unos pellizcos en un sitio calculado para estimular las reacciones nerviosas, y Ham se sentó. Miró a Doc Savage y sonrió levemente. Lo más extraño de aquel gas anestésico era que no dejaba ningún rastro gas de sí.

—¡Espero que Monk no se ha enterado de esto! —dijo Ham.

—Lo sabe —contestó Doc—. ¡Y está enfermo de tanto reír!

Ham se cogió la cabeza entre ambas manos.

—¡El eslabón que falta! —exclamó.

Luego se palpó y dijo.

—¿Quién ha robado mi corbata?

Era típico de Ham que sintiese mayor interés por su ropa que por lo que había ocurrido en el mundo mientras estaba sin conocimiento.

—Algo le ha pasado a Monk.

—Espero que se habrá roto la crisma —declaró Ham, pero al ver que Renny estaba serio, demostró ansiedad.

—¡Oye, Monk no estará herido!

—No sé lo que será. Doc, es preferible que vayas a verle.

El ingeniero abrió la marcha. Doc le siguió y se detuvieron en la puerta detrás de la cual la muchacha había permanecido atada a su silla.

Renny explicó:

—Monk no te oyó aconsejar a Johnny y a los demás que no nos acercáramos a la chica.

Ham, que venía detrás de ellos, preguntó:

—¿Es que hay una muchacha detrás de esa puerta?

—Parece una muchacha —dijo Renny—, pero empiezo a preguntarme si es un ser humano.

—Si hay una muchacha allí dentro, cualquiera sabe lo que Monk habrá hecho para pavonearse —dijo secamente Ham—. ¡Nada me asombraría, viniendo de él!

Renny abrió la puerta.

Monk yacía de espaldas en el suelo delante de la silla de la muchacha del pelo de oro. Tenía los brazos y las piernas completamente tiesos.

Ham tragó saliva.

—¿Qué le pasa?

—No lo sé —exclamó Renny con voz contenida—. Le he encontrado en esta forma.

Monk tenía los ojos abiertos y fijos en el techo. No demostró darse cuenta de su presencia.

—¡Pobre Monk! —murmuró Ham con sincera ansiedad—. ¡Debe ser una especie de parálisis!

La muchacha seguía amordazada y con los ojos vendados. La mordaza y la venda impedían ver sus facciones clásicas.

Doc Savage se acercó sin ruido y pateó suavemente a Monk. Este despertó y se quedó mirándose las piernas y los brazos.

—¿Qué demonios estoy haciendo’ —exclamó, levantándose rápidamente.

Doc le hizo salir así como a los demás y cerró la puerta.

—¡No entréis aquí! —les dijo.

Monk parecía aturdido y manso preguntó:

—Doc, ¿qué es lo que ha pasado? He abierto esa puerta y he visto a una muchacha atada. Me ha parecido bonita y he pensado que no habría mal alguno en acercarnos para ver si estaba confortable…

Monk calló. Se echaba de ver que no se sentía orgulloso del resto.

—Después de eso, lo primero de que me doy cuenta es de que Doc me mete el pie entre las costillas y que yo estoy tumbado en el suelo con los brazos al cielo.

—Estabas en tu papel —intercaló Ham, con voz sarcástica—. ¡Siempre el mismo payaso!

Monk hizo como quien no oye.

—Doc, ¿qué me ha pasado?

—Esa muchacha —contestó el hombre de bronce—, que resulta una mujer excepcional… hasta qué punto, no podemos decirlo todavía.

—¿Qué quieres decir con esto? —preguntó Monk con inquietud.

—¡Ante todo, esa muchacha hace ver y sentir cosa que no existen!

—¡Eso es hipnotismo! Mucha gente sabe hacer eso. ¡Tú lo logras muy bien, Doc!

—Lo que esa muchacha hace rebasa mis habilidades —explicó el hombre de bronce—. Mi hipnotismo es ordinario: consiste en la fijación usual de la atención, el inducir a un estado de relajación mental, etcétera… todo ello inducido por métodos concretos y visibles, que son tan comprensibles como hacer dormir a un hombre con un puñetazo bien aplicado.

—Tal vez —gruñó Monk;— pero pasaste meses enteros en la India y otras tierras, estudiando eso.

—¿Has mirado a esa muchacha a los ojos? —preguntó Doc.

—No.

—¿Habló ella?

—No.

—¿Se movió?

—No hizo enteramente nada —dijo Monk—. He sido yo… Me he tumbado y he levantado brazos y piernas.

Ham empezó a reír burlonamente.

—Tú que también eres un caballero aficionado a las damas —exclamó Monk con indignación—. ¡Te desafío a que entras ahí y te quedes cinco minutos con ella!…

Ham calló… No tenía nada que replicar Doc Savage declaró:

—Esa muchacha logra sus efectos por pura telepatía. Es algo difícil de comprender; pero parece tener el poder de hacer ver o pensar algo a los demás según lo desea, sin hablarles siquiera no emplear ningún otro truco del hipnotismo. Entendedme bien; no doy por seguro que hace eso, pero por lo visto esa muchacha posee una inteligencia infinitamente mayor que la nuestra.

—Que la nuestra quizá —dijo Monk—, pero no que la tuya. Tú has recibido un entrenamiento científico desde tu nacimiento. No es fácil competir con un cerebro como el tuyo.

—Sin adulación —solicitó Doc.

—Eso no existe entre nosotros —dijo Monk—. ¡Quieres decir que esa muchacha es una especie de… mago mental’

—Eso mismo —asintió Doc.

Algo duro golpeó la puerta trasera.

Se oyó la puerta en cuestión que se abría y a continuación un murmullo de voces, entre las cuales se destacaba la de Johnny. La otra voz era quejumbrosa.

Johnny hablaba español y seguía empleando cuantas palabras largas y complicadas se le ocurrían, según su costumbre.

Doc Savage salió rápidamente al encuentro de las voces, seguido de Monk, Ham y Renny. Hallaron a Johnny en compañía de un hombre gordezuelo y moreno que necesitaba un baño, un barbero y un sastre. El individuo en cuestión llevaba una enorme cesta de mimbre en la cabeza. La cesta parecía llena de plátanos, de cocos y panes de extraño aspecto.

—Dice que estos víveres han sido comprados con orden de ser entregados a los hombres que viven aquí —dijo Johnny, recurriendo esta vez a cortas palabras inglesas.

—Hazle pasar —dijo Doc.

El hombre de bronce dio unos pasos adelante, de manera que

cuando el hombre de la cesta entró pasó a su lado.

Inmediatamente, Doc dejó oír el trino que era su reacción característica ante hechos inesperados.

—¡Espere! —dijo rápidamente Doc en español.

El de la cesta se detuvo y miró como atontado.

—¿Qué clase de objetos de metal trae aquí? —preguntó Doc.

El hombre moreno no intentó explicarse. Sostenía la cesta con una mano.

La bajó rápidamente y se hizo evidente que sostenía en la misma un hilo que iba a parar a la cesta. Tiró del hilo, lanzó la cesta lejos de sí, dio media vuelta y salió corriendo.

Doc Savage pegó un brinco, recogió la cesta antes de que tocase al suelo y la tiró por la puerta. La cesta describió un semicírculo sobre la del que huía y cayó delante de él.

El hombre moreno vió la cesta. Echó el tronco atrás, estiró las piernas cuando pudo y se paró. Corría hacia atrás —hacía los movimientos necesarios para ello— aun antes de pararse.

No hubo tiempo para que cambiara de expresión, pero sus ojos se dilataron.

El cesto cayó al suelo.

Doc Savage cerró la puerta de golpe.

Inmediatamente ésta volvió a abrirse o, mejor dicho, se rompió. Era de tablones y éstos cayeron hacia dentro. Los goznes no resistieron y la puerta entera siguió. Por la abertura entró la luz, el estruendo, el polvo y los escombros.

El yeso cayó del techo a grandes trozos. Los cuadros se desprendieron de la pared y se oyó el ruido de otras cosas que caían.

El silencio que siguió pareció mayor por contraste.

—¡Que me superamalgamen! —dijo finalmente Johnny—. Doc, ¿desde cuándo lees en el pensamiento?

—Nada de eso —contestó tranquilamente el hombre de bronce.

—Pues, ¿cómo adivinaste lo que había en esa cesta’

—Se trata de una adaptación del aparato que vigila nuestra puerta en Nueva York —contestó Doc.

Monk meneó la cabeza, miró por la puerta y se apresuró a echarse atrás.

—¡Diablos! —estalló—. Llega un grupo de quince o veinte

individuos armados de revólveres.

El huesudo Johnny sacó rápidamente la pistola ametralladora de la funda que llevaba en el sobaco. Comprendía cómo Doc había adivinado la presencia de una enorme granada en la cesta con frutas y pan.

Mucho tiempo atrás, Doc perfeccionó un aparato que estaba destinado a ser usado cada día más en cárceles y cuartelillos de policía.

El aparato consistía sencillamente en un mecanismo que registraba, por medio de su alteración en un campo magnético, la proximidad del hierro o del acero.

Doc lo había instalado en su cuartel general y se enteraba de tal modo de sí sus visitantes llevaban armas. En la presente ocasión se había limitado a reducir el aparato del tamaño del bolsillo.

Doc Savage dijo.

—¡Es preferible no dejarles acercarse demasiado!

Johnny empezó a disparar y su pistola emitió su ruido ensordecedor. Los cartuchos vacíos caían del expulsor al suelo con la rapidez del rayo.

Monk lanzó una mirada fuera y dijo con honda admiración:

—¡Muchacho, debes haber practicado bastante! ¡La mitad están en el suelo!

—Cuando dispares otra vez, hazlo con cuidado —ordenó Doc Savage—. No hay que tocar ojos no oídos.

El hombre de bronce tenía la norma de no sacrificar vidas humanas cuando le era posible evitarlo. Sus ayudantes intentaban honradamente atenerse a esta ley, aunque en momentos de excitación les ocurría apartarse de ella.

Las balas llovían por la abertura de la puerta. Una ventana saltó hecha pedazos. Los ecos de los tiros volvían desde la montaña que se elevaba a corta distancia de la casa y los disparos de pistola sonaban como cañonazos.

Monk empezó a disparar y Long Tom y Renny le imitaron.

Las balas que disparaban contenían una mezcla química, cuyos fragmentos, al incrustarse en carne, eran absorbidos por el cuerpo sobre el cual obraban un efecto inofensivo. Producían la pérdida del conocimiento por espacio de unas horas.

Esas llamadas balas “misericordiosas” no eran un invento nuevo.

Los cazadores que proveen a los parques zoológicos las usan para obtener ejemplares vivos, pero la mezcla de los cartuchos, que se disolvía inofensivamente en el cuerpo humano y cauterizaba las heridas causadas por las balas, era el resultado del genio inventivo de Doc. Los atacantes se batieron en retirada. Dos de ellos echaron a correr, seguidos bien pronto por otros; pero no se alejaron de los alrededores y se refugiaron detrás de peñascos y casa alejadas.

Doc dijo unas palabras y sus ayudantes cambiaron las balas “misericordiosas” por otras altamente explosivas, que abrieron grandes hoyos en la tierra y derrumbaron paredes que ocultaban algunos hombres.

Estos huyeron, y el temor de ver llegar a la policía influyó para hacerles desaparecer.

Doc Savage y sus ayudantes no perdieron tampoco tiempo en alejarse de aquel lugar.

El temor a las autoridades o a verse acusado por ellas no provocó la huida de Doc, puesto que no había seguramente un solo policía que no le admirara a él y a su obra.

Pero atraer a la policía suponía un retraso evidente, no por que la policía colombiana fuese ineficiente, sino por que ningún grupo de hombres ordinarios operaba con la rapidez del grupo de Doc, especializado hasta un grado máximo en esos trabajos.

Doc salió el primero, llevándose a la extraña muchacha del pelo de oro. La dejó atada, amordazada y con los ojos vendados.

Monk y los demás seguían con el sujeto moreno que intentó regalarles la granada escondida en una cesta de fruta y pan.

Dejaron a los demás prisioneros —los patriotas de El Liberator O’Neel— detrás de ellos, con la convicción de que la policía colombiana tendría algo que ver con ellos.

Entre unos matorrales que crecían en los arrabales de la ciudad, entre las ruinas de la vieja muralla que los esclavos indios de los conquistadores españoles habían edificado, Doc interrogó al portador de la cesta.

Al principio, el hombre sacó la mandíbula con obstinación, sin querer hablar, pero Monk, que sería para esos casos, profirió dos o tres amenazas terribles que su deficiente español sirvió, sin duda, para hacer más horrorosas.

El hombre siguió negándose a abrir la boca.

Doc Savage le dijo exactamente lo que había ocurrido, sin ocultar nada. El efecto que obtuvo fue el que se proponía. El prisionero comprendió que él y sus compañeros habían sido engañados con la historia del narcótico.

Doc Savage sacó de un estuche, en el cual Monk llevaba productos químicos, una píldora amarilla de gran tamaño y se la hizo tomar al hombre cuando concluyó su historia. A continuación, le dejó en libertad.

Aquel hombre era un criminal y su sitio era la cárcel; pero iría a reunirse con sus camaradas y les explicaría que habían sido engañados por El Liberator O'Neel, lo cual complicaría la situación para el referido O'Neel.

Además, la píldora amarilla haría que el hombre enfermara a los pocos días, con todas las apariencias de sufrir una apendicitis.

Doc escribió una nota, solicitando de la policía que estuviera alerta en espera de un bandido que dentro de uno o dos días tendría un ataque de apendicitis. Doc sugirió que los hospitales fuesen vigilados.

—Vamos a enviar esto a la policía —explicó.

Acababa de pronunciar estas palabras, cuando se oyeron varios disparos, que les sobresaltaron.

CAPÍTULO IX

EL SECRETO DE KLANTIC

MONK exclamó:

—¡Alguien debe estar cazando conejos o lo que sea que se cace por aquí cerca!

Hubo nuevos disparos y se oyeron gritos de hombres.

—¡Los conejos no gritan así! —rezongó Renny.

—Vamos a investigar —declaró Doc.

La maleza en donde se habían adentrado era bastante extensa. Había cerca de allí una hondonada donde crecían bambúes, unas palmeras proyectaban su sombra por doquier y el terreno era arenoso y sembrado de arbustos casi todos ellos espinosos.

Avanzaron rápidamente. Ham procuraba evitar las zarzas que amenazaban su elegante terno. Doc Savage sostenía a la muchacha del extraño pelo dorado.

El tiroteo continuaba y a su ruido se unió otro, poderoso y seguido, una especie de zumbido gigantesco.

—¡Aeroplanos! —exclamó Renny.

El sonido llegaba a ellos de un modo excepcionalmente claro y fuerte.

Corrieron bastante trecho antes de divisar los aeroplanos. El primero llegó rozando la cima de las altas palmeras. Otro le siguió y otro más.

A continuación, un cuarto aparato subió al aire.

Los cuatro iban pintados de amarillo, azul y rojo, como los aeroplanos militares colombianos.

El aeródromo colombiano de Cartagena, del cual habían despegado, reinaba la mayor confusión y con razón sobrada.

Habían allí siete hombres muertos, cuatro mal heridos y

aproximadamente una docena más que estaban gritando como si estuviesen a punto de perecer.

Todos llevaban uniformes y estaban diseminados en el campo.

—¡Eso es la guerra! —aullaba un oficial, corriendo de un lado a otro—. ¡Nos han invadido!

—¡Nadie ha declarado la guerra! —gritó otro.

—¡Eso no se hace hoy en día! —gritó un tercero—. ¡Es la nueva moda!

Doc Savage dejó a la muchacha del pelo de oro entre unos bambúes, cerca del aeródromo.

—Vigiladla —dijo a sus ayudantes—; Y no os acerquéis a ella a más de treinta pies, aunque esta distancia puede no ser suficiente todavía. No he tenido tiempo para asegurarme de ello, pero si notáis algo extraño alejaos de ella, sobre todo si se os ocurren ideas.

—¿Qué clase de ideas' —preguntó Long Tom.

—Ideas extrañas —dijo Doc.

Ham se limitó a decir secamente:

—Monk estará apurado. Es la única clase de ideas que a él se le ocurren.

Una multitud de curiosos bajó al aeródromo a los pocos momentos, deseando saber qué había ocurrido, y no le fue difícil a Doc Savage mezclarse en ella sin atraer la atención sobre su persona. No tuvo que hacer muchas preguntas. Todo el mundo hablaba comentando lo sucedido.

El Liberator O'Neel y sus hombres habían atacado el aeródromo para apoderarse de varios aeroplanos. Su golpe fue desesperado y sangriento, siendo coronado por el éxito.

Doc Savage se reunió con sus hombres, que estaban corriendo como locos por la manigua, siendo un milagro que no los hubiesen descubierto.

—¡La muchacha ha desaparecido! —exclamó Renny.

—¡Sí! —explotó Monk—. ¡No sé cómo lo ha hecho! No hemos apartado los ojos de aquellos matorrales en los cuales la hemos dejado, y de pronto nos hemos encontrado con que no estaba.

—¡Que me superamalgamen! —añadió Johnny—. ¡Es imposible que haya ocurrido... sencillamente imposible!

—Sí —dijo a su vez Long Tom—. No es posible que haya ocurrido, pero...

Doc Savage se alejó, penetrando en la maleza donde había dejado a la muchacha y donde ésta seguía. El hombre de bronce la examinó rápidamente, comprobando que estaba tan bien como las circunstancias lo permitían, que nada le había ocurrido, y volvió al lado de sus ayudantes.

—Está ahí —les dijo.

Ellos echaron a correr, penetraron en la maleza y regresaron.

—¡No está! —insistieron.

—Idos unos minutos —ordenó Doc—. Corred, haced un ejercicio violento… pesad en otra cosa y volved.

Así lo hicieron, y cuando volvieron a mirar entre la maleza era obvio que veían a la muchacha.

—La has atrapado mientras estábamos ausentes —le dijo Monk a Doc.

—No ha dejado un momento de estar ahí —contestó Doc.

A juzgar por la expresión de su rostro, Monk tenía mucho que decir, pero prefirió callar. Finalmente, cuando hubo reflexionado en buen rato, pareció asustarse.

—¡Brrr! —chilló débilmente—. ¡Brrr!

Ham le miró burlonamente.

—¡Tú estás como nosotros! —le dijo Monk sombríamente—. ¡Nos estamos volviendo locos!

La voz de Doc les tranquilizó.

—Vuestra mente está perfectamente normal —dijo—. Esa es una de las dificultades.

—¿Eh? —exclamó Monk.

—La muchacha es una hechicera —explicó Doc—; una maga mental.

Monk se hinchó el pecho y cambió de color.

—Hechicera o no, no comprendo lo que nos ha hecho. Primeramente fueron esos compinches de O’Neel que creían ver serpientes, lo cual comprendo, pues no son muy inteligentes, pero nosotros, que tenemos el cerebro desarrollado y…

—¡El muchacho es modesto como una violeta! —dijo sardónicamente Ham.

Monk gruñó:

—¿Tal vez puedas explicarlo?

—Es una maga mental —replicó Ham—. ¿No has oído a Doc

decirlo ahora mismo?

Doc Savage intervino diciendo.

—Venid acá y veremos si la muchacha sigue tan testaruda.

La joven había cambiado levemente de posición y se apoyaba en algunos brotes tiernos de bambú. No había logrado desatarse, cosa que nadie habría podido hacer, atada como lo estaba, sin ayuda de otra persona.

Doc Savage tocó los cabellos de la muchacha. Eran tan finos y tan delicada cada hebra, que juntos daban el efecto de un vapor dorado antes que de una cabellera.

—¡Chapado de oro! —dijo.

—¡Cha...! —Monk tragó saliva—. ¡Oíd! Yo soy químico y sé que no se puede dorar un cabello humano aunque se...

—Este cabello es algo nuevo —declaró Doc.

—Monk meneó la cabeza y sonrió con aire de duda.

—Me gustaría tener la patente de este procedimiento. Si a todas las mujeres les sentara el pelo de oro como a ésta, haría yo un milloncejo explotando la idea en los salones de belleza. No dudo que Pat haría una linda fortunita, de paso...

Pat, es decir, Patricia Savage, era prima de Doc, una muchacha muy notable que poseía, sin duda alguna, el mejor establecimiento de belleza física de Nueva York y que estaba siempre dispuesta a correr las más arriesgadas aventuras en compañía de Doc Savage.

Doc acabó de quitarle la mordaza a la muchacha.

—Esperemos —dijo—, que se abstendrá de hacernos víctimas de sus conocimientos.

La muchacha no contestó.

—¿Lee usted en el pensamiento? —le preguntó Doc.

La muchacha guardó silencio tanto rato, que parecía que no iba a contestar.

—No —dijo finalmente—, a menos que conozca bien a la otra persona.

Sus palabras eran como su belleza, perfectas, como si las hubiese dicho miles de veces para practicarse. Su voz era delicada, argentina.

Palabras y voz eran distintas de cuantas había oído hasta entonces.

La joven parecía hechizar a todos en torno suyo... No era nada

visible, pero sí algo muy real.

De pronto, Doc le preguntó:

—¿De dónde viene usted?

—No sacaría nada con decírselo —contestó—. No conoce el lugar. Nadie de los que llamamos los "extranjeros" ha oído hablar de él o, conociéndolo, ha vuelto para darlo a conocer. ¡Pero esperad! Ahora hay uno... el aviador David Hutton.

Johnny, el geólogo y arqueólogo, explicó lo ocurrido.

—David Hutton intentó realizar un vuelo sin escalas de Río de Janeiro a los Estados Unidos, hace diez años, cuando los aeroplanos no tenían los adelantos de hoy. No se volvió a hablar de él.

—Hasta ahora —dijo Doc Savage.

Johnny manifestó su asombro:

—¿Quieres decir que ese sujeto alto que fue apuñalado y rematado con un dardo envenenado...?

—Era David Hutton, aviador de la Gran Guerra y uno de los mejores pilotos de su época —asintió Doc Savage—. Si le llamaban a uno la atención sobre ello, habría cierto parecido entre el hombre y sus retratos de dicha época. Sus facciones angulosas eran muy marcadas.

Renny miró a la muchacha y frunció el ceño:

—Oiga, señorita: ese pobrecito piloto llevaba anillos de cobre en los tobillos. Llevaba, pues, cadenas en las piernas. ¿Qué le sucedió durante los últimos diez años?

—Lo mismo que les pasó a muchos otros hombres —dijo la muchacha.

Doc y sus ayudantes no contestaron enseguida.

—¿Tiene usted un nombre?

—Z —contestó la muchacha.

—¡Z! —exclamó Ham con una amable sonrisa—. ¿Nombre o inicial?

—Un nombre —contestó la joven—. En nuestro idioma es un signo. En el vuestro puede deletrearse.

—¿Cómo se da el caso de que se hallaba con el aviador en aquel viejo aparato? —preguntó Doc.

En vez de contestar al hombre de bronce, la muchacha del pelo de oro estudió sus facciones con el interés que un hombre de ciencia manifestaría por un ejemplar nuevo; eso al principio, ya que luego

pareció humanizarse.

—Haría usted un notable Klantic —dijo inesperadamente.

—¿Un qué? —inquirió Doc.

—Klantic.

—¿Qué es eso?

En vez de contestar, la muchacha dijo:

—Puedo enseñarle adónde va el hombre que se hace llamar El Libertador O'Neel.

—¿Puede guiarnos por el aire? —preguntó Doc.

—¡Sí, pues por ahí he venido!

CAPÍTULO X

CUATRO AEROPLANOS EN LA MANIGUA

EL aeroplano tenía seis motores que funcionaban en tres grupos, pero tenían seis hélices. Poseía siete ametralladoras y podía llevar varias toneladas de bombas, pero no las tenía a bordo durante aquel viaje.

Podía volar de Nueva York a Cartagena y regresar a su punto de partida sin renovar su provisión de gasolina. A bordo iban cuatro pilotos, dos radiotelegrafistas, un capitán, un segundo de a bordo, siete hombres para manipular las siete ametralladoras, dos peritos bombarderos y uno o dos corresponsales de guerra. Había costado al gobierno colombiano a la friolera de doscientos mil dólares.

El gobierno colombiano prestó el aeroplano en cuestión a Doc Savage, sin preguntarle para que lo quería.

—¡Hermoso aparato! —dijo Renny con admiración, manipulando los mandos.

—¡No ha de serlo! —contestó Johnny.

Doc perfeccionó el plan original.

Renny lanzó una mirada por encima del hombro.

—Quisiera que inventara algo para hacer hablar a esa muchacha. No ha vuelto a decirnos una sola palabra de información después de nuestra conversación a raíz del robo de aeroplanos militares realizado por O'Neel.

—Me pone nervioso.

—Igual les ocurre a Monk y a Ham.

—Monk está nervioso porque teme que se encapriche de Ham, y Ham viceversa.

La manigua se extendía a sus pies. La región era espantosa. Se apreciaba la naturaleza del terreno al leer en los mapas las

indicaciones de “existencia dudosa” o “existencia no confirmada”, respecto a ríos y lagos.

Renny miraba con antojos y dijo:

—Monk y su mico favorito estarían a sus anchas aquí debajo.

En el fondo del aeroplano, donde había en cuarto oscuro para revelar película de fotografías aéreas, el elegante Ham le estaba diciendo lo mismo a Monk:

—¡Tú, signo del zodíaco, criado en la selva virgen! —le acusaba —. ¿Por qué no dejaste a este insecto en nuestro aeroplano? Quedamos en dejar a nuestros favoritos atrás esta vez.

Monk contestó con sorna:

—Te vi sacar a *Química* a escondidas, y también saqué a *Habeas Corpus*.

—Te vi sacar a *Habeas Corpus* y saqué a *Química* —declaro Ham.

—¿Dudas de mi palabra?

—¡Sí, mico!

—¡Maldito figurín!... ¡Te voy a romper la crisma!

—¡Embustero! —concluyó Ham.

Los animales que motivaban la discusión, *Química* y *Habeas*, se hallaban detrás de sus respectivos amos. *Química* era un miembro notable de la familia de los antropoides: chimpancé, orangután, gorila enano, nadie sabía a ciencia cierta lo que era.

Lo más extraordinario de *Química* era su notable parecido con Monk. No había más que una diferencia de un centenar de libras, poco más o menos, en su peso.

Habeas Corpus era un puerco árabe de enormes orejas, largas patas y cerdas duras como el alambre. Habeas Corpus había recibido más lecciones y educación por parte de su dueño, Monk, que un estudiante en la Universidad.

Tantos esfuerzos no habían sido malgastados.

Long Tom, el mago de la electricidad, que había estado hablando con la muchacha, Z, fue a sentarse al lado de Doc Savage.

—Oye, Doc... Hay algo que no me parece claro en esa chica.

—Sí. —El rostro de Doc no cambió de expresión.

—Mientras intentábamos localizar un aeroplano par seguir a la banda de O’Neel, ella recogió el periódico. Apenas podía leerlo y le enseñé en retrato por televisión. Creyó que me burlaba de ella cuando le dije que había venido por el hilo. No se convencía de que

eso era posible. —Hizo una pausa, meneando violentamente la cabeza—. Entonces quiso saber cómo se mandaban fotografías por el hilo y le di mi nuevo libro sobre los adelantos de la televisión. ¡Hace un minuto volví a hablarle, y que me aspen si no está tan enterada como yo en materia de televisión!

—Es que ha leído tu libro —dijo Doc.

—Oye, ¿sugieres que ha leído ese libro una vez y que recuerda todo lo que dice? ¡Pero si contiene palabras y leyes oscuras que reuní a fuerza de trabajo y de estudios! Ese libro es realmente adelantado.

—¡Y el cerebro de esa muchacha es algo que no has conocido hasta ahora!

Long Tom se recostó en su asiento.

—Creo haber conocido gente que tenía memoria sorprendente, pero nunca como la de esa mujer.

Doc Savage tenía los ojos dorados fijos en la manigua, a sus pies. No se apartaba en ninguna ocasión de su calma, que recordaba la del león enjaulado, y cuando se movía subsistía la impresión de calma.

Se acercó a la muchacha, que estaba leyendo el libro de Long Tom. Más de un ingeniero electricista habría comprendido únicamente y con dificultad el primer capítulo.

—¿Lo entiende claramente? —le preguntó Doc.

—¡Oh, sí! —contestó—. He llegado a la parte que trata de los registradores de corrientes guiados electromagnéticamente.

Doc sabía que se trataba del último capítulo.

—Es muy interesante —siguió diciendo la muchacha—. La electricidad no existe allí de donde vengo; pero no estoy de acuerdo con el mayor Roberts, o Long Tom, como lo llama, cuando dice que sus registradores de corriente…

Doc escuchaba. La muchacha había leído el libro y recordaba cuanto decía.

Además, se había fijado en el único punto débil de las teorías de Long Tom.

Era sorprendente, y Doc Savage debió reflejar su pensamiento en sus facciones, pues la muchacha calló repentinamente y le tocó el brazo con la punta de los dedos.

—Dígame —preguntó—, ¿soy una mujer tan extraordinaria para

vosotros?

—Pues —dijo Doc con cautela—, ¡no es de las que se ven a diario!

—No quiero decir eso... Me refiero a mí...

—A su poder mental —sugirió Doc.

—Sí. Tengo un cerebro fabuloso entre los hombres como vosotros y puedo hacer cosas que creeríais imposibles. Por ejemplo, con la intensidad del pensamiento puedo hacer los hombres piensen lo que deseo que piensen, dentro de ciertos límites, desde luego. También puedo hacer otras cosas. ¿Acaso esta habilidad me hace repugnante? Quiero decir: ¿me querrán sin que les obligue a quererme?

Doc contempló su hermosura.

—¡No creo que puedan dejar de hacerlo!

Renny, que les había mirado de vez en cuando por encima del hombro, dijo:

—¡Tal vez esa muchacha tenga algo de humano, después de todo!

Long Tom se echó a reír y añadió:

—¡Y Doc también!

Doc Savage tenía una norma. Tenía varias, a decir verdad, pero ésta era invariable y necesaria para el buen funcionamiento de su pequeña organización y para que su ayuda a los oprimidos y su lucha contra los criminales pudiera continuar.

No se permitía nunca el lujo de enamorarse. Eso no haría sino dar a sus enemigos. Que eran numerosísimos la posibilidad de herirle directamente.

La vida que llevaba era demasiado peligrosa para que una mujer la compartiera.

El hecho de que no se apartara de esa norma le creo a Doc la reputación de carecer de ciertas cualidades humanas. Sus ayudantes, sin ser mujeriegos, exceptuando a Monk y a Ham, eran decididamente humanos, y esperaron largo tiempo que Doc diera señales de enamorarse.

Esperaban la llegada de una muchacha especialmente hermosa e inteligente, con cierta ansiedad, pues todo dependía... de la muchacha.

—Intelectual —rezongó Renny cubriendo con su vozarrón el

ruido del motor—. Esa es la clase de mujer que acorralará a Doc. ¡Una chica inteligente antes que hermosa! ¡Siempre he dicho lo mismo!

—Ésta no es precisamente una bruja, en cuanto al aspecto —declaró Johnny—. Al contrario, declaro que es eminentemente atractiva.

—Sí —asintió Renny—; es de las más bonitas que he visto desde hace mucho tiempo.

En el otro extremo del aeroplano, Monk y Ham habían dejado de pelearse.

—No me costaría mucho prendarme en serio de esta muchacha —declaró Monk.

—Es lindísima —asintió Ham.

Lógicamente, Monk debió caer muerto de sorpresa al ver que Ham coincidía con él sobre algo… pero no sucedió así.

—Sí; es maravillosa —asintió—. No he pensado casi nunca en casarme, pero… ¡Si pudiese tener una mujer como ella!

Long Tom, el pálido mago de la electricidad que demostró desconfianza momentos antes, declaró de pronto:

—¡Es extraordinariamente inteligente! Y no creo que haría daño a una mosca. Estoy convencido de que no. ¿Acaso no nos enseñaría en dónde podremos encontrar a O'Neel y a sus compinches?

—¿La crees adorable? —preguntó Monk.

—¡Ya lo creo!

Todos se quedaron mirando a la muchacha con ojos lánguidos.

Doc Savage miró casualmente a sus ayudantes y sorprendió sus miradas amorosas. Eso le recordó que debió ofrecer el mismo aspecto durante los últimos momentos.

Doc dejó oír de pronto su trino, se levantó rápidamente, tocó y manipuló algunos mandos del aeroplano, sonrió a la muchacha del pelo de oro, se excusó, yendo hasta el fondo del aeroplano, y desde allí vigiló a sus cinco ayudantes.

Llamó a Long Tom.

—Esa muchacha —dijo Doc— usa el poder de su cerebro extraordinariamente para hacer que nos enamoremos de ella. Diles a los demás que estén prevenidos. ¡Que piensen en otras cosas y no la miren! En otras palabras, que aparten sus pensamientos de ella.

¡Repámpanos! —exclamó Long Tom.

Se acercó a sus compañeros y les repitió las palabras de Doc. Añadió a esta información una idea suya.

—Creo que estaba dirigiendo sus baterías sobre Doc, pero como nosotros nos hallamos cerca de ellos… —dijo.

Las posibilidades del extraño poder que la muchacha parecía poseer no eran tranquilizadoras que digamos, aunque no resultaba desagradable que una muchacha tan bonita le obligara a uno así a quererla… Eso no.

—¡Rayos y truenos! —dijo Renny, procurando hablar bajito—. ¡Podría volvernos celosos y hacernos luchar unos contra otros!

—¡Pocas probabilidades tendría para ello! —exclamó Long Tom —. Hace años que trabajamos juntos y no hemos luchado entre nosotros todavía.

—¡Oíd! —intervino Monk—. No es preciso que me haga sentir celos de Ham para que le retuerza el cuello.

Discutieron la cosa y al principio les pareció graciosa, algo que se prestaba a decir bromas; pero al cabo de un momento empezaron a ver el asunto desde otro ángulo.

—¿De dónde puede venir? —preguntó Long Tom.

—De donde estuvo el aviador perdido durante los últimos diez años —declaró Renny—. ¡Viene de allí!

—Al oírla se comprende que considera su tierra completamente separada del mundo exterior —intercaló Ham.

—Pues bien —declaró Renny—, si su país está lleno de gente como ella, barrunto que la vida allí no es monótona.

El fornido ingeniero se puso a reflexionar y una mirada que contenía cierta alegría iluminó su rostro alargado.

Era una mala señal, pues como cosa rara, Renny parecía triste cuando se sentía feliz, y cuando parecía medianamente satisfecho era cuestión de que los amantes de la paz se retiraran a rincones apartados.

—¡Rayos y truenos! —rezongó—. Me pregunto lo que encontraremos ahora donde vamos.

—Y me pregunto cómo sabremos que está realmente allí —dijo sombríamente Ham—. Considerando que la muchacha hizo ver serpientes a esos individuos en donde lo las había y nos hizo creer que no la veíamos cuando estaba delante de nuestros ojos, ¿está permitido abrigar algunas dudas y recelos? Supongamos que haya

otros individuos como ella en el país: mientras nosotros somos unos hombres ordinarios, ¿cómo, en nombre del sentido común, vamos a saber si lo que creemos ver es en realidad lo que vemos y no algo que esa muchacha u otra persona nos hace ver?

—Eminentemente explanado —declaró Johnny.

Monk se quejó diciendo:

—No sé qué sería peor: Ham si usara frases como éstas todo el tiempo, o las palabras largas de Johnny si no las conociera cortas...

El químico miró a la muchacha del pelo de oro, que le sonrió, con lo cual se sintió invadido de una dicha infinita.

—¡Señor! —suspiró alegremente—. Si todas son como ellas en su tierra, haré cuanto pueda por encontrarla...

La muchacha del pelo dorado no entendía los mapas. Doc poseía los más modernos, aunque éstos no le serían de mucha ayuda después de los primeros centenares de millas que su gran aeroplano no tardaría en cubrir a la velocidad que llevaban en esos momentos.

El hombre de bronce habló con la muchacha, consultando al propio tiempo el mapa. Este no significaba nada para ella. Doc le explicó cómo las distancias estaban representada y la muchacha no tardó en comprenderle.

—Aquí —dijo, y colocó en dedo, describiendo luego un círculo para señalar un número aproximado de millas, pero sin indicar una dirección definida.

—¿En qué dirección? —le preguntó Doc.

—¿Dirección? —repitió pronunciando correctamente la palabra —. No sé lo que es.

No era la primera palabra que le decían sin que la hubiera oído antes. Doc y sus amigos se habían fijado en ello al observarla con atención.

Por regla general, ella sabía decir, según la frase, lo que la palabra significaba.

—Dirección... Norte, Sur, Este y Oeste, así es como lo llamamos —le dijo Doc—. Se lee en una brújula.

—No sé lo que es una brújula —confesó ella francamente—. ¿Tiene usted una?

Doc se la llevó a proa y le enseñó las brújulas; eran tres a bordo, puesto que con una o dos es imposible darse cuenta en todas ocasiones de la que puede estar en mal estado.

—David Hutton tenía una cosa de éstas en el aeroplano que no… en el cual volamos —dijo.

—¿Lo miró usted? —le preguntó Doc.

—Sí… Cuando él lo hacía, yo también. Aquí no hay señal igual a ninguna de las que había en su brújula.

Puesto que casi todas las esferas de las brújulas son iguales, no podía haber a esto más que una sola explicación, algunas brújulas de aviación están construidas de manera que sólo parte de la esfera se ve a la vez.

—Describe un círculo con lentitud —dijo Doc a Renny, que estaba al mando.

Renny obedeció.

La muchacha miraba la esfera de la brújula y de pronto dijo:

—¡Aquí!

La esfera había girado y las marcas del lado opuesto se hallaban a la sazón delante de la abertura practicada en el tablero del instrumento. Doc, que leía la brújula instantáneamente, dio sus instrucciones a Renny.

—Hutton voló al Noroeste. Volaremos en la dirección opuesta, que ese Sursuroeste.

El hombre de bronce señaló en el mapa de Renny la distancia indicada por la muchacha.

—¡Rayos y truenos! —rezongó Renny—. ¡Cerca de mil quinientas millas! No tenemos una probabilidad contra un millón de llegar a un sitio determinado a esta distancia, guiándonos tan sólo con la brújula y sin saber como estaban las corrientes de aire el día que Hutton realizó su vuelo.

Doc Savage replicó: —Inclínate a la derecha, luego a la izquierda e intenta cruzar una región que la muchacha reconozca.

Este sistema dio buen resultado. Dos horas después, la muchacha vio una manigua que declaró reconocer y señaló la dirección que debían seguir.

Monk inspeccionó la selva que desde el aire parecía monótona y desprovista de características fáciles de identificar y añadió:

—Daría mucho por tener la memoria de esa muchacha.

La miró disimuladamente y lanzó un suspiro muy hondo:

—¡Pero daría más todavía por tenerla a ella!

—Tienes a tu puerco favorito —le recordó Ham.

—*Habeas* no es celoso —dijo Monk con una mueca.

El sitio adonde se dirigían no se hallaba lejos del Ecuador, lo cual significa que hacía allí un calor irresistible. En Cartagena había hecho fresco.

En Nueva York reinaba el invierno e imperaba un frío horroroso, mientras allí estaban en verano, con el calor propio del Ecuador y la humedad de la manigua.

¡La humedad! Subía hacia ellos como el vapor de una olla que hierve y sus ropas no tardaron en estar saturadas de ella como si sudaran copiosamente.

Habeas Corpus, el puerco favorito de Monk, se tumbó en el fondo del aeroplano, al lado de una rendija de la puerta que dejaba pasar el aire y empezó a jadear.

Química, el mico favorito de Ham, empezó a bombardearle con varios objetos; cucharas, cartuchos, zapatos, etc...

Tuvieron que esconder los anteojos. Los animales se llevaban tan bien como sus amos, con lo cual está dicho todo.

Todos, menos Ham, que no se desprendía nunca de un solo artículo de su notable indumentaria, a menos de verse obligado a ello, empezaron a quitarse chaquetas y camisas. Abrieron las ventanillas del aeroplano, aunque poco ganaron con ello.

El sol calentaba siempre con mayor fuerza y los ríos despedían humo. Renny volaba bajo con el fin de que la muchacha pudiera guiarse.

Johnny estudiaba la manigua con anteojos. De pronto, los dejó a un lado y se sentó con cara sombría.

—¿Te duele el estómago? —le preguntó Long Tom.

Johnny contestó con palabras más cortas que de costumbre.

—He visto un pueblo de indígenas ahí debajo —dijo—. Tenían una hoguera encendida delante de una de las cabañas y todos estaban reunidos en torno a ella, secando y fumando algunos objetos.

—¿Qué eran? —quiso saber Long Tom.

—Cabezas humanas.

Doc Savage había estado observando a la muchacha y era obvio que éste sabía adónde iba. Con frecuencia, lo cual era prueba que había seguido el mismo camino antes de entonces, nombraba los sitios antes de que los alcanzaran.

Doc le hizo varias preguntas. La interrogó para saber cómo era su país, qué o quién era Klantic y cual era el secreto de Klantic.

A todo ello, la muchacha contestó con una suave sonrisa.

Pero algo preocupaba a la muchacha del pelo de oro, algo que adquirió seriedad a medida que iba reflexionando.

Ella miraba disimuladamente a Doc Savage y se echaba de ver que el hombre de bronce tenía que ver con sus ideas.

Por su parte, Doc guardaba cierta reserva. Sus hombres, que conocían su usual imperturbabilidad, se daban cuenta que Doc estaba alerta, con los nervios en tensión.

—Tiene miedo… —rió Monk.

—¡Maldito mico! —le espetó Ham con acento mordaz—. Después de haber visto a Doc en tantos aprietos, te atreves a decir…

—…Miedo de que la muchacha le haga víctima de sus manejos en cualquier momento y le obligue a enamorarse de ella —concluyó Monk—. ¿Por qué no me dejas acabar cuando empiezo a decir algo, picapleitos?

Doc Savage fue al fondo del aeroplano que estaba vacío y dio principio a sus ejercicios diarios que le ocupaban dos horas.

No había tenido ocasión de entregarse a ellos aquel día y no dejaba nunca transcurrir veinticuatro horas sin realizar aquellos ejercicios que le habían dotado de sentidos muy desarrollados, y de una fuerza física descomunal.

Sus ayudantes, que le habían visto a menudo hacer eso ejercicios, se fijaron apenas en ellos, pero la muchacha Z se quedó contemplándole con asombro.

Unas horas después, Z dejó entrever lo que la había tenido preocupada. Se inclinó sobre el hombre de bronce, que terminados sus ejercicios, se había sentado y le dijo con voz bastante fuerte, para cubrir el ruido del motor:

—¡Le he engañado!

—¿Quiere decir que ha mentido?

Asintió con la cabeza, diciendo:

—¡Eso es!

Doc no hizo comentario alguno. Al cabo de unos segundos, la muchacha siguió diciendo:

—Hago uso de usted para regresar a mí… a mi tierra, según lo llamaría usted.

—¿Pero nos lleva a donde se dirige *El Liberator* O'Neel? —preguntó Doc.

—Sí.

—¿Entonces cómo nos ha mentido?

—¡No comprende usted! ¡O'Neel corre a su pérdida! ¡Oh, no morirá! Pero para un hombre como él, lo que le ocurrirá será peor que la muerte. Su castigo será más severo mil veces que cualquiera que pueda usted infligirle.

Doc contestó:

—No importa, seguiremos adelante.

Ella meneó la cabeza con violencia.

—¡No debe hacerlo!

—O'Neel mató a varios hombres —dijo Doc—. Eso basta para que sigamos su pista. Pero este misterio tiene otros aspectos muy interesantes todos.

—No comprende usted.

—¿No?

—¡Le ocurrirá igual que a O'Neel!

Doc dijo sin alterarse:

—No acostumbramos a vernos amenazados por muchachas tan encantadoras.

La joven meneó la cabeza.

—No le amenazo. Nada tengo que ver con ello. No podría ayudarle, aunque quisiera. Todo quedó dispuesto… hace siglos.

—Parece todavía más interesante.

La muchacha pareció enojarse. Sus dedos se hundieron en el brazo musculoso del hombre de bronce.

—¡Vuélvase atrás! —exclamó—. A estas horas, los aeroplanos de O'Neel habrán aterrizado y él y sus hombres estarán sufriendo una suerte que no soñaron siquiera.

El vozarrón de Renny exclamó en aquel instante:

—¡Tres de los aeroplanos de O'Neel a la vista, debajo de nosotros!

—Están en el aire —chilló Monk con fuerza—. ¡Vienen hacia acá!

—¡Rayos y truenos! ¡Es cierto! —añadió Renny—. Este vapor húmedo es tan espeso que no los había visto al principio.

Johnny añadió:

—Un cuarto ejemplar está en el suelo.

—Averiado, probablemente —declaró Monk.

—Eso explica cómo los hemos alcanzado —exclamó Renny—. Uno de los aparatos se ha visto obligado a aterrizar y los otros tres le han imitado para ayudarle a reparar.

Inesperadamente se oyó un ruido como un tamborileo sobre el casco del aeroplano, acompañado del sonido que hacen las balas de una ametralladora cuando tocan algo —afortunadamente no hombres— en el camarote de un avión.

—¡Que me superamalgamen ¡ —exclamó Renny—. ¡Intentan matarnos!

—No preocuparse —dijo Doc.

CAPÍTULO XI

LO QUE VIO MONK

RENNY había estado en otras ocasiones al mando de aeroplanos atacados por un enemigo. Realizó algunas maniobras y salió del área cubierta por la lluvia de balas lanzadas por las ametralladoras de los aeroplanos de O'Neel.

Simultáneamente, se apartó para dejar sitio a Doc con el fin que pudiera sentarse en el otro asiento de piloto.

Monk, que estaba cargando su pistola ametralladora, chilló:

—¿Cómo saben que estamos en este aeroplano? ¿Cómo se da el caso que nos han atacado a primera vista?

—Estamos en un aeroplano militar colombiano, amigos —les dijo Ham—. También estamos lejos de Colombia. ¿Qué haría un aeroplano colombiano es esta región, sino darles caza? Naturalmente, nos han atacado.

Las balas penetraban en el camarote del avión, dibujando una figura geométrica semicircular en el suelo y en el techo.

—¡Eso no me gusta! —chilló Monk—. Renny, ¿quieres que nos ametrallen?

Renny realizaba una maniobra habilísima. Así se lo dijo Doc Savage al introducirse en el otro asiento y Renny adoptó una expresión sombría, lo cual significaba que apreciaba el cumplido. Se echó atrás y se dispuso a presenciar algunas maniobras extraordinarias.

El aeroplano era grande y había sido construido para llevar muchas bombas y luchar en caso necesario.

Era uno de los modelos más modernos que se habían construido, pero los aparatos atacantes lo eran también, pues la aviación colombiana no dejaba nada que desear.

Eran tres contra uno, pero este uno era un hombre de ciencias que desde antiguo se había dado cuenta de la importancia de la aviación y la había estudiado como estudió otras muchas cosas, con una intensidad de concentración que asombraba a los que la veían.

Doc voló, pues, y en vez de esforzarse en escapar, dirigió el aparato en línea recta hacia sus adversarios.

—¡Monk! —gritó—. Entre nuestro equipo tenemos una caja numerada. La trescientos once. ¡Tráela!

La voz del hombre de bronce cubrió el ronquido de los motores. Monk la oyó y se apresuró a seguir sus instrucciones.

En el fondo del aeroplano había varias cajas de metal, muy ligeras, que contenían los numerosos aparatos científicos que Doc usaba en ocasiones.

Monk se encaminó a proa con la caja A 3II.

—Ábrela —dijo Doc—, y suelta su contenido poco después que hayamos pasado al lado de esos aeroplanos.

Pasaron al lado de los tres aeroplanos robados con un aullido de motores y un impacto de plomo contra el metal y madera al alcanzarles los proyectiles de una sola ametralladora.

Considerando que cada uno de los aeroplanos adversarios llevaba dos ametralladoras que podían disparar en cualquier dirección, se trataba de una verdadera proeza.

Monk empezó a vaciar el contenido del cilindro que estaba en la caja A 3II por la ventanilla del aeroplano. Monk sonreía satisfecho, pues creía conocer el contenido de aquel cilindro.

Doc Savage dirigió el gran aeroplano hacia los tres agresores y siguió adelante, bajando hacia tierra. Semejantes a cachorros sobre la pista de un perrazo al cual creen haber asustado, los demás aeroplanos lo siguieron.

Sus ametralladoras lanzaban una lluvia de metralla. Doc evolucionó con su aparato, se remontó algo, volvió a bajar. Únicamente unas cuantas balas de ametralladora silbaron cerca.

Monk vigilaba los demás aparatos con tanta atención que se quedó boquiabierto.

—¡Estupendo, Doc! —exclamó de pronto—. ¡Ha sido eficaz!

Doc remontó la proa de su aparato.

Detrás de ellos los tres aparatos enemigos se deslizaban lentamente hacia la manigua y el claro en el cual estaba posado el

cuarto aeroplano, que no llegó a tomar el aire. Los motores de los tres se habían parado en seco.

Con una sonrisa más ancha que nunca, Monk volvió a empujar la caja A 3II, vacía, en el fondo del aeroplano.

—¡Ha dado un resultado magnífico! —dijo alegremente a la muchacha del pelo de oro—. ¡Cómo siempre! ¡Lo hemos inventado, Doc y yo!

—¿Qué es? —inquirió la muchacha.

—Un vapor químico —explicó Monk—. Obra el mismo efecto que la sustancia que sale de los extintores de incendios. Forma un vapor que se mezcla con el aire y lo hace no inflamable en combinación con la gasolina, de manera que sus motores se pararon. ¡Cómo le decía, obra igual que los extintores de incendios químicos!

—¿Qué es un extintor de incendios? —preguntó la muchacha.

Monk se la quedó mirando ceñudo.

—Oiga, ¿se burla de mí?

—Si usted quiere decir que le estoy mintiendo por divertirme, la respuesta es no.

Monk chilló:

—¡Es usted la peor combinación de genio e ignorancia que he visto en mi vida!

Estaba algo enojado con la muchacha, porque creía que ella representaba una comedia, pero mientras la estaba mirando con aire crítico, algo cambió el curso de sus reflexiones.

Una ola de simpatía hacia la muchacha le sobrecogió. Lo notó bien claramente. Fue una sensación tan concreta como pasar de un lugar helado a otro caliente. Estaba enfadado con la muchacha del pelo dorado y casi instantáneamente se sintió inmejorablemente dispuesto hacia ella.

—¡Maldición! —exclamó Monk huyendo.

Fue a reunirse con Doc.

—¡Esa chica es capaz de hacer cosas extrañas! —dijo con un suspiro—. ¡Hombre, llega a infundirme miedo!

Miró hacia abajo y vio que volvían atrás.

—¿Qué vas a hacer, Doc?

—El vapor con el cual hemos parado sus motores es más pesado que el aire y baja —dijo Doc—. Esperaremos que se haya disipado,

y luego volveremos sobre nuestros pasos y dejaremos caer bombas de gas anestésico sobre *El Liberator* y sus compinches.

Monk rió:

—*El Liberator* O'Neel tendrá en su poder el cuaderno que le quitó al aviador David Hutton —dijo—. Ese cuaderno explica sin duda lo que hay detrás de este misterio.

Miró hacia la muchacha y añadió:

—¡Debe explicarla a ella... y a la extraña indumentaria que lleva!

—¡Rayos y truenos! —exclamó Renny—. ¡Qué pasa ahora!

Sus motores, uno tras otro, tosieron espasmódicamente y se pararon.

Si el mundo hubiese desaparecido a sus plantas, el efecto no habría sido más sorprendente. Renny, el ingeniero, que era también una especie de mago de la mecánica, saltó del asiento del segundo piloto instantáneamente.

—¡Debe de ser el combustible! —gritó Doc—. Cada motor funciona por segundo...

Renny no tardó en descubrir la avería. Se deslizó por la ancha ala que contenía los depósitos y se vio instantáneamente cubierto de gasolina.

—¡Los depósitos están agujereados! —gritó.

Sin más, Doc Savage inició el descenso.

—El plano de este aeroplano comportaba un nuevo tipo de depósitos rodeados de esponjas de goma y productos químicos que están a prueba de balas —dijo sin alterarse.

—No hice más que dar una mirada a los depósitos antes de despegar y tenían el aspecto de lo prescripto.

—Alguien se dejó sobornar y colocarían un tipo de depósitos más baratos al construir el aeroplano.

El fornido ingeniero rezongó con rabia:

—¡Yo fusilaría a todos esos ladrones!

Haciendo cálculos, sobre la base del ángulo a que se deslizaba el aparato, Doc Savage descubrió que alcanzaría un río ancho y amarillento, a unas dos millas al Sur. No hizo nuevos comentarios respecto a los depósitos.

De haber sabido que no eran del tipo a prueba de balas, habría tenido mayor cuidado en evitar que ningún proyectil les alcanzara.

Muy rara vez le escapaban semejantes detalles.

La manigua formaba un tapiz increíblemente verde a sus pies. Era demasiado espesa para su tranquilidad de espíritu y no parecía haber allí sitio para que un hombre estuviera de pie.

Detrás de ellos se extendía el claro en el cual los aeroplanos del *Liberator* O'Neel habían aterrizado, pero si Doc intentaba bajar allí le dispensarían sin duda una acogida peligrosa.

El río no ofrecía tantos peligros. Aquel gran aeroplano estaba equipado para posarse sobre el agua al igual que en tierra.

Monk, que oteaba la vasta selva virgen en busca de algo mejor que el río, dio un respingo y bajó un brazo.

—¡Mirad! —chilló.

Instintivamente miraron todos hacia el campo donde véanse los aeroplanos de O'Neel. Este último y sus y sus hombres estaban reunidos en torno a los aparatos, preguntándose sin duda por qué motivo se habrían parado sus motores.

—¡No! —gritó Monk—. ¡Por aquí! ¡Mirad!

Y señalaban en la dirección opuesta.

Todos miraron en la dirección señalada con asombro y sin entender.

—¿Nos tomas el pelo? —preguntó bruscamente Renny.

—¡El gran químico se ha vuelto finalmente tan simple como parece! —dijo sarcásticamente Ham.

Monk les había estado mirando, para observar sus expresiones cuando viesen lo que les señalaba. Volvió a mirar en la dirección que había indicado y abrió la boca mientras sus ojillos parpadeaban rápidamente.

Había estado señalando una vasta extensión de manigua sobre la cual el vapor formaba una niebla… y nada más. Monk palideció, se dejó caer en un asiento y tragó saliva. Parecía tan aturdido que el puerco *Habeas* corrió a su lado, se refregó contra sus pantalones y chilló.

Ham preguntó entonces con voz recia:

—¿Qué has visto, Monk?

Monk contestó con dificultad:

—Espera que aterricemos y lo diré —contestó con un hilillo de voz—. Quiero reflexionar. ¡Tal vez haya sido un momento de locura! Si realmente he visto lo que creo haber visto, estoy loco.

Monk miro a Doc, que además de guiar el aparato estaba haciendo algo en el fondo del asiento del piloto. Monk alargó el cuello…

Doc estaba haciendo uso del aparato fotográfico con el cual estaba equipado el gran bombardero. Los tripulantes de los aparatos modernos de bombardero toman siempre vistas de los daños causados por sus bombas, para entregarlos a sus superiores.

Aquel aparato fotográfico funcionaba por medio de un gatillo que se hallaba en el fondo del asiento del piloto y era automático.

Monk corrió a proa y vio que Doc enfocaba con el aparato el mismo sitio que había señalado a sus compañeros momentos antes.

—¡De manera que tú lo has visto! —exclamó Monk.

—¡Sí, aparentemente! —dijo Doc, frotándose los ojos.

Doc Savage guiaba el aparato con cuidado. Llegaría junto al río de aguas amarillentas sobre el cual pensaba aterrizar sin dificultad ninguna.

Renny, Long Tom, Johnny y Ham se apretujaban detrás de Monk y habían sorprendido lo suficiente para darse cuenta que Monk había visto algo en realidad.

—¿Qué era? —preguntó Long Tom.

Doc contestó:

—¡Un momento! Este aterrizaje va a ser difícil. Cuidado con los accidentes.

El río estaba sembrado de troncos sumergidos y era bastante estrecho.

—¡Eso es un mero riachuelo! —rezongó Renny, corriendo a popa con el fin de reunir y salvar parte de las cajas del equipo si era necesario.

La muchacha del pelo de oro, Z, se levantó de su asiento y fue a colocarse detrás de Doc Savage, mirándole manipular los mandos.

—¡Está asustada! —le dijo Monk a Ham llevándole aparte—. Se siente animada con acercarse a Doc. ¡Ha caído por él!

Monk se equivocaba respecto al motivo que impulsaba a la muchacha a colocarse allí. Lo comprendió un instante después.

La muchacha cayó repentinamente sobre el hombro de Doc y agarró la rueda de gobierno con toda su fuerza, girándola rápidamente.

Era el instante más crítico de la bajada. La muchacha era fuerte,

mucho más de lo que parecía posible en quien poseía un cuerpo tan exquisitamente moldeado.

El aparato cambió de dirección. La punta del ala derecha rozó un árbol. El pesado aeroplano dio media vuelta sobre sí y tocó un mar de árboles y enredaderas. Las hélices seguían girando, cortando ramas y hojas.

Un ala se desmoronó y una fuerte rama de árbol penetró por el casco, amenazando con embestir al pálido Long Tom que la esquivó de un salto ágil.

El ruido de la caída cesó y fue seguido del profundo silencio que acompaña generalmente los desastres.

La muchacha lo rompió diciendo:

—Destrocé el aeroplano de David Hutton cuando aterrizó cerca de los hombres de *El Liberator* O'Neel —dijo—. Lo hice así mismo. Tampoco él lo esperaba. Ignoraba que había estado mirando lo que hacía para hacer luego lo que me convenía.

CAPÍTULO XII

EN EL INTERIOR DEL PAÍS

MONK empezó a hablar con voz quejumbrosa que más que nunca tenía un acento infantil.

—¡Era un hombre tumbado de espaldas sobre una especie de lecho en el suelo! —dijo.

Hubo una pausa. Nadie contestó. Monk se hallaba entre los restos del aeroplano, hacia el fondo. Alargaron el cuello, pero nadie le vio.

—Ese hombre —continuó diciendo Monk—, tenía una milla de largo de la cabeza a los pies...

No podía tener mucho menos de una milla de largo —prosiguió Monk—. Y me parece que tendría unas doscientas yardas de un hombro al otro.

Doc Savage se había levantado y se abría camino fuera del aparato siniestrado. Ham se reunió con él. No dijeron nada. Monk debió hallarse en la cola del aparato cuando éste chocó.

Monk prosiguió:

—Me estaba preguntando lo que pasaría si el sujeto de una milla de largo nos daba un golpe y ¡bing!... ¡Debió hacerlo!

Ham gimió:

—¡Pobre Monk! ¡Está delirando! ¡Debe haber recibido un golpe en el cráneo!

Ham parecía a punto de echarse a llorar, cosa extraña, ya que una docena de veces durante las últimas veinticuatro horas había expresado el deseo de ver a Monk acabar sus días en una muerte violenta.

Hallaron a Monk de espaldas, mirando el cielo por una agujero.

—¿Estás sin novedad? —preguntó ansiosamente Ham.

—¡Claro, claro! —exclamó Monk incorporándose—. ¡Estaba pensando en alta voz, repasando lo ocurrido durante los últimos minutos!

—¡Obras siempre como un loco! —Ham se echó atrás y dio a Monk una fuerte patada en las costillas—. ¡Toma esto por preocuparnos sin motivo!

Monk chilló, se levantó y demostró ganas de pelea cuando Doc intervino, diciendo:

—¿Os interesaría, caballeros, saber que este aeroplano se está hundiendo?

En efecto, el aparato se hallaba e la orilla del río y lentamente se hundía en el agua.

Todos echaron a correr. Nadie estaba herido, aunque todos estaban magullados y se dedicaron con furia a la tarea de salvas su equipo antes de que el aeroplano desapareciera bajo el agua.

Lo lograron e incluso ataron un cable que pasaron sobre una gruesa rama de árbol, sujetándolo de manera que el aparato, una vez posado en el fondo, no se viera arrastrado por la corriente.

—Creo que podremos ponerlo a flote —dijo Renny—. Será cuestión de tiempo, pero sin duda lograremos repararlo.

—¡Optimista! —declaró Ham—. ¡De qué nos serviría! ¡No tenemos gasolina!

—¡Ocúpate de tus pleitos, abogadillo! ¡Esos motores queman alcohol, para que lo sepas!

Ham exclamó con voz burlona:

—¿Y supongo que el alcohol crece por aquí?

—Algo por el estilo —asintió Monk—. Se destila de ciertas plantas de la manigua.

Ham, que odiaba verse acusado de ignorancia, especialmente por Monk, pareció a punto de estallar.

Monk se alejó triunfalmente, perdió parte de su dignidad al caer en medio de unas enredaderas y se reunió con Doc.

El hombre de bronce estaba inspeccionando para ver si se había averiado, la máquina fotográfica que había sacado de debajo del avión.

Ham se acercó y dijo:

—¡No sé por qué te has molestado en salvar esta máquina, Doc!

Monk chilló:

—¡Simple!

—¿Cómo tú, eh?

—¡Doc —dijo Monk con dignidad—, ha tomado una foto de ese sujeto de una milla de largo que he visto durmiendo en el suelo antes de nuestro aterrizaje forzoso!

Bastantes cosas extrañas habían ocurrido desde el principio de la aventura; pero nuestros amigos no habían alcanzado todavía el momento en que aceptarían el ver a hombres de una milla de alto como una cosa ordinaria.

Un silencio de asombro persistió hasta que Monk dijo:

—Oídme, no es una broma. Os digo lo que he visto.

Nadie contestó aún.

—El sujeto aquel estaba tendido en una especie de jergón y la selva era densa en torno suyo —dijo Monk—. El sujeto estaba desnudo exceptuando una especie de camisa, de camisa de piel.

Calló y pareció sorprendido.

—¡Oíd! ¡Era una camisa como la que David Hutton llevaba!

Monk miró a sus compañeros sin arrancarles comentario alguno.

—Ese sujeto tenía el rostro curtido y era fornido. Apuesto a que los músculos de sus brazos tenían cincuenta pies de largo.

Ham empezó a reír.

—¿Por qué esa alegría, picapleitos? —rezongó Monk.

Ham espetó:

—¡Te han hipnotizado otra vez! ¡Esa muchacha te hace ver visiones!

Monk resopló:

—¡Vamos a ver lo que la máquina de retratar nos enseña!

Doc estaba manipulando el aparato fotográfico ultramoderno que contenía sus propios reveladores y en vez de un clisé negativo producía en muy pocos momentos una fotografía completa, de tamaño suficiente para hacer resaltar gran número de detalles imperceptibles al ojo desnudo.

Doc abrió el rollo de fotografías para que todos las viesen.

—¡Ahí está —estalló Monk con acento de triunfo—. ¡Ríe ahora Ham!

Ham echó una mirada y quedó petrificado.

El hombrón era como Monk lo había descrito. Tal vez no tenía una milla de alto… era difícil precisarlo, pero los árboles de la

manigua, cerca del largo lecho ocupado por el gigante, daban idea de su tamaño.

Aquellos árboles no parecían más altos que un mero césped.

—Se ve que está durmiendo —dijo Monk tranquilamente—. ¡Tiene los ojos cerrados!

La muchacha del pelo de oro se les acercó y mira la fotografía como quien mira algo familiar.

A continuación, miró a Doc Savage.

—Ha llegado usted demasiado lejos —dijo—. No volverá nunca atrás.

Doc Savage señaló el hombre de la fotografía.

—¿Quién es?

—¡Es Klantic!

Klantic tenía la nariz recta y la barbilla redonda, la frente despejada y en conjunto una facciones aristocráticas.

Las líneas de su cuerpo indicaban un físico desarrollado, pero en general la cabeza era grande en proporción con lo demás.

Klantic no llevaba más que una especie de delantal de piel, aunque era dudoso que cualquier piel fuera bastante fuerte para servir de ropa un hombre de una milla de estatura, es decir, una milla si se ponía de pie.

Renny miró a la muchacha del pelo de oro y le preguntó:

—¿De qué color tenía el pelo, Monk?

—Tienes razón —contestó el aludido—. Era el mismo color que el de ella.

Sin apartar los ojos de la muchacha, Renny preguntó:

—¿Es pariente suyo ese gigante?

—¡Yo soy la esposa de Klantic! —contestó la muchacha.

—¡Rayos y truenos! —exclamó Renny sin que se le ocurriese nada más.

Ham preguntó entonces:

—¿Pero qué es Klantic?

La muchacha no contestó. Apretó los labios con fuerza, dio media vuelta y se alejó. Cuando se hizo evidente que iba a internarse en la manigua, Ham declaró secamente:

—¡Voy a cuidar de ella!

Corrió en pos de la muchacha que acababa de desaparecer. Se oyó una breve lucha en la maleza tropical y Ham regresó con la

muchacha y... un ojo negro.
—¡Eso es lo tuyo!... Luchar con una mujer! —le dijo Monk con acento desagradable.
—No había sido una lucha —dijo Ham—. Yo no le he devuelto los golpes.
La muchacha siguió muda.
Empezaron a examinar el aeroplano. Quitándose la ropa hasta quedar en calzoncillos, que eran de seda y tenían la hechura de un traje de baño, Doc Savage se zambulló en el río y examinó el aeroplano.
Sus amigos prepararon amarras que sujetaron éste en la orilla.
La vegetación era allí tan densa que no había en realidad orilla alguna, sino una pared de raíces, de enredaderas y ramas retorcidas que dificultaban extraordinariamente todo trabajo.
Doc salió del agua, se agarró a una rama y saltó a tierra. Sus facciones metálicas no expresaban nada.
—Es posible ponerlo a flote —dijo—. Pero necesitarán semanas enteras de trabajo.
—¡Que me súper amalgamen! —murmuró Johnny—. Estamos bien arreglados.
Doc dijo:
—Tenemos una posibilidad de salir del paso.
—¿Cual?
—El *Liberator* O'Neel y sus aeroplanos —explicó el hombre de bronce—. El vapor que ha obstruido sus motores será efectivo en el interior de los cilindros hasta que se limpie y se pase un trapo por las bujías. Para eso necesitan tiempo. Tal vez podamos alcanzarles.
Sus compañeros empezaron rápidamente a reunir las cajas del equipo y a los pocos minutos se ponían en marcha hacia el claro en el cual habían visto por última vez a los aeroplanos de O'Neel.
Partieron a buen paso, pero casi inmediatamente se vieron inmovilizados.
La selva era densa y los zarzales de toda especie abundaban de un modo fantástico.
—¡Maldición! —exclamó Monk—. ¡Cada vez que me muevo, algo me pincha!
Estaban tan mojados como si saliesen del río; pero era del sudor que estaban cubiertos. Gruesas gotas les caían en los ojos, jadeaban

y sus rostros empezaron a adquirir expresiones extrañas.

Al cabo de unos momentos, Renny exclamó con su vozarrón:

—¡Vamos a necesitar dos días para alcanzar los aeroplanos a este paso! Ya se habrán ido…

Doc Savage les paró y señaló a Monk.

—Monk y yo iremos delante, puesto que caminamos más deprisa que vosotros —dijo—. Vosotros seguiréis, guiándoos con la brújula. Los cuatro aeroplanos están al Noroeste desde aquí.

Monk agarró el tronco de un árbol y se subió hasta la copa.

Ham que le miraba exclamó:

—¡Siempre te dije que estarías en casa en la selva!

Sin hacerle caso, Monk saltó, se agarró a otra rama con sus largos brazos y de ésta pasó a una tercera. Doc Savage le siguió y a los pocos momentos tomó la delantera.

Química, el mico favorito de Ham, se dispuso a seguirles, pero una lluvia de insultos por parte de Monk le hicieron desistir.

Era posible viajar más deprisa por el aire que en el suelo. La manigua infranqueable en el suelo resultaba más despejada en la copa de los árboles.

De todos modos no desarrollaban una gran velocidad, aunque Monk, que sudaba copiosamente y gruñía entre los dientes, haciendo cuanto podía, sospechaba que Doc hubiera podido, de quererlo, ir mucha más deprisa.

—Los aeroplanos no están muy lejos —dijo finalmente Doc.

—¿Podrían haber despegado sin que les hubiéramos oído? —quiso saber Monk.

—No es fácil.

Hallaron el claro antes de poco. Tenía una forma alargada —como la cabeza de un conejo de largas orejas— que le hacía fácil de identificar.

Permanecieron inmóviles mucho rato, mirando y Doc dejó de oír su trino.

Nada había en el claro, ni hombres ni aeroplanos.

Era el claro que buscaban, pues se discernían las huellas dejadas por los trenes de aterrizaje de los aeroplanos y por los hombres en las altas hierbas tropicales.

—Habrán limpiado los motores y se habrán ido —murmuró Monk.

—Imposible —le dijo Doc—. Les habríamos oído.

—Pero no están —recalcó Monk.

Doc Savage siguió adelante. Monk le siguió, se fijó en la actitud de recelo del hombre de bronce y se guareció. Lanzó una mirada a su pistola ametralladora para asegurarse que el seguro no estaba puesto.

Vigilando a Doc, Monk le vio cruzar el claro con paso rápido y detenerse en el extremo Norte. El hombre de bronce estuvo parado allí algún tiempo hasta que Monk bajó y se reunió con él.

Monk estaba a quince pies de él cuando Doc dijo rápidamente:

—¡Atrás! ¡Ponte detrás de mí!

Monk obedeció, dándose enseguida cuenta del por qué.

—¡Eh! —exclamó—. ¿Quién habrá hecho esas huellas en el suelo?

Monk se refería a una serie de depresiones ovaladas que formaban grupos y se repetían a alguna distancia unas de otras.

¡Las plantas y la maleza estaban aplastadas y hundidas en estas depresiones y la tierra aparecía comprimida como si hubiese sostenido en gran peso!

—¡Buenas noches! —exclamó Monk—. ¡Parecen las huellas de una fiera! ¿Pero cuál?

Doc Savage le preguntó:

—¿Has visto alguna vez las huellas de una pantera?

Monk parpadeó al mirar las huellas, y sin comprender lo que hacía, se echó atrás.

—¡Oye! —dijo—. Tienen la forma de las huellas de una pantera, pero cada uno de esos dedos es mayor que una palangana y la huella entera es más grande que la que haría el elefante más enorme del mundo.

Monk esperó, pero Doc Savage no contestó.

Monk preguntó:

—¿Crees que una pantera ha dejado estas huellas?

Doc se limitó a preguntar:

—¿Recuerdas la mitología?

—¿Quieres decir las viejas historias de los griegos, romanos, etc.? He intentado olvidarlas desde que me las metieron en el cráneo en el Instituto; pero es posible que recuerde algo…

—¿Te acuerdas de la leyenda de un personaje que iba a todas

partes con una pantera?

Monk parpadeó:

—Sí… alguien llamado Nemo o tal vez Nemo era el nombre la pantera… No me acuerdo fijo.

Monk esperó que Doc hiciera un comentario, pero el hombre de bronce guardó silencio.

—Pues bien, ¿qué? —acabó por decir Monk.

—No quería sino sugerir la relación —dijo Doc Savage.

—Sí… ¡ah! ¡Que me superamalgamen! Como diría Johnny. ¿Quieres decir que ese sujeto de la mitología ha crecido hasta tener una milla de alto y se pasea por la manigua sudamericana con su pantera que ha crecido en la misma proporción? ¡Si es así, no sé qué va a ser de este mundo!

Antes de que Doc pudiera contestar, se oyó un ruido entre la maleza y Renny, Long Tom y Johnny surgieron.

Ham llegaba el último escoltando a la muchacha del pelo dorado.

Miraron en torno suyo buscando a los hombres de O'Neel y a los cuatro aeroplanos de guerra colombianos robados.

Monk les espetó de buenas a primeras:

—¿Vosotros recordáis ese sujeto de una milla de largo que vi?

—Barrunto que lo recordaré durante muchos años —murmuró Long Tom.

—Tiene una pantera cortada a la misma medida —declaró Monk, señalando las huellas.

Sus compañeros miraron atónitos, guardando silencio unos minutos.

—¡Hermoso gatito! —dijo finalmente Long Tom con un hilo de voz.

La muchacha Z habló con acento tembloroso.

—¡Por favor! —exclamó—. ¡Alejaos de aquí sin perder tiempo! ¡Es lo único que puede salvaros la vida!

Todos la miraron sorprendidos.

CAPÍTULO XIII

EL TERROR DE LA MANIGUA

LA voz de la muchacha fue lo que inició el terror. La expresión de su rostro lo aumentó, pero fue otra cosa lo que lo hizo crecer hasta que los hombres reunidos en aquel claro al lado de las enormes y misteriosas huellas, aunque eran hombres valientes, hombres que habían afrontado peligros fantásticos en otras ocasiones y vencido obstáculos que habrían desanimado a cualquier otro ser humano, empezaron a palidecer y a sentir la boca seca.

Había en el aire algo invisible, algo dramático y el menor ruido de una hoja que se moviera, les sobresaltaba, despertando en ellos un absurdo deseo de huir.

Doc Savage dio unos pasos adelante, agarró a la muchacha por los brazos y le dijo:

—¡Basta ya… basta! Está usando su poder hipnótico para asustarnos y alejarnos de aquí. ¡Basta ya! ¡Si sigue intentando hacernos víctimas de su magnetismo, le propinaremos una droga que la dejará inconsciente!

Comprendiendo lo que les había asustado, Monk suspiró tan fuerte que se atragantó.

—¡Maldición! —chilló—. ¡De manera que es *ella* la que me asustaba! ¡Muchachos, estaba a punto de tenerle miedo a mi sombra!

—¡Tu sombra —dijo Ham con voz insegura—; Tu sombra le infundiría miedo a cualquiera!

La sensación de temor que habían experimentado iba decreciendo, aunque no se disipó del todo.

Un terror intenso seguía pintado en las facciones de la muchacha.

—¡Señorita, haría usted bien en no fingir tanto terror! —le dijo Ham.

La muchacha les miró con expresión de desesperación.

—¡No puedo evitarlo! —exclamó—. ¡Estoy aterrorizada! Es cierto que intenté hacerles pensar que tenían miedo hace un momento; pero es porque yo estaba asustada y quería que me llevaran lejos de aquí.

Los ayudantes de Doc cambiaron miradas.

—¿De qué tiene miedo? —le preguntó Monk.

Ella señaló las huellas, las enormes huellas de pantera que, a juzgar por las apariencias y en contra de las leyes naturales debieron ser hechas por un monstruo que la mente humana puede difícilmente concebir.

—¡He visto al monstruo que deja esas huellas! —dijo con voz estridente—. ¡Sé lo que es… lo que hace… lo que nos ocurrirá a todos si nos dejamos atrapar!

Monk sacó su pistola ametralladora de la funda que llevaba en el sobaco y la cargó. Esta vez con las balas explosivas que, bien dirigidas, harían saltar el costado de un acorazado.

—Puedo cambiar la hechura de lo que sea con este chisme —dijo exagerando—. ¡Tráigame su gatito!

La muchacha no volvió a hablar, aunque le hicieron pregunta sobre pregunta. Parecía ofendida porque no habían obrado según sus deseos.

—¡Está muy mimada! —declaró Ham.

Ham había logrado conservar la inmaculada perfección de su traje a pesar de sus idas y venidas en la selva.

Empezaron a inspeccionar el claro y en varios sitios hallaron manchas de gasolina.

En un punto había sangre humana, aunque en poca cantidad.

Las huellas de la pantera gigantesca llevaban a un riachuelo que corría a corta distancia y era estrecho, aunque profundo, y quedaba por completo cubierto por el denso follaje de la selva.

Permanecieron un momento silenciosos y inmóviles en la orilla del riachuelo y aguzaron el oído, pero no se oía otra cosa que el ruido del viento entre las ramas.

—El gatito debió meterse en el agua y echarse a nado —declaró Ham.

Renny resopló como un hipopótamo.

—¡Si queréis creerme, este asunto es ridículo! —espetó—. ¡Es una locura!

Nadie hizo comentario alguno. ¡Un hombre de una milla de alto tendido y dormido en un jergón en medio de la selva! ¡Huellas de una pantera gigantesca! ¡Cuatro aeroplanos y una veintena de criminales de O'Neel, desaparecidos de un modo misterioso!

¿Ridículo? ¡Desde luego! Pero la realidad de esas cosas era innegable.

Los ayudantes de Doc Savage no llevaban tantas cajas de equipo como al ponerse en marcha.

—¿Qué ha sido de vuestras cajas? —preguntó Doc.

—La selva podía más que nosotros —dijo Renny—. Hemos ocultado el género y volveremos por él más tarde.

Long Tom añadió:

—En realidad, no nos hizo ganar mucho tiempo. Hallamos una pista hecha por las fieras en la selva y nos llevó directamente hasta aquí. Eso explica que hayamos llegado tan pronto.

Doc Savage contempló el riachuelo y dejó oír su trino:

—Lo mejor que podemos hacer es ir a buscar nuestro equipo. Me parece que vamos a necesitarlo íntegramente.

Mientras volvían a encaminarse el claro del cual los aeroplanos habían desaparecido, Johnny estudió detenidamente las enormes huellas.

—Este gigantesco animal parece haber realizado varios viajes —dijo—. Sus huellas se repiten y se cruzan.

No perdieron tiempo en el claro. El viaje de regreso por la selva fue difícil hasta que alcanzaron la pista de los animales, la que siguieron sin incidentes, hasta que la muchacha se paró en seco lanzando un grito ahogado.

Cuando la miraron con asombro, vieron que señalaba algo.

—¡Eh! —exclamó Monk—. ¿Que le pasa?

—Acabo de descubrir las huellas del enorme gato en este camino —dijo Doc Savage.

Asombrados y atemorizados, sus ayudantes miraron con atención y vieron lo que sus ojos menos perspicaces no habían descubierto en un principio.

Las huellas del felino eran visibles en aquel camino.

Monk declaró:

—¡No me gusta ser el sujeto que se niega a seguir andando, pero propongo que tomemos otra dirección!

Doc Savage se declaró en contra de esta proposición.

—Seguiremos —dijo—. Pero andaremos con cuidado.

Así lo hicieron.

Las cajas del equipo se hallaban a alguna distancia del camino. Renny guió al grupo en la buena dirección y se paró ante una alfombra de enredaderas que cubrían una buena extensión de terreno.

—Lo hemos metido aquí debajo —dijo, levantando algo de enredaderas—. ¡Rayos y truenos!

No había nada debajo de las enredaderas, sino dos enormes huellas de pantera.

El asombro se manifestó de distinta manera entre el grupo de amigos.

Johnny se puso lentamente el monóculo sobre el ojo con un gesto que persistía desde los días en que usaba realmente un monóculo, mucho antes de que la habilidad de Doc Savage en materia de cirugía le devolviese el uso de un ojo herido en la Gran Guerra.

Cuando el amplificador le hizo daño, Johnny abrió el ojo y dejó caer el monóculo, que quedó colgando de su cinta negra.

—¡Que me superamalgamen! —exclamó a media voz.

Renny, el de los puños enormes, miró por todas partes con el dedo en el gatillo de su pistola ametralladora.

—¡No lo veo! —rezongó.

—¡Yo no tengo ganas de verlo! —dijo Monk.

Renny blandió su arma sin apuntar a nada en particular.

—¿Cómo ha podido una bestia, sea lo que sea, llevarse nuestras cajas de equipo?

—¡Entre los dientes tal vez! —sugirió Long Tom.

Monk se volvió y frunció las cejas, mirando a la muchacha.

—¿Me pregunto si usted u otra persona nos está haciendo imaginarnos todo esto?

Esta vez la muchacha se digno contestar enseguida:

—¡Puede estar seguro que ve lo que piensa ver!

—¿Es peligroso ese gatazo? —preguntó Monk.

—¡Ha visto lo que le ha ocurrido a O'Neel y sus aeroplanos!

—¡No hemos visto nada! —recalcó Monk.

—Pero puede figurárselo.

Monk se lo figuró sin duda, pues guardó silencio un momento. Enseguida adoptó una expresión apenada.

—Tengo demasiada imaginación —dijo—. Cuando empiezo a imaginarme cosas, me asusto de veras.

Doc Savage intervino diciendo:

—¡Tal vez sea una buena idea permanecer al lado de los restos de nuestro aeroplano!

Formando un grupo compacto, volvieron sobre sus pasos sin ver ni oír nada, a pesar Doc Savage vigilar constantemente.

La mayor quietud reinaba en la selva, una quietud asombrosa. No se oían los pájaros. Habían desaparecido o si seguían allí, callaban. El calor era horroroso.

Alcanzaron la orilla del río y durante largo tiempo permanecieron allí en silencio, sin mirarse siquiera.

Finalmente la muchacha del pelo dorado lanzó una especie de sollozo, se dejó caer al suelo y se cubrió los ojos.

—Saben que estamos aquí —exclamó—. Están vigilándonos. ¡No podemos escapar!

Eso les distrajo un momento de la idea de que su aeroplano destrozado no se hallaba ya donde lo habían dejado.

El aeroplano había desparecido, junto con las cuerdas que le servían de amarras. Esas cuerdas no habían sido cortadas. No quedaba nada de ellas.

Habían desaparecido sencillamente.

No se veían huellas en la orilla. Buscaron detenidamente… Todos tenían la pistola ametralladora en la mano, cargada con balas explosivas de tremendo poder.

Doc Savage no llevaba arma alguna, según su costumbre, pues creía que el depender de un revólver hace que un hombre, desde su arma, sea completamente inofensivo.

La muchacha callaba.

—Se burla usted de nosotros, muchacha —dijo Monk.

La muchacha siguió muda. Estaba pálida, con las facciones contraídas y una expresión que le hizo desviar la mirada a Monk.

—¿Qué pasa, Doc?

En vez de contestar, el hombre de bronce dijo:

—Iremos hasta Klantic.

—¿Te refieres al sujeto de una milla de alto que vi y del que sacaste una fotografía?

—Ese mismo.

Monk vaciló, suspiró y dijo:

—Pues bien, es lo único que he visto por aquí que esté a la medida del tigre o del leopardo que ha dejado estas huellas.

Renny preguntó:

—¿Y si mirásemos por estos alrededores? Es casi seguro que hallaríamos huellas de lo que se ha llevado nuestro aeroplano y nuestro equipo.

Sin dar explicaciones y sin discutir, Doc Savage dijo:

—Sugiriendo que sigamos adelante sin perder tiempo.

—Puede salvarnos la vida —dijo la muchacha—. Pero en tal caso, será porque estamos de suerte.

Se fijaron todos en que se incluía entre los que estamos en peligro.

La manigua seguía silenciosa a su paso. El camino trazado por las fieras, que habían tomado antes, no les llevaba en la dirección deseada y se vieron obligados a internarse en la selva.

El calor aplastante que reinaba les hizo recordar algo que olvidaron con la excitación causada por la caída del aeroplano… su provisión de agua.

—¡Que sed tengo —exclamó Renny.

—¡Y yo! Añadió Monk —. He sudado tanto, que estoy seco como una nuez.

Como era natural, debido a su fuerza y agilidad superiores, Doc Savage llevaba la delantera, buscando los caminos más practicables, recorriendo dos y quizás tres veces el terreno cubierto por sus compañeros y viéndose todavía obligado a esperarles.

Fue en uno de esos momentos en que estaba delante cuando Doc oyó al hombre de la voz de campana.

Al principio dudó de sí aquella voz pertenecía a un hombre, pues tenía un timbre fantástico y los sonidos que emitía no parecían palabras, aunque podían pertenecer a un idioma que ninguno de ellos había oído hasta entonces.

Aquel rincón de la selva estaba infestado por un pájaro de

aspecto vulgar, que tenía un grito extraño y al que llamaban el pájaro campana.

—Tal vez ese pájaro haya aprendido a hablar —sugirió Monk—. O quizá alguien se ha cortado la lengua y...

—¡Calla, estúpido, y déjanos escuchar! —espetó Ham.

Aprestaron el oído, pero la extraña voz que parecía una campana calló casi inmediatamente.

Monk dijo entonces:

—Apuesto lo que queráis a que era un pájaro.

Se fijaron entonces en la muchacha. Había cambiado de expresión. Su terror se había disipado y estaba radiante.

Le preguntaron por qué motivo, pero rehusó contestar y volvió a parecer asustada, aunque les pareció notar que fingía estarlo, cuando antes había sido sincera.

A partir de entonces no le quitaron la vista de encima, pero el calor era tan intenso y el camino tan malo, que no la miraban con mucha atención mientras seguía a su lado.

No la vieron inclinarse rápidamente y recoger de debajo de una hoja encarnada un trozo de cañuela hueco, cerrado en ambos extremos con un tapón de madera.

De pronto, la muchacha se paró y dijo:

—¡Agua! ¡Quiero beber!

El agua que los demás no habían visto hasta que se la indicó, brotaba de un manantial pequeño pero fresquísimo.

Se veían alrededor del mismo las huellas de numerosos animales de la selva, con lo cual se podía tener la seguridad que el agua era buena.

La muchacha se dejó caer de rodillas y recogió agua entre ambas manos. La dejaron pasar la primera, pues eran todos caballeros corteses.

No la vieron tirar el contenido de la cañuela —un polvo amarillo que se disolvió instantáneamente, sin dejar rastro— en el agua.

Detrás de la muchacha, Monk se dejó caer al suelo y bebió. Sorbió largamente y cuando se levantó parecía extrañamente hinchado.

—¡He cargado bastante a bordo para que se me quiten las arrugas de la piel! —gruñó.

Intentó luego hacer beber a *Habeas* antes que Ham, y hubo una

pequeña lucha. Mientras se desarrollaba ésta, Doc Savage se acercó.

—Buen agua —dijo Monk, con una mueca de satisfacción—. La muchacha ha sido la primera en verla.

—¿De veras? —dijo Doc.

Algo en su acento calmó de pronto a Monk, pero éste no tardó en animarse.

—¡Oh, ella ha bebido la primera! —dijo.

Ignoraba que la muchacha había bebido antes de dejar caer el polvo amarillento en el agua.

Doc fue el último en hundir la cara en el agua límpida.

Monk, que le miraba, empezó súbitamente a abrir y a cerrar los ojos. Se puso las manos en el estómago, lo apretó y se dejó caer al suelo. Quedó tumbado de espaldas, cerró los ojos y permaneció inmóvil.

Ham, Johnny, Renny y Long Tom hicieron exactamente lo mismo en el mismo orden en que habían bebido de la fuente.

Doc Savage se levantó rápidamente y corrió a sus hombres, pero de pronto se paró, miró al cielo fijamente y se dejó caer como los demás.

Consecuencias, sin duda, del agua bebida.

CAPÍTULO XIV

EL GIGANTE

LA muchacha Z se quedó contemplando a los hombres que yacían inmóviles; fue rápidamente de uno a otro y les tocó el pulso. Pareció satisfecha de su examen.

Luego recogió una de las pistolas ametralladoras, dio unos pasos, apoyó la espalda en un árbol enorme y aguardó. Se conocía que había observado a los hombres de Doc y sabía manejar el arma.

Antes de que transcurrieran muchos minutos, la extraña voz que sonaba como una campana volvió a oírse. Salía de los matorrales situados a unas yardas de distancia.

—¿Hay algún muerto entre ellos? —preguntó.

El idioma que hablaba era el mismo que usó antes: una lengua que ninguno de los ayudantes de Doc Savage había logrado identificar.

—Todos viven —contestó la muchacha del pelo de oro en el mismo lenguaje—. No he usado demasiado droga. El manantial del cual han bebido formaba una charca.

—Sabía que conocías todos los manantiales y que estarían sedientos —dijo la voz que semejaba una campana—. Por eso oculté varios tubos de la droga bajo hojas encarnadas, a lo largo del camino, donde pudieses hallar por lo menos uno. ¿Sospecharon algo cuando te llamé para informarte?

—No comprenden nuestra lengua.

El hombre que hablaba surgió. Era un anciano más delgado todavía que Johnny, el arqueólogo del grupo de Doc Savage.

Además, tenía el pelo dorado como Z y llevaba un delantal de piel como David Hutton y el gigante fabuloso que los amigos de Doc vieron desde el aire. Sin embargo, su delantal estaba más adornado

que los otros dos.

La muchacha se le acercó y le dio un beso muy americanizado.

—Te amo —dijo.

Él la miró de reojo:

—¿Qué es amar? ¿Una nueva palabra que has aprendido durante tu ausencia?

Los hermosos ojos de Z lanzaron una breve mirada en dirección a Doc Savage.

—No —dijo—. Aprendí la palabra hace mucho tiempo de uno de los blancos que hallaron este lugar. Era gordo y tenía excelente opinión de sí mismo.

El hombre de la voz de campana la miró parpadeando.

—Pero tal vez has aprendido más claramente lo que significa.

—No se te puede ocultar nada, Ki.

El delgado Ki, del pelo dorado y de la voz de campana, sonrió y cambió de conversación.

—¿Quién es el jefe? —preguntó señalando al grupo formado por Doc Savage y sus hombres.

—¿Quién te parece que lo es? —inquirió Z.

Ki señaló inmediatamente a Doc Savage.

—Este. Es el ejemplar físico más notable que he visto.

—Es su jefe —asintió Z.

—¿Crees que es Klantic?

Z vaciló.

—No parece saber lo que Klantic es.

—No es preciso que lo sepa. Klantic será guiado hasta el lugar y derrumbará la estatua, tal vez con la ayuda de un poder divino. Con el derrumbamiento de la estatua que únicamente el verdadero Klantic logrará, el secreto le será revelado…

Z pareció reflexionar hondamente.

—Me alegraré que sea Klantic —dijo finalmente—. ¡Tanto como de que eres mi padre!

El hombre de la voz de campana batió palmas y lanzó breves órdenes.

Unos hombres salieron instantáneamente de la manigua. Se movían con precisión militar, sin hacer ruido ni mover los matorrales.

Esos hombres iban armados. Llevaban arcos y flechas, y estas

últimas, en vez de tener la punta afilada, llevaban sujetas unas bolsitas que contenían algo que sin duda se desparramaba al clavarse la flecha.

La muchacha se fijó en el número de hombres armados.

—Me alegro que viajes bien protegido —dijo—. Aug y sus hombres están aquí.

Ki la miró fijamente y su rostro adoptó una expresión de preocupación.

—¿Cómo lo sabes?

En vez de contestar directamente, la muchacha empezó a explicar una historia que comenzaba en la manigua antes de su aparición en la vecindad de Cartagena.

—David Hutton escapó y le descubrí antes de que desapareciera —dijo—. Me enfrenté con él. Me hizo víctima de un ardid y me derribó sin conocimiento. Me llevó a uno de los aeroplanos, el suyo, me metió dentro y tomó el aire. Decidió de escapar así en secreto muchos días, trabajando en el aeroplano, puesto que estaba dispuesto a emprender el vuelo. Volamos mucho tiempo…

—Pero ¿Por qué te llevó consigo? —le interrumpió Ki.

—Quería una prueba de que la historia que iba a contar a su pueblo y al mundo no eran las divagaciones de un loco. Yo iba a ser aquella prueba…

—Buena idea —asintió Ki—. Hutton no era un loco…

La muchacha prosiguió su narración… O'Neel, el Diario de Hutton, el asesinato de éste, la intervención Doc Savage Doc Savage, la persecución…

—Hice caer el aeroplano de Doc Savage porque sabía que casi habíamos llegado aquí y que ellos habían visto… al gigante —concluyó—. Luego, alrededor del sitio de donde habían desaparecido los aeroplanos de O'Neel, hallamos lo que parecían ser gigantescas huellas de pantera. No creo que engañasen a Doc Savage, pero asombraron a sus hombres. Doc Savage insistió en seguir andando hacia el gigante, de manera que debió adivinar que las huellas fueron hechas cuidadosamente por hombres.

—¡Gigantescas huellas de pantera! —dijo sombríamente Ki—. Es un viejo ardid de Aug, cuando mandaba nuestra guardia fronteriza. Declaraba que las falsas huellas aterrorizaban a los indígenas y los alejaba de la vecindad. Tenía incluso unos aparatos de madera que

dejaban las huellas estampadas en el suelo, y aplastaban la hierba y la vegetación. ¡Vuelve sin duda a usarlos!

Z dijo significativamente:

—Aug vuelve a merodear por la frontera, cuando se le ordenó no hacerlo. Eso no puede significar más que una cosa...

—Sí —dijo Ki—. Significa que espera la llegada de hombres que lleguen del mundo exterior: hombres que llevan esas armas a las que llaman rifles. Aug sabría como usar algunos rifles.

—Aug tiene probablemente todos los rifles que desea, así como otra arma peor, que se llama ametralladora. Es posible que tenga alguna de ellas. O'Neel las trajo, sin duda debió robarlas. No me extrañaría.

Ki dijo rápidamente:

—¡En tal caso no vamos a perder tiempo aquí!

CAPÍTULO XV

LA LEGIÓN DE PRISIONEROS

DOC Savage y sus cinco ayudantes yacían en el suelo de piedra, frío pero limpio. Las paredes y techo del cuarto eran igualmente de piedra.

La única abertura era bastante ancha para que un hombre corpulento se deslizara por ella y se cerraba de un modo ingenioso y sencillo, es decir, con una pesada barra de piedra que tapaba el orificio y se sujetaba por medio de una larga clavija que sólo podía alcanzarse desde fuera.

Doc y sus ayudantes no se habían movido para nada después de ser introducidos en aquella prisión.

Fuera, un guardia, uno de los hombres del viejo Ki, se paseaba arriba y abajo. Era de noche, pero la luna salía a intervalos cuando las nubes se descorrían. El guardia sentía sueño y había perfeccionado el sistema de dormir de pie.

La circunstancia de que había una pared a cada extremo del lugar en el cual hacía su ronda, venía en su ayuda. Cuando se golpeaba contra la pared por haberse dormido demasiado, el porrazo le desvelaba.

Pero finalmente en un extremo de la ronda topó con algo que no era la pared y que no le despertó. Era una piedra redonda del tamaño de su propia cabeza y que le hundió en el sueño para el resto de la eternidad.

El hombre que había lanzado la piedra dijo a alguien que estaba a sus espaldas, en español:

—Uno de nosotros se basta para este trabajo. Doc Savage y sus hombres siguen dormidos, según dicen los espías de Aug.

—No duermen —corrigió otra voz—. Están sin conocimiento a

consecuencia de la droga que la muchacha mezcló con el agua del manantial. Volverán en sí dentro de dos o tres horas...

—Esto les ayudará a recobrarse —dijo el primero.

Y enseñó la hoja de un cuchillo que brilló a la luz de la luna.

—¡Bueno!

Echaron a andar. Uno de ellos se alejó en la noche. El del cuchillo, que era el que había matado al guardia, se acercó y tiró de la clavija sujeta a la piedra que cerraba la celda en la cual Doc Savage y sus hombres yacían inmóviles.

El otro hombre anduvo un rato antes de pararse y se explicó a sí mismo en un murmullo el motivo que le impulsaba a detenerse.

—*El Liberator* nos despellejaría vivos si este golpe fallara —musitó—. Y el nuevo amigo de *El Liberator*, Aug, parece ser un sujeto que disfrutaría vigilando la operación.

Esperó con los ojos fijos en la boca de la mazmorra. El viento aullaba suavemente a intervalos. Dos veces, el hombre oyó un sonido que tradujo como el de su compañero realizando la ejecución.

Un grito ahogado siguió, y después reinó el silencio.

Una forma acurrucada salió de la mazmorra y se alejó rápidamente.

Satisfecho, el vigía se fue por su lado. Llevaba en la mano un bastón chamuscado y con ayuda del mismo había dejado marcas en el suelo de piedra cuando había cruces de pasajes. Seguía esas marcas al volver sobre sus pasos.

De pronto, se enfrentó con el cañón de un rifle automático.

—¡Está hecho! —dijo.

—*El Liberator* se alegrará de saberlo —dijo el hombre del rifle, bajando el cañón del arma—. ¿Dónde está tu compañero?

—La ha hecho la faena mientras yo vigilaba. No tardará en llegar.

—¿Doc Savage y sus cinco ayudantes han muerto?

—Sin duda alguna.

—¡Bueno!

Guardaron silencio un momento. La oscuridad era densa. Se oyó un momento a distancia, en ruido de voces y se vio el débil resplandor de antorchas.

—Me preguntó si es prudente que *El Liberator* se alíe con ese Aug

—dijo finalmente uno de los hombres.

—En las actuales circunstancias es muy prudente —replicó el otro—. Aug tiene bastantes hombres para vencernos.

—¿Pero podemos contar con Aug? —insistió el primero.

—Probablemente. Según creo, es ambicioso y busca exactamente lo mismo que *El Liberator*.

—Sí. Al principio creí que Aug era un jefe local descontento que quería la ayuda de nuestras armas para derribar al gobierno, pero no le preocupa el gobierno. Lo que quiere es el secreto de Klantic.

Hubo una breve pausa.

—Y lo que quisiera —concluyó uno de los hombres—, es saber cuál es ese secreto de Klantic. Si *El Liberator* fuese cuerdo, nos lo diría.

—¿Por qué cuerdo?

—Los hombres que saben por qué luchan, luchan mejor.

El primer hombre se echó a reír.

—*El Liberator* es más listo que eso. Sabe que estamos convencidos de que únicamente un gran tesoro le atraería. La curiosidad aumenta la codicia.

Siguieron murmurando entre ellos, sin manifestar la intención de moverse ni, al parecer, estar preocupados en lo más mínimo.

Finalmente, una figura alta que se les había acercado por detrás sigilosamente se les echó encima y manipuló hábilmente en sus nucas en torno a los centros nerviosos. Los dos hombres cayeron sin sentido.

Cuando los dos patriotas de O'Neel pudieron nuevamente moverse, hallaron a un gigante de bronce acurrucado sobre ellos. El hombre de bronce se había apoderado de sus lámparas y estudiaba sus facciones con ayuda de una de ellas.

—¡Doc Savage! —chilló uno de los hombres, atemorizado.

—¡Pero si está muerto! —murmuró su compañero, añadiendo varias palabras destinadas a preservarle de los malos espíritus.

—Su amigo, el del cuchillo, tuvo la sorpresa de encontrarme despierto, o la tendrá cuando despierte —dijo tranquilamente el hombre de bronce.

Ambos prisioneros callaron.

—¿De forma que O'Neel y un jefe indígena llamado Aug han juntado sus fuerzas? —dijo Doc.

Siguieron silenciosos.

Doc Savage dijo entonces:

—¿Os gustaría morir?

Uno de los hombres replicó:

—Todo el mundo sabe que usted no mata nunca a nadie.

—No hablo de la muerte física, sino de la muerte mental —dijo Doc—. Con una sencilla operación practicada en vuestros cuellos, podéis quedar para idiotas para siempre.

Doc exageraba. La operación que mencionaba era posible; pero era cuestión de practicarla en debida forma, con tiempo y en la sala de operaciones.

Eso lo ignoraban los dos prisioneros. Lo que sabían era que aquel gigante de bronce tenía una reputación mundial y que era un sujeto con quien no se bromeaba. Así, pues, contestaron:

—O'Neel y Aug se han asociado —dijeron.

—¿Con cuántos hombres cuentan?

—Con unos doscientos —declararon los prisioneros—; y aún parece ser que el resto de la población se les ha unido. Los gobernantes actuales son dos, padre e hija, conocidos por ser los guardianes del secreto de Klantic.

—¿Sus nombres?

—El hombre se llama Ki y la muchacha es la que teníamos prisionera. La llaman Z.

—¿Qué más sabéis?

—Muy poca cosa.

Doc insistió en sus preguntas, pero en realidad no parecían saber más de lo que le habían dicho.

El hombre de bronce les hizo dormir nuevamente, entregándose a las hábiles manipulaciones que producían la parálisis. Aquel estado de inmovilidad duraría mucho tiempo, quizá días, hasta que se les remediara.

Doc les dejó en aquel mismo lugar y volvió a la mazmorra donde yacían sus ayudantes y su seudo asesino.

Siguió para ello el mimo camino tomado por el compinche del asesino.

Este último dejaba oír sonidos parecidos al que había emitido cuando Doc le agarró en el momento en que iba a clavarle en cuchillo.

Doc se inclinó sobre él. El hombre se hallaba en un estado de parálisis, pero seguía gruñendo. Doc ejerció algunas presiones sobre los centros nerviosos de su espina dorsal y enmudeció.

Doc volvió a salir de la mazmorra y se trasladó cautelosamente en la oscuridad a un cuarto contiguo en cuyo suelo estaba amontonado su equipo personal y sus ropas, aunque allí no se hallaban las cajas de metal que había ocultado y que habían desaparecido misteriosamente.

De las ropas de Monk, Doc extrajo una caja que contenía un surtido de productos químicos. Se la llevó a la mazmorra y empezó a hacer pruebas.

Las drogas tienen ciertos tipos y reaccionan de distinta manera bajo la acción de estimulantes o antídotos. Las pruebas, si se hacen cuidadosamente, revelan su naturaleza.

Cuando Doc se hubo enterado de ésta, mezcló algunas drogas y las administró a sus hombres, que despertaron casi todos juntos. Monk volvió en si, creyéndose todavía en el manantial.

—¡Muchachos! —exclamó—. ¡Qué agua tan rica!

Miró a su alrededor, se dio cuenta de la situación y su astucia le hizo adivinar instantáneamente lo ocurrido.

—¡Narcotizados! —dijo—. ¡Ese manantial contenía una droga!

—Es cierto —dijo Doc.

—¿Dónde estamos?

—El padre de la muchacha, un caballero muy delgado que se llama Ki, vino a buscarnos con su guardia personal —explicó el hombre de bronce—. Y, según parece, dos pájaros de cuenta se han asociado, es decir, O'Neel y un indígena llamado Aug.

Renny rezongó:

—¿Cómo te has enterado de esto, Doc?

—No bebiendo del agua del manantial y en consecuencia no habiendo perdido un solo momento el conocimiento —explicó el hombre de bronce.

Sus compañeros guardaron silencio, digiriendo esta noticia.

—Pero ¿qué es lo que te puso sobre aviso, Doc?

—¿Respecto al manantial? Esa voz que se oyó momentos antes... A propósito, era la del padre de la muchacha.

—¡Que me superamalgamen! —exclamó el huesudo Johnny—. ¿La entendiste?

—Es probable que fue porque estaba más cerca de ella que vosotros —exclamó Doc—. El idioma era antiguo egipcio.

—Aunque hubiese estado a mi lado no lo habría comprendido —confesó Monk.

—¿Egipcio… aquí en la manigua del Amazonas? —murmuró Ham.

—No cabe duda —declaró Doc—. La muchacha, su padre y otros hombres de aquí lo hablan corrientemente.

—¡Rayos y truenos! —exclamó Renny—. ¿Dónde estamos, después de todo?

—En el interior del gigante que hemos visto desde el aeroplano —contestó Doc.

Monk exclamó:

—En el interior del gi… —y calló, comprendiendo que Doc se refería al hombre de una milla de alto, como Monk le había descrito.

—No comprendo —dijo Renny—. ¿Cómo es posible que estemos en su interior? ¡No tengo la impresión de ser digerido!

—El gigante es de piedra —explicó Doc—. En otras palabras, es Klantic o una estatua de alguien llamado Klantic. No es tan enorme como parece desde el aire. El jergón es en realidad un montículo rodeado de una muralla que constituye una defensa contra todo lo que no sea artillería moderna. La enorme estatua yace encima y está surcada de pasadizos y cuartos en los cuales esa gente vive.

—¿Pero quién es Klantic? ¿Quién es esa gente? ¿Qué están haciendo aquí?

Ham era el que hacía estas preguntas.

—¿Crees interrogar a un testimonio? —le preguntó Monk.

—Las respuestas a estas preguntas se harán más tarde —dijo Doc.

Monk recordó, sin duda, algo y se puso en pie de un salto.

—¿Y mi puerco, *Habeas Corpus*? —exclamó.

—¿Y *Química*, mi mono? —le hizo eco a Ham.

—Me parece que la muchacha los tiene —contestó Doc—. Ahora propongo que investiguemos por este lugar. Ha de resultar interesante.

Se deslizaron fuera de la mazmorra. Monk, que era tan ancho como alto, tuvo alguna dificultad en franquear la estrecha abertura.

—Me preguntaba por qué me dolían tanto los hombros —rezongó cuando, finalmente, pudo salir—. Me han magullado al meterme por aquí.

Desfilaron en silencio delante del guardia asesinado.

—Mala suerte la nuestra —susurró Long Tom—. Nos costaría trabajo probar que no le matamos nosotros.

Haciendo un esfuerzo por dominar su vozarrón. Renny preguntó:

—¿En qué parte de la estatua de Klantic estamos?

—En el brazo derecho —contestó Doc—. Siguiendo pasadizos…

Una extraña voz cascada le interrumpió, diciendo con tono sepulcral:

—¡Demos gracias a Jehová, hermanos, y levantemos la cabeza! Que el temor no anide en vuestros corazones y que Él permanezca en ellos para que os acompañe el éxito.

Doc Savage y sus cinco ayudantes se detuvieron en el acto un transcurrió un buen rato antes de que el hombre de bronce hablara.

—¿Quién es? —preguntó.

—¡Gloria eterna! —exclamó la voz sepulcral—. ¿Quiénes son ustedes, caballeros?

—Doc Savage —dijo el hombre de bronce tras un instante de vacilación—, y cinco amigos.

—¿Nuevos prisioneros?

—Hasta ahora —admitió Doc—; pero estamos intentando remediar eso.

—¡Que el mayor éxito corone sus esfuerzos! —dijo la voz—. Al oírles creí que eran un grupo de nuestros pobres desgraciados que hacían una tentativa por conseguir la libertad. Habían planeado su intento para esta noche y estaba ofreciendo una plegaria por su éxito.

—¿Quién es usted? —inquirió Doc.

—Un misionero, Jonathan Brendel, que llegó hace veinte largos años a orillas del Amazonas, trayendo el cristianismo a estas regiones. ¡Veinte largos años! He sido prisionero desde entonces…

—¡Buenas noches! —suspiró Monk.

—¿Cuántos prisioneros hay aquí? —preguntó Doc.

—¡Cerca de cuarenta! —contestó el misionero—. La mitad son blancos y los demás indígenas.

—Nómbreme alguno de ellos —solicitó Doc.

El misionero lo hizo así y los ayudantes de Doc lanzaron exclamaciones de sorpresa, pues lo que oían era la lista de los hombres desaparecidos en los misteriosos desiertos del Norte del Amazonas.

Nombre tras nombre habían ocupado la primera página de los periódicos a intervalos, cuando se organizaban expediciones de socorro para ir en su busca en la selva y algunos de los nombres eran de los miembros de esas misma expediciones.

—Se apoderan de todos los del mundo exterior que se acercan a ellos —concluyó el misionero.

—¿Por qué? —inquirió Doc.

—Temen que los que vienen aquí intenten robar el secreto de Klantic.

—¿En qué consiste ese secreto?

—Está sellado en algún punto de la cabeza de esa gigantesca estatua en la cual nos hallamos —contestó el misionero—. Su emplazamiento exacto es conocido únicamente de los guardianes del secreto. Esos son dos, un caballero de edad y, debo admitirlo, bastante agradable, y su hija. Se llaman Ki y Z.

Doc Savage reflexionó:

—Según reflexiones de Ki y Z, creo descubrir que el secreto de Klantic se guarda para alguien que llegará algún día y lo descubrirá. ¿No hay algo relacionado con el derrumbamiento de una estatua?

—Es una creencia pagana que Dios les perdone —dijo el misionero—. Tiene una imagen de piedra de ese dios pagano, Klantic, en su templo idólatra. Creen que algún día su dios Klantic volverá en persona y la imagen de piedra se derrumbará cuando aparezca delante de ella. Se trata de una superstición tonta, según la cual la imagen de piedra es el guardián del secreto de Klantic, que no será necesario una vez que Klantic aparezca, y en consecuencia se derrumbará.

Doc preguntó:

—¿Dónde está esa imagen?

—En el templo de los ídolos, situado adecuadamente en la cabeza de la estatua.

El misionero parecía estar hablando al otro lado de la puerta de una mazmorra como la que había servido de prisión a nuestros amigos.

Doc se le acercó.

—¿Están los prisioneros aquí cerca?

—Todos se hallan en este brazo —replicó el misionero.

Doc Savage dio rápidamente sus órdenes:

—Monk, llévate a Long Tom y ve a la izquierda. Busca a los prisioneros, explícales que tenemos un plan de evasión y ponlos en libertad.

Doc se volvió a Ham.

—Tu, Ham, llévate a Renny y a Johnny, ve a la derecha y haz lo mismo.

Ham rió brevemente, exclamando:

—Por una vez, no tengo que trabajar con ese Monk.

Monk contestó sin pérdida de tiempo:

—¿Te fijas en que es preciso que seáis tres para hacer el mismo trabajo que haré sólo con Long Tom?

El misionero intervino:

—¡Hermanos, algunos de mis infortunados compañeros preferirán tal vez no cambiar de suerte! Después de todo, no nos tratan mal, excepto cuando intentamos escapar. Esa gente desea únicamente que el mundo exterior no tenga conocimiento de su existencia.

—Podrán escoger —declaró Doc.

—Veo que es usted un hombre justo.

—¿Y usted? ¿Nos acompañará?

El misionero reflexionó un momento.

—Soy un hombre pacífico, con el temperamento de un cordero. —agarró la piedra que cerraba su mazmorra y la movió con fuerza —. Pero hay momentos en que siento como un león en mi interior. ¡Déjenme salir de aquí!

Doc le abrió.

—Ayude a mis hombres a soltar a los demás —sugirió el hombre de bronce—. Luego esperad todos mi regreso.

Dichas estas palabras, Doc Savage se alejó rápidamente, llevándose la caja de productos químicos de Monk.

CAPÍTULO XVI

ALBOROTO

UN grupo nutrido de hombres estaba reunido en el pasadizo cuando Doc Savage regresó. Parecían impacientes y algo ansiosos. La mitad aproximadamente eran blancos, y la otra mitad indígenas.

Monk tomó la palabra.

—Todos han decidido unirse a nosotros, Doc —dijo el químico —. Tenemos aviadores, exploradores, buscadores de caucho, traficantes, presidiarios escapados y soldados de fortuna... toda especie de individuos susceptibles de ir a pasar a esta manigua solitaria.

—¿Vienen todos por su propia voluntad? —preguntó Doc.

—Por supuesto —contestó Monk, apresurándose a ocultar unos nudillos magullados.

—¡Algunas palabras del portador de la Santa Palabra han ayudado! —dijo el misionero.

Doc Savage declaró entonces:

—Lo primero que necesitamos son aeroplanos. Aug y O'Neel los tienen. Es probable que los hayan desmontado y ocultado. Lo más indicado es, pues, buscar a Aug y a su asociado y ver lo que podemos lograr.

—¡No ha visto usted a ese Aug, o no hablaría así! —dijo uno de los hombres.

—¡Y tú no has visto a Doc Savage cuando entra en acción, amigo mío, y no abrigarías dudas!

—No he oído hablar nunca de Doc Savage —contestó el otro.

—¿Cuánto tiempo hace que estás aquí?

—¡Treinta años! —dijo el hombre.

El suelo era de piedra y bastante igual. Los hombres formaron

una larga fila y desfilaron en silencio. Doc Savage tenía una lámpara eléctrica, pero la apagó.

—¿Dónde has estado tanto tiempo, Doc? —preguntó Monk.

El hombre de bronce no pareció oír y Monk no insistió, sabiendo que cuando no quería contestar a una pregunta, Doc tenía la costumbre de fingir no haberla oído.

Pero, unos minutos después, Doc preguntó:

—¿Cómo es posible que hayamos podido hacer todo eso sin ser vistos?

El misionero fue quien contestó:

—No hay más que un guardia en este brazo y vigila exclusivamente a los prisioneros; pero hay guardias en todas las demás salidas.

—El guardia de este brazo era, sin duda, el pobre diablo que, ha sido asesinado —dijo Long Tom.

Llegaron al extremo del brazo y Doc torció rápidamente a la izquierda.

Había una ramificación en el pasadizo y tomó la de la derecha.

—Parece que usted conoce este lugar —dijo el misionero.

Doc no le explicó cómo se daba el caso de que sabía adónde iba.

—Avisad a retaguardia que no hagan ruido —dijo el hombre de bronce.

Cumplieron la orden y siguieron avanzando lentamente; pero, tratándose de tantos hombres, lo hacían bastante silenciosamente. Todos iban descalzos.

—¿Adónde va usted? —quiso saber el misionero.

—Podemos interrogar a dos hombres de O'Neel —explicó Doc—. Nos dirán probablemente dónde se hallan O'Neel y Aug.

De pronto, Doc se paró y dio una voz de mando que hizo detenerse a la columna entera.

—Hay alguien delante —les dijo.

Al detenerse la columna en la oscuridad, se oyeron pasos, y un momento después un escuadrón de hombres en marcha surgió.

Eran unos treinta y llevaban todos delantales de piel, así como arcos y flechas provistas de saquitos.

—Es el relevo de la guardia —susurró el misionero.

Un hombre de la columna, detrás de Doc, lanzó un grito agudo y penetrante, que rasgó el silencio del pasadizo.

Aquel grito surtió el mismo efecto que un cañonazo. El escuadrón de guardias no perdió la serenidad, se desplegó rápidamente e inició una carga.

Doc Savage había empezado a correr a lo largo de la fila para imponer silencio al hombre que había gritado, pero era demasiado tarde para que esto salvara la situación. Doc giró sobre los talones y corrió al encuentro de los atacantes.

De la columna de Doc salió el hombre que había gritado. Corrió hacia los guardias. Era un europeo y sus gritos frenéticos revelaron el motivo de su traición.

—¡Os avisé! —gritaba—. ¡Os avisé! ¡Dejadme ir, por favor! ¡Dejadme volver al lado de mi esposa, de mi familia!

Llegó al lado de los guardias y uno de ellos le derribó tranquilamente golpeándole con una piedra en la cabeza.

—¡Que Dios le perdone! —murmuró el misionero—. Esperaba merecer sus favores con la traición. Confieso que el mismo pensamiento se me ocurrió y, como Satanás, fue descartado con dificultad.

Los guardias se acercaban. Todos tenían el arco a punto de disparar una flecha, pero esperaban a estar más cerca para hacerlo.

Doc ordenó:

—Nuestras pistolas ametralladoras estaban cargadas con cartuchos explosivos cuando nos las quitaron. ¡Disparad al techo, delante de los guardias! ¡Derrumbadlo delante de ellos, pero no matéis a nadie!

Renny levantó su arma, se preparó para el choque del retroceso y se cubrió la cabeza en espera de la explosión que ocurriría al tocar la bala. Todos abrieron la boca, como hacen los artilleros cuando disparan gruesas piezas de artillería.

La pistola hizo el mismo ruido que una lima al romperse.

—¡Rayos y truenos! —exclamó Renny.

Examinó el cañón de su pistola.

—La cámara está vacía —rezongó—. ¡Ki, Z y sus hombres han cuidado de esto!

La vocecita de Monk dijo en la oscuridad:

¡Esto me recuerda el día en que fui a cazar osos y Ham me hizo la broma de quitarme la pólvora de los cartuchos!

Renny preguntó:

—¿Qué hiciste?

—¡Chico, establecí un nuevo record de carreras de pie!

Doc Savage declaró:

—Excelente idea. ¡Vamos!

Todos echaron a correr, lo cual era lo más cuerdo. Los guardias estaban cerca, armados y más numerosos que ellos. Los hombres de la columna de Doc doblaron la cabeza sobre el pecho, apretaron los codos contra el cuerpo y corrieron.

El jefe de los guardias lanzó una orden. Los guardias se detuvieron, tendieron las cuerdas de los arcos y dispararon.

Las flechas silbaron, y cuando se clavaron no hubo explosión alguna ni se oyó el ruido de acero o piedra que se clava en el suelo de la roca.

Se oyeron una serie de sonidos como si su hubiesen dejado caer huevos podridos.

Doc se volvió al misionero y preguntó:

—¿Qué es lo que ponen en la punta de sus flechas?

—¡Un polvo de una ingeniosidad diabólica!

—¿Qué es?

—El polvo que contiene un hongo que crece en la selva —dijo el misionero—. Lo mezclan con algunas plantas y el veneno de serpientes. Una vez que se aspira, se sufre una agonía tal, que se queda uno indefenso.

—¿Es fatal?

—¡No, si se posee una salud robusta!

La primera descarga de flechas no causó mucho daño por haber llegado el grupo de fugitivos a un recodo del pasadizo.

Además, éste no se prestaba a disparar flechas, pues era estrecho y tenía escasa altura. Gran cantidad de flechas tocaron las paredes y estallaron allí.

Únicamente dos flechas estallaron en medio del grupo de Doc.

—¡Contened la respiración! —ordenó Doc con su voz de mando, que se imponía siempre.

Únicamente un hombre dejó de hacerlo. Había corrido y necesitaba aspirar aire fresco. Instantáneamente empezó a gritar y a arañarse la cara.

Doc se le acercó rápidamente, le agarró y le levantó con sus brazos. El hombre sufría atrozmente, lanzaba gritos inarticulados y

sacaba la lengua.

El polvo de las flechas quemaba cuando entraba en contacto con la carne.

Los hombres crujían los dientes y contenían la respiración hasta alejarse del mismo. Cuando finalmente se atrevieron a respirar, les escocían los pulmones y les hizo tambalearse.

—¡Ay… ay… ay…! —chillaba Monk—. ¡Que no hablen… del gas lacrimógeno…!

Siguieron adelante. El alboroto había conmovido el interior de la inmensa estatua de la selva. Hombres y mujeres gritaban.

Un gemido prolongado y ondulante llenó los pasadizos y las cámaras del hombre de piedra. Era la alarma…

Sin embargo, los guardias no les persiguieron.

—No pueden cruzar por el polvo irritante sin sufrir sus efectos —adivinó Doc—. Tendrán que seguir otro camino para perseguirnos.

—Eso habrá ocurrido —asintió el misionero—. ¿Pero dónde nos dirigiremos, hermano, ahora que nuestro plan de sorprender a Aug y O'Neel desprevenidos ha fracasado?

—¡Al sector de la cabeza!

—¿El templo del ídolo… el lugar donde moran Ki y Z?

—¡Eso mismo! —dijo Doc—. ¿Conoce usted el camino?

—Muy bien.

Doc dijo entonces:

—¡Lleve usted a mis cinco ayudantes y al resto de nuestro grupo allí!

El hombre de bronce desapareció, tragándoselo las tinieblas. Pero casi instantáneamente volvió, como si algo se le hubiese ocurrido.

—Dadme vuestras pistolas —dijo a sus hombres—. No sirven de nada sin municiones.

Los cinco amigos entregaron a Doc sus armas.

—¿No hay más? —preguntó Doc—. Las quiero todas.

Le aseguraron que tenía cuantas pistolas ametralladoras poseían.

Doc Savage desapareció en el laberinto del interior de la estatua con las armas.

CAPÍTULO XVII

SITIO

CUANDO hubo dejado a sus ayudantes atrás, Doc Savage hizo algo que les hubiera preocupado y tal vez inquietado más de lo que ellos suponían.

Dejó las pistolas ametralladoras en medio del pasadizo central, donde era seguro que las hallaría el enemigo.

Aquellas armas, cuando iban cargadas, eran temibles. O'Neel y Aug, que se habían apoderado de las cajas de equipo de Doc, tendrían sin duda municiones para las pistolas.

Cuando se hubo desembarazado de la pistola, Doc se encaminó al sitio donde se oía más ruido. El hombre de bronce se movía como una sombra.

Un habitante de la estatua se acercó corriendo y Doc desapareció en un nicho. El que corría no fue más lejos.

Doc le saltó encima y le dejó sin conocimiento por medio de la presión ejercida contra la espina dorsal, después de lo cual le quitó su delantal de piel.

Aquel delantal era, en realidad, una especie de calzón y resultaba una prenda práctica y eficiente. Era fresca y adecuada a aquella atmósfera.

El hombre de bronces siguió adelante con más atrevimiento. El color de su piel se parecía al de los habitantes de la estatua de Klantic, y en una ocasión logró mezclarse con un grupo que corría por los pasadizos, que eran verdaderas calles.

Un gran barullo reinaba. El extraño gemido que se había oído momentos antes no había cesado. Era probablemente un cuerno que tocaban para dar la alarma y reunir al pueblo. Se parecía al lamento de un ternero y ponía la carne de gallina a cualquiera.

La muchedumbre se reunía en una sal inmensa, sin duda el tronco de la estatua. Doc despertó del grupo con el cual corría y rodeó la multitud. Unas antorchas ardían en el centro de la sala, rodeando una tribuna de piedra en la cual estaban de pie varios hombres.

Unas troneras invisibles y practicadas en el techo dejaban salir el humo. Doc contempló la escena.

Un hombre rechoncho, de pecho poderoso, gruesos brazos y cuello de toro, estaba en la tribuna. Tenía el pelo dorado, pero áspero y tieso como alambres.

Llevaba un delantal de piel, dos cinturones de cartuchos cruzados y dos fundas que contenían sendas pistolas automáticas.

Movió los brazos y gritó:

—¡Yo soy Aug! ¡Soy el hombre de hierro! ¡Soy el hombre que debería ser el guardián del secreto de Klantic! ¡Necesitáis un hombre de hierro para ese trabajo!

Siguió hablando de aquel trabajo que era el de un hombre de hierro y del hierro que él tenía en el organismo. Dio ejemplos de ello.

La mayoría eran episodios de caza, tales como el día en que ahogó a un leopardo en la selva y el otro en que hizo nudos con una serpiente tan gruesa como su propio pecho. Debió de ser una serpiente de grandes proporciones.

¡Aquel sujeto parecía fuerte y endurecido y sabía hablar! La muchedumbre le escuchaba, y mientras algunos de los más ancianos no parecían dejarse impresionar, los jóvenes escuchaban sus palabras boquiabiertos.

Doc Savage seguía aquel monólogo con gran dificultad, pues era en antiguo egipcio, muy distinto del egipcio moderno que el hombre de bronce hablaba corrientemente.

Doc lo había estudiado con un erudito, quien le aseguró que los hombres de ciencia lo habían puesto en claro adivinando algunos de los sonidos.

Sin duda, se habrían equivocado o el idioma habría cambiado en boca de aquella gente.

Doc no tardó en descubrir la presencia de un patriota de O'Neel. El hombre llevaba un delantal de piel, pero sus facciones le traicionaban.

Los indígenas eran más finos, más aristocráticos, aunque no tanto como Ki y Z. El patriota parecía un idiota comparado con ellos.

Aquel individuo parecía preocupado. Prestaba el oído o, mejor dicho, vigilaba la multitud, puesto que era evidente que no tenía idea de lo que se decía, pero sabía el efecto que Aug y su jefe buscaban, y parecía satisfecho.

Se alejó de la muchedumbre, escogió una antorcha entre un montón de éstas y aplicó el extremo a una pequeña hoguera que ardía cerca de allí con este fin. Las antorchas se hallaban amontonadas en muchos rincones de la pequeña ciudad situada en el interior de la estatua.

El patriota se alejó atrevidamente y se reunió con dos de sus compañeros.

Estos dos habían estado vigilando una enorme montaña de piezas de aeroplano y cajas de metal que contenían el equipo de Doc Savage.

El material se hallaba en una sala cerrada por una puerta rudimentaria.

Estaban intentando cerrar la puerta, que era de piedra, cuando Doc Savage se echó encima.

El ímpetu de la carga del hombre de bronce le llevó al interior.

En un abrir y cerrar de ojos, los patriotas quedaron fuera de combate. Doc Savage hizo uso de ambos puños y de las rodillas y así tumbó a dos individuos que, aunque no perdieron enseguida el conocimiento, quedaron encapaces de armar más ruido.

El tercero intentó gritar y luchar. El éxito no le acompañó. Doc le agarró y le apretó el cuello. Perdido el conocimiento, el hombre siguió con una expresión de miedo estampada en las facciones.

La parálisis que Doc infligía por medio de una hábil presión en los centros nerviosos surgía a veces resultado. Las víctimas conservaban las mismas expresiones en la cara y a veces el mismo pensamiento en la mente.

Eliminados los tres patriotas, Doc Savage se volvió a las cajas de equipo.

La caja que contenía las municiones para las pistolas ametralladoras estaba delante de todas, marcada con grandes letras y abierta; pero Doc no la miró siquiera. La caja que escogió llevaba

otro número, y cuando la abrió descubrió una hilera de inocentes latas que llevaban la inscripción: “café”.

La caja había sido abierta… Tenía la cerradura rota al igual que las demás.

O’Neel y Aug debieron registrarlo todo y fue, sin duda, un registro interesante.

Doc Savage se llevó unas cuantas latas marcadas de “café” al salir del cuarto. Andaba con mayor cuidado que antes.

La mayoría de la población de la extraña ciudad estaba congregada en la enorme sala del Consejo y eso facilitó el pasar inadvertido.

En ningún sitio las paredes de piedra tenían menos de tres pies de espesor, y en muchos puntos eran más gruesas todavía. Varias veces, Doc Savage se detuvo para examinar con atención la construcción del lugar.

Los enormes bloques de piedra estaban superpuestos con gran acierto. Unos artesanos especializados en el trabajo de la piedra, y excelentes albañiles, debieron sin duda aportar el máximo cuidado en su obra.

El hombre de bronce se reunió con sus compañeros sin grandes dificultades.

Estos le esperaban en el interior de cabeza de la enorme estatua de Klantic.

Estaban preocupados y nerviosos.

—No tenemos un solo revólver —se quejó Renny—. La primera vez que se nos echen encima, estamos perdidos.

Doc Savage dijo:

—Esperad aquí.

El hombre de bronce seguía llevando las latas de “café”. Volvió sobre sus pasos y distribuyó las latas a lo largo de los pasadizos que llevaban a la cabeza.

Las dejó en sitios donde no era probable que las hallasen y se aseguró que, por lo menos, había una en cada pasadizo.

Volvió a reunirse con sus ayudantes y los prisioneros puestos en libertad.

Estos estaban reunidos en una sala de piedra completamente redonda y desprovista de adornos, pintura o esculturas de ninguna especie.

En el centro de la sala, una estatua de piedra estaba flotando en el aire.

Aquella estatua era de piedra negra brillante y representaba un hombre que llevaba un delantal de piel. Era un hombre de baja estatura, ancho de hombros y con las mismas facciones finas y de aspecto inteligente que el resto de los habitantes de Klantic.

—Este es el original Klantic o su estatua —dijo el misionero—. Cuando el verdadero Klantic vuelva reencarnado en el cuerpo de algún mortal, esta estatua caerá en pedazos.

La estatua colgaba en el aire, sin moverse. No carecía de expresión como la mayoría de las estatuas. El artista que la había hecho era un maestro.

La figura de piedra se inclinaba adelante y tenía una expresión de intensa concentración y espera, dirigida hacia la puerta.

—¡No parece sino que ese sujeto de piedra esperaba que alguien entrara por la puerta! —dijo Monk.

Renny estalló:

—¡Lo que no entiendo es cómo se aguanta en el aire!

El misionero levantó los ojos piadosamente:

—Me dijeron que queda suspendida ahí por la fuerza espiritual del original Klantic. Eso es, desde luego, una mentira infernal. No me dejaron acercar bastante para echarle una buena mirada.

—Nada nos impide hacerlo ahora —dijo Renny avanzando.

Largo rato miró la estatua, con una mano sobre los ojos. Finalmente, se quitó la chaqueta y la tiró arriba. La chaqueta tocó algo más encima de la estatua y volvió a caer.

—Unos alambres delgados del mismo color que el techo y las paredes lo soportaban —dijo en voz alta—. ¡Ya está descubierta la trampa!

Monk parpadeó, mirando la estatua.

—¿Dices que si alguien derrumba esto descubrirá el secreto de Klantic? —preguntó.

—Eso mismo —contestó el misionero.

—Es una especie de nudo gordiano, ¿verdad?

Monk adoptó la actitud de un prestidigitador a punto de sacar un conejo de un sombrero o un huevo de un saco vacío.

—¡Estatua, derrúmbate! —ordenó dramáticamente.

Se oyeron unos gritos horrorosos y agudos, y los dos favoritos,

Habeas Corpus y *Química*, aparecieron en la sala.

—Bien —dijo Monk con una ancha sonrisa—. Algún resultado he conseguido, de todos modos.

Miró nuevamente la estatua, que no había caído.

Unos hombres gritaron en la lejanía. También se oyeron gritos de mujeres.

Una pistola automática moderna dejó oír su voz potente. Comprendieron que se trataba de una pistola automática porque disparó siete veces consecutivas, y sabían que algunos patriotas de O'Neel llevaban automáticas de siete tiros.

—¡Me parece que vienen hacia acá! —murmuró Monk—. ¡Alguien debió vernos aquí dentro!

Se equivocaba. Los gritos de hombres y mujeres se acercaron, y dos personas que corrían surgieron.

Eran el viejo Ki y Z, la del pelo color de oro.

—Atrás —ordenó Doc—. ¡Que no nos vean aquí o tal vez no entrarán!

Era probable que de todos modos hubieran entrado, puesto que la muchacha miró a Doc Savage y pareció aliviada.

—¡Cerrad las puertas! —ordenó—. ¡Aug les ha excitado contra nosotros! ¡Quieren quitarnos el cargo de guardianes del secreto de Klantic!

Doc Savage cerró la puerta como ya era su intención hacerlo. Una ventanilla estaba practicada en la puerta, pero no llevaba cristal. Al otro lado de la puerta se extendía un vestíbulo de tamaño considerable.

Renny se apresuró a requisar unas cuantas chaquetas que introdujo en el ventanillo.

—¡Eso para evitar que alguna de esas temibles flechas se meta dentro! —declaró sentenciosamente.

Ham, que no se había sentido bien dispuesto hacia Z desde el principio, la miraba con aire crítico.

—¿Qué ocurrió para que os quieran despojar de vuestro cargo? —preguntó.

—Nada —contestó la joven.

Ham parecía incrédulo.

La muchacha exclamó:

—Vosotros elegís aquí un presidente para vuestros Estados

Unidos cada cuatro años, ¿verdad?

—Sí —dijo Ham—. Pero, ¿qué...?

—¿No habéis tenido nunca uno que “atrapara el diablo”, como decís vosotros, antes de haber concluido el período señalado?

Ham miró fijamente a la joven, preguntándose cómo sabía tanto en materia de política americana.

—¡Oh, algunos de los americanos que están aquí me lo dijeron! —explicó ella.

—Igual ha sucedido con mi padre y conmigo. Están sencillamente cansados de nosotros. Todo el mundo se cansa de alguien o de algo. Se desharán de nosotros y más tarde lo sentirán...

—¿Aug tiene la culpa? —preguntó Ham.

—Sí.

—Ya le ajustaremos las cuentas —dijo Ham, aunque sin saber cómo lo conseguiría, ni si sería Aug quien se la ajustaría a él.

Ham sintió sencillamente el deseo repentino de decir algo consolador a la chica, que era realmente una mujer extraordinaria que le inspiraba simpatía y lástima.

Reunieron sus armas. Ki y su hija tenían media docena de arcos y algunas flechas con sus correspondientes saquitos de polvo de hongos venenosos.

—¿Quién de vosotros sabe hacer uso de un arco y sus flechas? —preguntó Z.

—¡Yo! —dijo Monk—. Yo hago un poco de todo.

Ham iba a replicar mordazmente, pero se oyeron nuevos gritos afuera. Los habitantes de Klantic se disponían sin duda a cargar.

CAPÍTULO XVIII

EL KLANTIC

DOC Savage estaba mezclando en una botella de cristal algunos productos sacados del laboratorio portátil del simiesco Monk.

—Abrid la puerta —dijo.

Johnny cumplió la orden y Doc tiró la botella. Lo hizo con tal fuerza que cayó y se rompió a corta distancia de la horda que se acercaba.

El resultado fue fantástico. La carga se detuvo. Los gritos de rabia se trocaron en gritos de dolor.

El barullo fue en aumento. Hubo un gran revuelo y todos huyeron.

—¡Que me súper amalgamen! —dijo Johnny con voz satisfecha —. La batalla ha sido corta. ¿Qué les has tirado, Doc?

—Algunos de los productos de Monk —explicó—. El humo les ha picado en los ojos y les ha producido escozor en la piel. Es algo inofensivo, pero nuevo para ellos y han huido. Ya volverán.

—Podemos ahuyentarles nuevamente con otra dosis —sugirió Johnny.

—Ya no queda —contestó Doc.

Rascándose la cabeza y jugueteando con su monóculo, Johnny se acercó a Ki y le habló en inglés y Johnny no tardó en descubrir que mentalmente era un verdadero mago, como su hija Z.

Johnny fue a decirle a Doc:

—Ese sujeto, Ki, parece poseer el mismo tipo de mentalidad que la muchacha. No lo entiendo. Me pregunto si toda esa gente es tan brillante como ellos. En tal caso, ¿por qué no han logrado mayores adelantos científicos? ¿Por qué están aquí?

Doc contestó:

—¡Vamos a ver sí la muchacha contesta a estas preguntas!

Se acercaron a Z. La hermosa muchacha había invertido sus ratos de ocio en la contemplación del extraordinario físico de Doc. Se ruborizó levemente, pero Doc no pareció darse cuenta de ello.

Hasta ahora no ha contestado usted adecuadamente a las preguntas que se le han hecho —le dijo el hombre de bronce—. ¿No se han corregido todavía?

—Pues... —dijo ella—. Me parece que nos está ayudando y eso cambia el aspecto del asunto, ¿verdad?

Doc no contestó directamente y preguntó:

—Esa gente que vive aquí, ¿son descendientes egipcios? Son los descendientes de los cuarenta hombres y mujeres escogidos que el faraón Klantic se llevó consigo cuando desapareció de Egipto unos cien años antes de la dinastía del faraón Tutankhamen?

—Sí —contestó la muchacha.

—¡Que me súper amalgamen! —estalló Johnny—. ¿De dónde has sacado esa información, Doc?

—Eres arqueólogo —le dijo Doc—. Has oído hablar del faraón Klantic, ¿verdad?

—Sí —admitió Johnny—. Se sabe muy poca cosa de la historia de Klantic, en realidad. Se le tenía o se le creía que daba el mal de ojos, no se sabe de fijo. De todos modos, se sabe que escogió una veintena de mujeres notables e igual número de sus súbditos más perfectos, así como varios barcos, la mejor de su flota del Nilo, tripulada por muchos esclavos. Embarco, se fue y no se volvió a saber de él. Poseo una tabla que refiere la historia del faraón Klantic, tiene una gran importancia histórica y es de las pocas que existen. Ya sabes que soy coleccionista de reliquias egipcias, pero casi había olvidado ésta...

Johnny vaciló al terminar su explicación y meneó la cabeza.

—Mi tableta refiere un extraño poder que es Klantic tenía. No habla de la naturaleza de dicho poder. No le di mucha importancia y lo achaqué a un error de traducción por mi parte.

—El poder del faraón Klantic es real —dijo la muchacha—. Descubrieron un secreto. Era algo tan increíble que huyó del mundo civilizado de aquella época con el fin de que nadie se apoderara e hiciera mal uso de su poder fabuloso.

—¿En qué consistía?

—Déjeme explicarle el resto de la historia antes —dijo la muchacha.

Se oyó un murmullo de voces fuera.

—Me parece que se preparan para atacarnos —dijo Monk.

—Vigila, y cuando estén a punto de atacarnos, llámame.

—Bien.

La muchacha explicó:

—Klantic, sus veinte hombres fuertes y sus veinte mujeres más hermosas… —Calló y se ruborizó levemente—, había en realidad más de veinte mujeres, puesto que el faraón Klantic se llevó algunas esposas suyas y a varias esclavas —llegaron finalmente a Sur América y subieron por el Amazonas. Llegaron por fin a este lugar.

Calló nuevamente. Los gritos de fuera subieron de tono.

—Los esclavos del faraón Klantic construyeron esta estatua de su amo —prosiguió—. O mejor dicho, fueron sus esclavos y sus descendientes, puesto que el trabajo duró por espacio de varias generaciones…

—Comprendo —dijo Johnny—. Algunos de esos viejos egipcios tenían ideas formidables. Tome usted las pirámides. No se han visto nunca trastos tan enormes e inútiles.

La muchacha se irguió y declaró:

—Esta estatua perseguía un fin. Era el de recibir el secreto de Klantic y guardarlo hasta que el mundo hubiese progresado de tal modo que el secreto estuviera seguro en manos de un hombre cualquiera. Cuando llegue ese día, Klantic volverá y su espíritu ocupará el cuerpo de un mortal llegado del mundo exterior. La estatua caerá hecha polvo delante de él y por este signo se conocerá el espíritu de Klantic.

—Eso ya lo sabemos —dijo Johnny—. Lo que queremos saber es en qué consiste el secreto.

—Mi padre y yo somos los guardianes dijo la muchacha —. Somos los únicos que sabemos donde se halla. Está oculto. Cuando ocurra la reencarnación del gran faraón Klantic y se derrumbe la estatua, daremos a conocer el secreto.

Calló un instante y concluyó:

—Somos descendientes de Klantic.

Ham, que había escuchado, se acercó y dijo:

—¡Eso me parece un cuento muy bonito!

—Si una estatua como esta se descubriese en Egipto, no se consideraría tan increíble —declaró Johnny—. Esta estatua no es mucho mejor que la Esfinge y es seguramente más pequeña que cualquier pirámide.

Ham se encogió de hombros:

—Bien, bien, palabras largas. Es una cosa vulgar. Pudo ocurrir en Missouri.

Johnny hizo caso omiso del sarcasmo y se volvió a la muchacha.

—¿En qué consiste ese secreto del faraón Klantic? —preguntó.

—El faraón Klantic inventó un método para desarrollar el cerebro humano hasta que tuviera un poder increíble —contestó la muchacha.

Hubo un silencio lleno de asombro.

—¿Quiere usted decir que cualquier hombre estúpido podía trocarse en un sujeto brillante? Preguntó Johnny.

—Eso es lo que el secreto de Klantic logra —dijo la muchacha—. No sólo brillante mentalmente, sino dueño de un poder que rebasa cuanto concibe la imaginación. ¿Ha visto usted cómo le hago pensar lo que deseo? ¿Cómo tengo influencia sobre sus opiniones? ¿Cómo logro que sus sujetos impresionables vean cosas que no existen?

—Lo hemos visto —dijo pensativamente Johnny.

—Bien. Piense en lo que una persona sin escrúpulos podría hacer con ese poder. El cerebro humano se desarrolla tanto que registra los pensamientos de los demás y se puede hacer que éstos obren como uno lo desea. Están indefensos. No es preciso emplear la fuerza. Se piensa, y ellos responden.

—¿Sabe usted hacer todo eso?

La muchacha meneó la cabeza.

—No he tomado nunca la mezcla. Mi poder es heredado de mis antepasados.

—¿La mezcla? —dijo Johnny.

—Sí. Es una mezcla que se toma como se toma el alimento.

—Y hace a un hombre inteligente de un tonto.

—Sí.

Ham, que se sentía escéptico y cínico como siempre, dijo secamente:

—Monk, están hablando de algo que puede ser tu salvación.

Monk hizo como quien no oye. El químico tenía los ojos fijos en

la abertura de la puerta y escuchaba con atención. Era evidente que la muchedumbre de fuera se preparaba para cargar.

—Estamos acorralados aquí dentro —dijo la muchacha—. No hay escape desde esta sala excepto por el camino que nos cierran.

Johnny volvió a hablarle del secreto del faraón Klantic.

—¿Su pueblo ha vivido aquí durante siglos? —preguntó.

—Bajo las leyes instituidas por el faraón Klantic —contestó ella —, se ha logrado siempre que la existencia de este lugar fuera desconocida del mundo exterior.

—¿Dónde se halla el secreto?

—Únicamente el que derrumbe la estatua lo sabrá.

—Muy bien —dijo Johnny—. Pero dígame, ¿es posible que cualquier hombre tenga poderes mentales más desarrollados aún que el suyo?

—Cualquiera —dijo la muchacha—, siempre, desde luego, que no se trate de un cerebro enfermo o de una persona idiota.

—Eso descarta de una vez para siempre a Monk —dijo Ham en voz alta—. ¡No hay remedio para él!

Monk que sin duda no le había oído, chilló en aquel instante:

—¡Ahí vienen, Doc!

Doc corrió a la puerta. La carga empezaba.

Doc Savage abrió bruscamente la puerta y saltó afuera.

—Alumbradme con lámparas —dijo rápidamente.

Quedó inundado de luz que ponía de relieve su notable físico y su expresión valerosa. Levantó los brazos y su actitud era tan imponente que la multitud se paró.

Tal vez pensaron que le tenían acorralado y que no había inconveniente en escuchar lo que tenía que decir.

Doc habló brevemente.

—¡Por vuestro bien, no nos ataquéis! —dijo y su voz poderosa alcanzó los más apartados rincones de la gran estatua.

Los descendientes del faraón Klantic, y probablemente sus esclavos, no eran gente alta, y por encima de sus cabezas, Doc vio a *El Liberator* O'Neel, a sus hombres y a Aug. Formaban un grupo compacto que, sin preceder a la muchedumbre, no estaban muy atrás.

Estaban armados con las pistolas ametralladoras de Doc.

Este repitió su consejo:

—¡Atacarnos significa la muerte para muchos, sino para todos vosotros!

Era una declaración inesperada, pues creían que iba a pedir misericordia o por lo menos solicitar un armisticio.

Doc volvió a entrar, seguido de una lluvia de flechas provistas de saquitos de polvo. Las flechas dejaron oír pequeñas explosiones al tocar la puerta de piedra.

—¡Brr! —hizo Monk—. He vuelto a poner esas chaquetas en el ventanillo a tiempo.

El viejo Ki gritó en inglés:

—Estamos perdidos.

—No perdamos la esperanza mientras vivamos —dijo el misionero.

Doc ordenó:

—Echaos... contra las paredes... Dentro de un momento...

Y ocurrió. La puerta se derrumbó, las paredes temblaron y enormes de piedra se desprendieron de las mismas. El suelo se combó y una nube de polvo se elevó por todas partes.

Al primer trueno siguió otro y otro más. Un alud de piedras cayó en medio de un gran ruido ensordecedor, al que se añadían gritos, gemidos y sollozos que provenían de los hombres cogidos por el derrumbamiento al otro lado de la puerta.

Doc Savage gritó:

—¿Alguien está herido?

—Un hombre está aplastado aquí —gritó Long Tom—. Parte de la pared le ha cogido las piernas... ¡Vivirá!

Monk se acercó como pudo a Doc.

—¿Qué diablos ha ocurrido?

—¿Recuerdas que antes de salir de Nueva York, todos entregasteis vuestras pistolas en el cuartel general con el fin de ponerles mangos nuevos?

—Claro, sí; pero...

—Esos mangos estaban hechos de una composición que contenía sustancia radioactiva —dijo Doc—. Eso fue para descubrir más fácilmente el paradero de esas armas mortales si las robaban. Ya sabes que tenemos detectores que localizan los materiales radioactivos a gran distancia...

Monk exclamó:

—Sigo sin comprender…

—¿Qué ocurre cuando en material radioactivo se pone cerca de un electroscopio ordinario? —preguntó Doc.

—Las planchas del electroscopio se separan se está debidamente cargado.

—Bien —asintió el hombre de bronce—. Si atas un hilo eléctrico a una plancha y otro hilo a un contacto que la plancha toque cuando se abra, el resultado es el cierre de un circuito eléctrico que puede usarse para hacer estallar una bomba. El dispositivo actual era un poco más complicado, pero…

—¡Diablos! —exclamó Monk—. Recuerdo que hiciste esas bombas y las pusiste en latas de café, ¿verdad?

Renny, que se había acercado a la puerta, echó una mirada al pasillo y dijo:

—Me parece que O’Neel, Aug y sus compinches estaban a la cabeza de esos hombres.

—¿Viven todavía? —preguntó Doc.

—Voy a verlo.

CAPÍTULO XIX

EL NUDO GORDIANO

RENNY podía haber ahorrado tiempo y habría evitado el ver un espectáculo sangriento. El cuello de la estatua de Klantic estaba hecho de grandes bloques de piedra; Todos habían caído.

Hallaron a *El Liberator* O'Neel, a Aug y a los demás, varios días después, y tras un largo y duro trabajo de remover escombros.

—Un poco más, y sólo queda una mancha de grasa —dijo Monk, que a veces se mostraba insensible y duro.

El cambio de actitud del resto de los habitantes de la gran estatua del faraón Klantic fue notable. Tal vez fue debido al talento y a la diplomacia de Doc.

Este instó a Ki y su hija Z a que salieran y diesen muestra de autoridad sin perder tiempo.

El resultado fue inmejorable. Los pocos cabecillas que quedaban fueron encerrados en mazmorras por los demás, siguiendo la orden de la muchacha.

Libres ya de la amenaza de O'Neel y sus bandidos —aunque Doc no quiso su muerte, puesto que su tentativa para evitar el ataque fue sincera—, Doc Savage y sus ayudantes empezaron a pensar en alejarse de aquel lugar.

Hicieron muchas preguntas, pero renunciaron a conocer el secreto de Klantic cuando descubrieron que sólo lo obtendrían por medio de la violencia.

—Después de todo, pertenece a esa gente —dijo Doc—. No podemos hacer el papel de piratas.

—¿Y nos vamos pronto? —quiso saber Monk.

—Tan pronto como podamos montar los aeroplanos que Aug y O'Neel desmontaron —dijo Doc.

Se pusieron al trabajo, pero no tardaron en recibir la orden de dejarlo. Se dieron cuenta entonces de una complicación.

No iban a permitirles que se fueran.

—¡Maldición! —exclamó Johnny, que muy rara vez juraba.

Desde luego hubo numerosas discusiones. Doc y sus ayudantes presentaron numerosos argumentos con el fin de que se les permitiera salir de allí; pero no se les contestó con lógica.

Se limitaron a decirles que no podían irse y a eso no había nada que replicar.

La noticia de la existencia del secreto del faraón de Klantic no debía llegar nunca al mundo exterior, hasta que su reencarnación viniera a derrumbar la estatua.

Doc Savage dijo:

—¿Acaso no se le da a todo recién llegado la oportunidad de derrumbarla?

—Desde luego —dijeron juntos Z y Ki.

—Yo no he tenido la mía —les dijo Doc.

Z le sonrió suavemente. No había logrado llamar la atención del hombre de bronce hasta entonces y parecía decidida a remediar semejante situación.

—¿Cree usted poder hacer caer la estatua? —preguntó.

—Usted misma me dijo que el reencarnado ignoraría quizá su poder hasta enfrentarse con la estatua —le recordó Doc.

Le llevaron, pues, a la sala de la gran estatua que había sido reparada. Lo que ocurrió entonces fue algo que los cinco ayudantes del hombre de bronce recordaron mucho tiempo.

Doc se colocó debajo de la estatua después de acercársele con pasos mesurados y solemnes. Pareció reflexionar hondamente, con los nervios en tensión.

De pronto dejó oír su trino, que subió y bajó la escala musical rápidamente.

Levantó los brazos tiesos, con los dedos abiertos. Los juntó sobre la cabeza con una fuerte palmada…

¡La estatua de Klantic empezó a caer en pedazos! Unos trozos cayeron primeramente, seguidos de otros que se desprendieron más rápidamente y a éstos siguió una lluvia de piedra.

Finalmente, la estatua entera cayó al suelo y estalló en una nube de polvo oscuro.

Hubo un gran silencio durante un momento; luego un grito subió al aire.

—¡El faraón de Klantic ha vuelto!

Los días que siguieron fueron febriles. Intentaron instalar a Doc como un Faraón y no pareció sino que el Faraón había vivido rodeado del mayor lujo.

En el caso presente, unos de los lujos iba a ser la atractiva Z. El nuevo faraón tenía que tomarla como esposa.

Todos suponían que así lo haría. Doc se vio enredado en una antigua ceremonia de bodas egipcia antes de descubrir de lo que se trataba.

La detuvo y salió del paso declarando que la ceremonia no era bastante grandiosa para ser digna del nuevo faraón Klantic.

Mientras, Monk fue el primero en hacer pruebas con el polvo rojo oscuro que era el secreto de Klantic, la mezcla que, a lo que decían, daba al que la ingería un extraordinario desarrollo cerebral.

El anciano Ki y la muchacha Z sacaron polvo rojo que estaba oculto debajo del suelo del templo, cerca del sitio donde había pendido la estatua.

Dijeron que el polvo era lo único que quedaba y que había pasado de unas manos a otras a través de siglos enteros. No existía fórmula alguna.

—El análisis químico nos revelaba su composición —declaró Doc.

Pero Monk quería probarlo antes. Ingirió una cantidad y esperó los resultados.

—¿Pero cómo puede operar eso? —murmuró pensativamente. Ham, mirando a su antagonista de siempre como si temiese no poder ya con él.

—Es posible —dijo Doc— que se trate de un mero estimulante. Las glándulas del cuerpo, las tiroides, por ejemplo, crecen o se quedan pequeñas por exceso o falta de algunas sustancias.

Todos se quedaron mirando a Monk ansiosamente.

—¿Qué sientes, Monk? —dijo finalmente Ham.

—¡Dolor de vientre! —estalló Monk con una mueca expresiva.

Y eso fue según se comprobó, lo único que conseguía hacer el secreto de Klantic.

Doc Savage y sus ayudantes no tuvieron ya dificultad alguna en

montar los aeroplanos en un claro de la selva.

No explicaron que el secreto de Klantic había perdido toda su eficacia, si es que alguna vez la tuvo, por haber sido guardado siglos enteros en semejante clima.

El análisis químico no les reveló nada. Los ingredientes estaban demasiado deteriorados.

Después de alguna discusión, Doc logró dejar a Z detrás de él.

Su aeroplano —subieron todos al mismo, proyectando enviar otro más adelante para los prisioneros que deseaban irse— emprendieron el vuelo.

Únicamente entonces Doc Savage explicó algo que había intrigado sumamente a sus ayudantes.

—¿Cómo se derrumbó la estatua? —quiso saber Monk.

—¿Recuerdas el nudo gordiano? —preguntó Doc.

—Por supuesto. Era un nudo y el sujeto que separase los dos cabos de la cuerda que estaban atados juntos debería ser el dueño del mundo o algo por el estilo.

Doc dijo:

—El sujeto que finalmente separó las cuerdas recurrió a una estratagema. Las cortó con la espada.

—¡Eh! —estalló Monk—. No vas a decirme que tú...

—Recorrí a un ardid —asintió Doc—. Al escapar de la mazmorra, busqué y encontré tu laboratorio portátil. Ya habíamos oído hablar de esta estatua, ¿te acuerdas? Parecía una buena idea darle una mirada...

Doc calló y Monk declaró:

—Empiezo a comprender.

—La piedra era de una clase que podía disolverse o podían ser disueltas sus junturas con determinados productos —prosiguió—. Una vez untada de esos productos, no era preciso hacer otra cosa que tirar una cantidad concentrada de ellos para completar el desmoramiento.

—¡Oh! —exclamó Monk—. Lo hiciste cuando levantaste las manos al aire.

El químico se sentó y reflexionó un momento.

—¡A eso llamo yo cortar la Roca Gordiana!

Ham, que no estaba nunca de acuerdo con Monk, tuviese o no razón, dijo secamente:

—¡Por lo menos en aquellos tiempos no tenían micos que les ofendiesen la vista con su cara rara!

—¡Maldito... picapleitos! —chilló Monk—. Te voy a descuartizar... Voy a...

Esquivando un tremendo puñetazo, Ham se defendió lo mejor que pudo con su bastón espada.

—Monk es un terror cuando se suelta —dijo Renny—. Me pregunto sí esos dos pararán algún día de luchar.

FIN

Título original: *The Mental Wizard*

Notas

[1] Fer-de-lance. Nombre de una serpiente venenosa, muy peligrosa <<